GRAEME GOLDSWORTHY

EVANGELIO y REINO

UNA INTERPRETACIÓN CRISTIANA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Evangelio y Reino
Graeme Goldsworthy

PREFACIO
INTRODUCCIÓN ¿Has matado algún gigante últimamente?
CAPÍTULO 1 ¿Para qué leer el Antiguo Testamento?
CAPÍTULO 2 un puente sobre el abismo
CAPÍTULO 3 ¿Qué es el Antiguo Testamento?
CAPÍTULO 4 Teología bíblica y la historia de la redención
CAPÍTULO 5 El pacto y el reino de Dios
CAPÍTULO 6 El reino revelado en el Edén
CAPÍTULO 7 El reino revelado en la historia de Israel
CAPÍTULO 8 El reino revelado en la profecía
CAPÍTULO 9 El reino revelado en Cristo Jesús
CAPÍTULO 10 Principios de la interpretación
CAPÍTULO 11 ¡Ese gigante otra vez!
CONCLUSIÓN
APÉNDICE A
APÉNDICE B
APÉNDICE C
NOTA AL PIE

EVANGELIO Y REINO ABORDA EL ANTIGUO TESTAMENTO CON SENCILLEZ Y PROFUNDIDAD ADMIRABLES. SU VISIÓN PERMITE VER LOS VÍNCULOS UNIFICADORES ENTRE EL ANTIGUO TESTAMENTO Y EL NUEVO. ASIMISMO, ESTABLECE LOS ELEMENTOS DE INTERPRETACIÓN QUE ARMONIZAN TODA LA TEOLOGÍA BÍBLICA.

UNO DE LOS APORTES MÁS SIGNIFICATIVOS DE ESTA OBRA ES SU COSMOVISIÓN DEL REINO DE DIOS, LO CUAL LE PERMITE AL LECTOR ENTENDER LA CONEXIÓN HISTÓRICA, PERO ANTE TODO TEOLÓGICA, ENTRE EL ANTIGUO PACTO Y EL NUEVO, COLOCANDO COMO PUNTO CULMINANTE DE ESTE VÍNCULO LA OBRA REDENTORA DE JESUCRISTO.

QUIEN LO ESTUDIE APRENDERÁ, ADEMÁS DE VER LA INTEGRIDAD ENTRE AMBOS TESTAMENTOS, A APLICAR CON CERTEZA, A LA VIDA DIARIA, LAS VERDADES BÍBLICAS.

ACTUALMENTE JUBILADO, GRAEME GOLDSWORTHY FUE PROFESOR DE ANTIGUO TESTAMENTO, TEOLOGÍA BÍBLICA Y HERMENÉUTICA EN EL MOORE THEOLOGICAL COLLEGE, EN SYDNEY, AUSTRALIA, Y AHORA CUMPLE FUNCIONES COMO CONFERENCISTA INVITADO. ES TAMBIÉN AUTOR DE EL CORDERO Y EL LÉON, GOSPEL AND WISDOM (EVANGELIO Y SABIDURÍA), ESTRATEGIA DIVINA, CÓMO PREDICAR A CRISTO USANDO TODA LA BIBLIA, PRAYER AND THE KNOWLEDGE OF GOD (LA ORACIÓN Y EL CONOCIMIENTO DE DIOS) Y GOSPEL-CENTRED HERMENETUCIS (LA HERMENÉUTICA CENTRADA EN EL EVANGELIO).

EVANGELIO Y REINO

Una interpretación cristiana del Antiguo Testamento

Graeme Goldsworthy

TORRENTES DE VIDA

Evangelio y reino
Graeme Goldsworthy

© 2005 Torrentes de VidA
Primera edición: 2005
Segunda edición: 2014

Torrentes de Vida
Correo electrónico: inio@editorialtv.org
Página web: www.editorialtv.org

Esta obra fue publicada originalmente en inglés con el título:
Gospel and Kingdom de Graeme Goldsworthy ©
Paternóster, Milton Keynes, Reino Unido
www.authenticmedia.co.uk/paternoster

Traducción: Patricia Lenten de Dickin
Edición: Elsa Galán de Poceros
Diseño de portada: Pablo Sazo Canales

ISBN: 978-0-9924791-0-7

Impreso en Colombia

A menos que se indique lo contario, las citas bíblicas fueron tomadas de la versión Reina-Valera 1960 Copyright © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; Copyright © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta publicación, al igual que su grabación o transmisión de cualquier manera o mediante cualquier método, sea éste electrónico, mecánico, por medio de fotocopias, grabadoras u otros, sin previa autorización de la casa editorial o del Departamento del Derecho de Autor.

PREFACIO

Este libro nació de una profunda búsqueda para recuperar el Antiguo Testamento como parte de la Biblia cristiana. Es indiscutible que aun los cristianos evangélicos muestran cierta negligencia e ignorancia hacia las primeras tres cuartas partes de la Biblia. No hace falta reflexionar en este espacio acerca de la causa de este problema, pero no está de más decir que realmente es un problema. Podríamos decir que muchos 'cristianos bíblicos' tienen una mala consciencia por no entender la Biblia en su totalidad; y con razón.

A menudo me han pedido que dé alguna serie de estudios sobre el Antiguo Testamento para diversos grupos. «Hace mucho que no hacemos nada sobre el Antiguo Testamento. ¿Qué le parece una serie sobre los Profetas Menores?» (Pareciera que los Profetas Menores atraen mucho a los grupos de estudio que no conocen el Antiguo Testamento.) Por lo general contesto con una contraoferta, proponiendo una serie de estudios sobre la estructura de la teología del Antiguo Testamento y la unidad de la Biblia. No es de sorprender que les entusiasme la propuesta, pues estarán a favor de cualquier cosa que les muestre cómo se unen las diversas partes de la Biblia.

Estuve enseñando durante varios años un curso de teología bíblica en Moore Theological College, y me resultaba casi imposible recomendar algún libro (tipo introducción) sobre este tema. obviamente se necesitaba algo que les fuera útil tanto a los pastores como a los estudiantes, y hasta a los cristianos comunes y corrientes, algo que sentara los principios básicos de la interpretación cristiana del Antiguo Testamento. Los frecuentes pedidos que me hacían los estudiantes, solicitando que les recomendara un libro al respecto, fueron un desafío abierto para preparar mi propio trabajo, basado en la serie de conferencias que impartí en Moore College, y publicarlo.

Este pequeño libro es el resultado. Al escribirlo, he intentado tener en cuenta las necesidades de aquellos que, con poco o ningún entrenamiento formal, se proponen la tarea de leer la Biblia para su propia edificación o para enseñar a otros. La experiencia me sugiere que los pastores y predicadores se beneficiarán también con una ayuda sencilla y práctica. El riesgo de simplificar más de lo debido, es muy grande, pero la urgencia de la necesidad nos pide correr ese riesgo.

Estoy en deuda con todos los maestros que me han instruido en estudios bíblicos y teológicos. Estoy particularmente agradecido con el Arzobispo Donald Robinson por contagiarme un poco de su entusiasmo y percepciones en el estudio de la teología bíblica. También estoy profundamente agradecido con quienes me ayudaron voluntariamente a mecanografiar el manuscrito.

Graeme Goldsworthy
Bilambil Heights,
NSW, Australia

INTRODUCCIÓN

¿Has matado algún gigante últimamente?

La celebración del aniversario de la escuela dominical acaba de comenzar y la sala está llena de niños bajo la atenta supervisión de maestros y padres. Todos cantan con ánimo, ayudados por un acordeón y un par de guitarras, mientras que el líder los dirige con entusiasmo desde el escenario. El joven que está sentado al borde del escenario, mirando nerviosamente sus apuntes y láminas, no comparte la expectativa de los niños por la historia bíblica que pronto será presentada. Tal vez más pensativo que la mayoría, lo ahoga la duda acerca de la interpretación de la historia del Antiguo Testamento que está por contar. No hay nada de malo en sus ayudas visuales; y su habilidad para contar cuentos es conocida por su alto nivel. Pero hay algo que le inquieta. ¿Cómo lograr que esos acontecimientos que ocurrieron hace tanto tiempo, más de mil años antes de Jesucristo, les digan algo a estos jóvenes oyentes del siglo XXI?

Esta duda ciertamente no es algo nuevo. Supongamos que nuestro amigo (llamémoslo Joaquín) es alguien que fue criado en un hogar cristiano y en una iglesia viva basada en la Biblia. A lo largo de los años se le fue enseñando muy bien el contenido de la Biblia y ha aprendido diferentes formas de aplicarlo a su propia vida cristiana, asumiéndolo como la única manera «correcta» de vivir. Como maestro de la escuela dominical ha adquirido gradualmente cierta habilidad en este tipo de aplicaciones, pero nunca estuvo totalmente seguro de los principios sobre los que basaba su método; sin embargo, gracias a su interés en el estudio de la Biblia, comenzó a darse cuenta de la variedad de literatura que tiene la Biblia, además de los diferentes contextos históricos de sus hechos. No compartía las dudas de algunos libros que había leído acerca de la *inspiración* de la Biblia, pero sí estaba de acuerdo en las críticas que hacían a la manera poco sistemática de encontrar el significado original del texto y su forma de aplicarlo al presente, que hasta ese momento había aceptado sin cuestionar.

La invitación que le hicieron para hablar en la celebración del aniversario enfrentó a Joaquín con un problema, ahora nuevo para él: no podía rehacer el cuento para que estuviera de acuerdo con el material de la clase y con el programa de la escuela dominical (que desde el principio ni siquiera lo convencía). Su incomodidad acerca de este método de contar historias bíblicas se intensificó dos semanas atrás cuando escuchó a otro orador en un evento para niños, presentando la historia de David y Goliat. Lo había hecho muy bien y a los niños les encantó. Hubo mucho entusiasmo por la actuación y por la gran victoria de ese líder elegido por Dios; y el uso de ayudas visuales se había realizado con gran esmero y precisión; pero a Joaquín le había preocupado la forma en que el orador aplicó la historia. El muchacho disfrazado de Goliat traía los nombres de una cantidad de pecados infantiles en su pechera, y los iba revelando de uno por uno, a medida que el orador explicaba los distintos «Goliats» con los que nos podemos encontrar. Luego, un robusto David apareció en escena y mostró su arsenal: una honda etiquetada «fe» y cinco piedras rotuladas «obediencia», «servicio», «lectura bíblica», «oración» y «comunión». El orador omitió decir cuál de las piedras había matado a Goliat, lo que produjo cierta comicidad cuando Joaquín hablaba con sus amigos después de la reunión. Pero

debajo de la risa estaba la verdadera sensación de incomodidad y confusión acerca de cómo debía aplicarse verdaderamente una historia de ese estilo del Antiguo Testamento.

Joaquín estaba preocupado por todo esto porque, seis meses atrás, él hubiera hecho lo mismo. Pero ahora, al subir al escenario, se sentía muy inseguro de lo que hacía. Había llegado a apreciar más la unidad y el progreso históricos de los acontecimientos bíblicos. De alguna manera, el salto ingenioso de Goliat a nuestros pecados, de las armas de David a nuestra fe y a las virtudes cristianas y, más significativamente, de David a nosotros mismos, le pareció que, aunque había sido creativo, era *arbitrario*. Entendemos bien porqué Joaquín se sentía tan intranquilo. Estaba por dar una charla que se basaba en el mismo tipo de acercamiento a los pasajes bíblicos, y aunque parecía que diría algo válido, no tenía razones claras acerca de su validez.

Esta historia de David y Goliat podría escribirse miles de veces de diferentes maneras, y podríamos hacerla que embonara perfectamente en tu situación o en la mía. Quizá seas maestro de escuela dominical, consejero de campamentos, voluntario de un club bíblico, o tal vez simplemente seas un cristiano común que está luchando con la pregunta sobre qué relevancia tiene el Antiguo Testamento en tu vida cristiana. O tal vez seas un padre cristiano que quiere llevar a sus hijos a entender la importancia de la Biblia y la utilización madura de las Escrituras. Cada vez que leemos la Biblia nos encontramos con este problema: la aplicación ***correcta*** del texto, el verdadero significado del antiguo texto para el mundo de hoy.

Este libro ha sido escrito para ayudar a llenar ese vacío. Y, para poder construir un puente que una el mundo antiguo con el hombre contemporáneo, debemos conocer qué tipo de vacío nos separa. No es una tarea fácil, pero debemos dar el primer paso. Si creemos que aun los niños pueden aprender a comprender algo de lo que Dios les dice por medio de la Biblia, entonces debemos aceptar un llamado constante a incrementar nuestro entendimiento de la Palabra de Dios, para poder construir puentes más seguros.

El propósito de escribir este libro fue proveer una estructura básica sobre la cual se construya un uso más seguro del Antiguo Testamento y, por lo tanto, de toda la Biblia. La idea es ayudar a que los cristianos puedan cruzar el profundo abismo que los separa del significado original del texto bíblico. No narra la totalidad de la historia de la teología bíblica, pero ofrece una invitación para comenzar la maravillosa tarea de leer la Biblia como una entidad viviente.

CAPÍTULO 1

¿Para qué leer el Antiguo Testamento?

Antes de comenzar a construir nuestro puente, debemos hacernos una pregunta básica: ¿para qué queremos cruzar el abismo? Para muchos cristianos, el problema no es cómo leer el Antiguo Testamento, sino *¿para qué leerlo*?

¿Por qué algunas personas no leen el Antiguo Testamento?

Algunas personas todavía están influenciadas por el clima intelectual del siglo XIX, que hizo mucho por debilitar una apreciación positiva del Antiguo Testamento. El postulado filosófico de la época llevó a muchas personas a concluir que la religión cristiana, tal como se encontraba en el Nuevo Testamento, no era más que la evolución natural de las ideas del hombre acerca de Dios. Por consiguiente, el Antiguo Testamento fue visto como una expresión primitiva de la religión y, por lo tanto, pasado de moda. No sólo se consideraba *precristiano* por haber sido escrito siglos antes de los acontecimientos del evangelio, sino también como *sub-cristiano* por no alcanzar las alturas éticas y teológicas del Nuevo Testamento. Y, aunque muchas personas no comparten tales opiniones acerca del Antiguo Testamento, en la práctica adoptan una actitud similar, pues lo ven sólo como un telón de fondo para las enseñanzas del Nuevo Testamento. Tal vez digan que no están negando la importancia teológica del Antiguo Testamento pues están convencidos de la inspiración y autoridad de la Biblia entera, pero en la práctica, tales personas pueden usar el Antiguo Testamento menos que otros cristianos que no tienen una actitud tan elevada con respecto a la inspiración divina de los textos.

Irónicamente, el punto de vista evangélico sobre las Escrituras puede empeorar aún más este problema. Por un lado, el «evolucionista» está satisfecho cuando llama primitivas y burdas esas partes del Antiguo Testamento que encuentra moralmente ofensivas. Por otro lado, el «conservador» tiene que encontrar alguna forma de reconciliar su opinión, de que el Antiguo Testamento es la Palabra de Dios, con cosas como la masacre israelita de los cananeos, las maldiciones para los enemigos expresadas en algunos salmos, o la amplia aplicación de la pena capital en la ley de Moisés. Pero incluso, si esas partes del Antiguo Testamento no parecen ser moralmente repudiables para el cristiano «conservador», el problema es que otras le parecen totalmente irrelevantes.

Para un tercer grupo de personas, el problema con el Antiguo Testamento es que simplemente, en términos generales, lo encuentran árido y sin interés; desconocen los términos que se utilizan, y les parece exagerado y confuso. Cualquiera que sea su punto de vista sobre la Escritura, el mero peso y complejidad de esta colección de libros antiguos (más de tres veces el volumen del Nuevo Testamento) los lleva al aburrimiento, a la apatía y al desgano, antes que a un rechazo deliberadamente razonado.

Hay una forma muy simple en que la gente evita esas dificultades: ¡se dedica al estudio del Nuevo Testamento! Así, es poco probable que sus conciencias los molesten por descuidar

el Antiguo. Y después de un tiempo, el Antiguo Testamento sale totalmente de su vista, sin que ellos sientan ningún remordimiento.

¿Por qué otras personas *sí* leen el Antiguo Testamento?

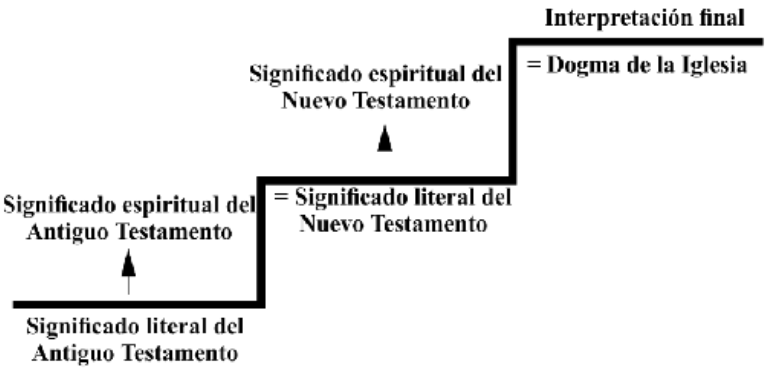
Felizmente, hay personas que sí leen el Antiguo Testamento. La convicción de que el Antiguo Testamento es parte de la revelación escrita de Dios es, sin duda, la causa de que lo lean. Pero también, cuando se interpreta correctamente, el Antiguo Testamento es muy interesante, tanto para grandes como para chicos. Los maestros de niños y los diseñadores de programas de estudio de las escuelas dominicales están entre los usuarios más constantes de las narrativas del antiguo Israel, porque contienen una riqueza de aventuras e intereses humanos que pueden atrapar la imaginación de los niños de todas las edades. Si cuentas un buen cuento sobre una de las batallas de Israel, tendrás a los niños sentados en los bordes de sus asientos. No obstante, los obstáculos abundan para el maestro que quiere buscar un mensaje cristiano en el Antiguo Testamento, y tal vez no le serán evidentes hasta que entienda la unidad total de la Biblia.

Falsos rastros

El no poder reconocer la unidad que tienen las Escrituras llevó a que algunos de sus primeros expositores siguieran falsos rastros. La aparición del método alegórico de interpretación en la iglesia primitiva es un buen ejemplo. Debido a que mucho del Antiguo Testamento era visto como de poca ayuda o sub-cristiano, la única manera en que un cristiano pensaba en él, era si le encontraba un sentido «espiritual» oculto, escondido detrás del significado natural.

La alegoría parecía ser un método legítimo de interpretación porque era controlada por el contenido del Nuevo Testamento o, más tarde, por el dogma de la iglesia. Lo que faltaba, sin embargo, era el tipo de control que el mismo Nuevo Testamento aplicaba cuando utilizaba el Antiguo; en lugar de imitar ese control, la relación entre el significado natural del Antiguo Testamento y las enseñanzas del Nuevo se dejaba totalmente en manos del expositor. Un efecto serio del método alegórico fue que impidió que las personas tomaran en serio el sentido histórico o natural del Antiguo Testamento.[1] Pero este problema no pesaba solamente sobre el Antiguo Testamento. En la Edad Media, la lógica de este método se llevó un paso más allá. No sólo al sentido natural, juzgado como «inútil», del Antiguo Testamento, se le dio un sentido espiritual proveniente del sentido natural del Nuevo Testamento, sino que, además, al sentido natural del Nuevo Testamento se le dio su *propia* interpretación espiritual, la cual se encontró en la tradición de la iglesia.[2] De este modo, la autoridad yacía, no en el significado natural de la Escritura, sino en las enseñanzas que la iglesia interpretaba según el significado espiritual que estaba de acuerdo con su propio dogma.

Figura 1: EL PROCESO DE LA ESPIRITUALIZACIÓN

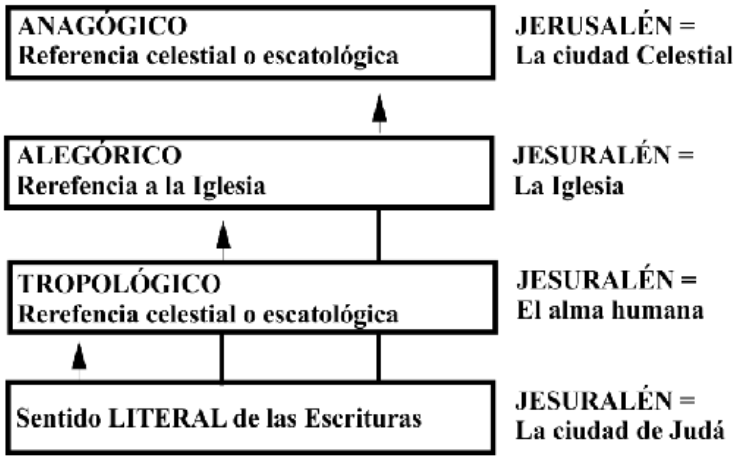

Interpretación final
= Dogma de la Iglesia
Significado espiritual del Nuevo Testamento
= Significado literal del Nuevo Testamento
Significado espiritual del Antiguo Testamento
Significado literal del Antiguo Testamento

En la Edad Media desarrollaron varias interpretaciones diferentes, de acuerdo con los cuatro significados de la Escritura:

a) el significado literal o natural,
b) la referencia moral al alma humana,
c) la referencia alegórica a la iglesia, y
d) la referencia escatológica a las realidades celestiales.

No todos los textos se leían con estos cuatro significados; y hubo una considerable actividad en el campo de los estudios bíblicos (especialmente entre el siglo XII y el XV), pues los eruditos buscaban dar el lugar correcto al significado literal.[3]

Figura 2: MÉTODO MEDIEVAL DE INTERPRETACIÓN EN CUATRO PARTES



El camino de la Reforma

Los reformadores protestantes fueron los que ayudaron a la iglesia cristiana a ver nuevamente la importancia del significado histórico y natural de las Escrituras, a fin de que el Antiguo Testamento pudiera ser visto por su propio valor. Y cuando los reformadores recuperaron la autoridad de la Biblia, no sólo reafirmaron la doctrina bíblica de la Iglesia y de la salvación, sino también la doctrina bíblica de la Escritura. La interpretación protestante se basaba en el concepto de la naturaleza *transparente* (clara y auto-interpretada) de la Biblia. Al quitar de en medio la autoridad de interpretación bíblica externa, regida por la llamada iglesia infalible, los reformadores quedaron libres para aceptar y utilizar los principios de interpretación contenidos dentro de la misma Biblia.

Y así, las Escrituras auto-interpretativas se convirtieron en la única regla de fe: *Sola Scriptura* (la Escritura solamente) fue el grito de batalla de la Reforma. Y a partir de ese momento, se le restauró a todo creyente su derecho a interpretar la Escritura; pero no significaba que los principios de la interpretación encontrados dentro de la propia Biblia pudieran ser pasados por alto y que cada cristiano podría interpretarla a su propio antojo. A partir de ese momento, el significado histórico del Antiguo Testamento volvió a adquirir su propia importancia dentro de la unidad bíblica, y el método alegórico se hizo mucho menos popular.

Tal vez entenderemos mejor la posición protestante a la luz de los otros grandes principios que emergieron en la Reforma. Los reformadores sostenían que la salvación era una cuestión *sólo por gracia*, realizada *sólo por Cristo*, por medio *solamente de fe*. «Sólo por gracia» quería decir que la salvación era obra solamente de Dios, irrelevante a cualquier cosa que el hombre hiciera o dejara de hacer. «Sólo por Cristo» significaba que el pecador era aceptado por Dios, pero sólo a través de lo que Cristo hizo. «Sólo por fe» significaba que la única manera de que el pecador recibiera la salvación era por fe, por medio de la cual la justicia de Cristo era imputada (atribuida) al creyente.

¿Qué tenía que ver esto con el Antiguo Testamento? Significaba que los reformadores estaban estableciendo un método de interpretación bíblica en el cual el sentido histórico natural del Antiguo Testamento tenía significado para los cristianos por su relación orgánica con Cristo. La gracia de Dios, reflejada en su forma de tratar a Israel, era parte de un proceso viviente que había llegado a su punto culminante en su obra de gracia, el evangelio, que se encuentra en los acontecimientos históricos del Cristo, que fue Jesús de Nazaret. Del mismo modo, era importante asegurar que esta «historia sagrada» o «historia de la salvación» del Antiguo 'Testamento fuera interpretada por la Palabra misma, Jesucristo. Y era también importante reconocer que el evangelio era Dios actuando a través de la historia, más específicamente por medio de la historia de Jesús.

La teología medieval había internalizado y subjetivizado el evangelio a tal punto que la base de la justificación, de lograr la aprobación de Dios, ya no era lo que Dios había hecho una

vez y para siempre en Cristo, sino lo que Dios continuaba haciendo en la vida del cristiano. Esta *deshistorización* de lo que Dios había hecho una vez y para siempre en el evangelio, iba de la mano con la *alegorización* de la historia del Antiguo Testamento. La Reforma recuperó el acontecimiento cristológico histórico (el evangelio) como base de nuestra salvación y, a su vez, la importancia objetiva de la historia del Antiguo Testamento. Esto es, por supuesto, algo muy distinto al acercamiento moderno de ver el Antiguo I estamento como parte del desarrollo histórico de las ideas religiosas del hombre, o simplemente como un trasfondo histórico para la era del Nuevo Testamento. Básicamente, el Antiguo Testamento no es la historia del desarrollo de los pensamientos del *hombre* acerca de Dios; por el contrario, toda la Biblia se presenta como el desarrollo del proceso del trato de *Dios* con el hombre y su propia autorrevelación a los hombres.

El Antiguo Testamento ¿es para todos los cristianos?

Las razones más importantes para que los cristianos lean y estudien el Antiguo Testamento se encuentran en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento testifica que Jesús de Nazaret fue en quién y por quien todas las promesas de Dios se cumplieron. Esas promesas se encuentran en el Antiguo Testamento; y el cumplimiento de ellas puede entenderse solamente si se conoce el contexto de la formulación de las promesas mismas. El Nuevo Testamento presupone un conocimiento del Antiguo Testamento. Todos los temas de los cuales se preocuparon los escritores del Nuevo Testamento son parte de la única historia de redención de la cual testifica el Antiguo Testamento. Los escritores del Nuevo Testamento nunca separaron la persona de Cristo de su propia obra, ni la vida de la comunidad cristiana de la historia sagrada, que tiene sus orígenes en el Antiguo Testamento.

Y la importancia del Antiguo Testamento lo corrobora el hecho de que los escritores del Nuevo Testamento constantemente lo citaron o aludieron a él. Se estima que en el Nuevo Testamento hay por lo menos 1600 citas directas del Antiguo, a lo cual pueden agregarse varios miles de pasajes del Nuevo Testamento que claramente hacen alusión o reflejan versos del Antiguo.[4] Por supuesto, no todas estas citas muestran una continuidad directa de pensamiento con el Antiguo Testamento, y algunas incluso muestran un contraste entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Pero el efecto general es ineludible; el mensaje del Nuevo Testamento tiene sus cimientos en el Antiguo Testamento.

Al contrario de lo que a veces se sugiere, los escritores del Nuevo Testamento no tenían el hábito de citar textos sin hacer referencia a su contexto. Incluso una cita a veces tenía la intención de recordar un pasaje íntegro de las escrituras del Antiguo Testamento. Por ejemplo, la cita de 1 Corintios 10:7, donde Pablo usa para su enseñanza una parte de Éxodo 32:6, se refería a las festividades de los israelitas. La intención era recordarles toda la narrativa sobre la idolatría de Israel y el relato del becerro de oro.

Es un hecho que una persona puede convertirse en cristiano sin conocer mucho del Antiguo Testamento; sin embargo, la conversión requiere de un conocimiento básico de Jesucristo como Salvador y Señor. El cristiano no puede comprometerse con Cristo sin estar comprometido con sus enseñanzas. En consecuencia, la actitud de Cristo con respecto al

Antiguo Testamento comenzará a empapar al nuevo cristiano cuando esté estudiando cuidadosamente el Nuevo Testamento. A medida que se analiza el Nuevo Testamento se vuelve más notoria la convicción que compartieron Jesús, sus apóstoles y los escritores del Nuevo Testamento: que el Antiguo Testamento era Escritura y que las Escrituras apuntaban hacia Cristo. La forma en que el Antiguo Testamento testifica de Cristo es una cuestión que debe ser resuelta sobre la base del Nuevo Testamento, por ser éste el que provee al cristiano una interpretación autorizada del Antiguo.

Y esto tiene un efecto doble. Como cristianos siempre estaremos mirando el Antiguo Testamento desde el punto de vista del Nuevo Testamento; desde el marco del evangelio, el cual es la meta final del Antiguo Testamento. Pero como el Nuevo Testamento continuamente presupone el Antiguo como una unidad, nosotros, que no estamos familiarizados con el Antiguo Testamento de la manera en que lo estaban los primeros cristianos, seremos conducidos a estudiar el Antiguo Testamento bajo sus propios términos. Para entender todo el proceso viviente de la historia de redención del Antiguo Testamento debemos reconocer dos verdades básicas. La primera, es que la historia de la salvación es un proceso. La segunda, es que este proceso de la historia de redención encuentra su meta, la cúspide y su cumplimiento, en la persona y obra de Cristo. Este es el principio sobre el cual escribimos este libro.

No entender esta verdad, debido en gran medida al hecho de que el estudio del Antiguo Testamento se ha descuidado, ha sostenido y promovido uno de los más desafortunados retrocesos en la historia de la teología evangélica. El corazón del evangelio, los hechos históricos de lo que Dios hizo en Cristo, actualmente ha sido *degradado* por el hecho de darle un énfasis más místico a la experiencia espiritual privada del individuo. Mientras que la fe en el evangelio es, en esencia, aceptar y comprometerse con lo que Dios declaró que hizo en Cristo dos mil años atrás por nosotros, la fe salvadora a menudo se describe hoy como la confianza en lo que Dios está haciendo por nosotros ahora. Las ideas bíblicas tales como «el perdón de los pecados» o la «salvación» ahora se interpretan como la experiencia personal del cristiano. Pero cuando permitimos que nos hable la Biblia entera, Antiguo y Nuevo Testamentos juntos, encontramos que esos aspectos subjetivos de la vida cristiana, que sin duda son importantes, nuevo nacimiento, fe y santificación, son *fruto* del evangelio. A través de este evangelio, los individuos se relacionan con Dios y suplen sus necesidades, pero tiene su raíz y fundamento en la historia de la redención. El evangelio, son las buenas noticias *acerca de* Jesús, antes de que puedan convertirse en las buenas noticias *para* los hombres y mujeres pecadores. Sólo cuando entendemos los hechos *objetivos* (histórico-redentores) puede entenderse la experiencia *subjetiva* personal, del cristiano.

A esta altura, algunos lectores podrían pensar que nos hemos alejado un poco de nuestra meta original, al discutir la historia de la interpretación bíblica. Pero solo han sido unos cuantos puntos técnicos, no se preocupen; mi convicción es que todos los cristianos necesitan desarrollar una forma bíblica de entender la Biblia y de usarla. No sólo es posible, sino necesario, que todo cristiano, incluyendo a los niños, tenga primero una perspectiva de toda la Biblia, para que entonces surjan las relaciones importantes entre sus distintas partes.

CAPÍTULO 2

Un puente sobre el abismo

Las personas y los acontecimientos de la Biblia están lejos de nosotros. Así que el primer abismo sobre el cual debemos construir un puente es sobre el del tiempo y la cultura. Y en la medida en que nos damos cuenta del contexto histórico de cualquier parte de la Biblia, crece cada vez más nuestra percepción del gran abismo de tiempo, lenguaje y formas de pensar que nos separan de ese texto.

Pero el tiempo y la cultura no son los únicos elementos de ese abismo; hay una dimensión mucho más importante de la Biblia, que tiene que ver con la *manera* en que Dios se ha revelado y con *aquello* que ha revelado: una dimensión relacionada con lo que llamamos «teología». Tal vez debería decirse en este momento que la palabra *teología* se refiere al conocimiento de Dios, o sea, a lo que se puede conocer de Dios por medio de su autorrevelación. Sólo de modo secundario se puede aplicar esa palabra a la variedad de estudios y debates religiosos llevados a cabo, tanto por personas que aceptan la autorrevelación de Dios en las Escrituras, como por quienes están en desacuerdo con la misma, o con algunas partes. Veremos esto en más detalle al final del capítulo 3.

Un ejemplo directo

Para ilustrar el problema del abismo del tiempo, la cultura y la teología, supongamos que nosotros, como cristianos contemporáneos, abrimos nuestras biblias en una de las cartas de Pablo. Leemos algo de su exposición teológica, y luego pasamos a la exhortación a vivir de acuerdo con las verdades del evangelio. Aunque hay que admitir que debemos hacer ciertos ajustes, teniendo en cuenta que Pablo escribió hace más de dos mil años, dirigiéndose a algunas personas en Asia Menor o Italia, aun así, no sentimos que ésta sea una barrera seria para nuestro entendimiento. Y es más; no encontramos que este abismo nos impida aceptar las palabras que Pablo les dirigió, por ejemplo, a los gálatas, como Palabra de Dios para nosotros. La razón es obvia: Pablo se dirigió a un grupo de cristianos teniendo como base el evangelio, y nosotros reconocemos que, a pesar de la diferencia de tiempo y cultura, Pablo en el siglo I y nosotros en el XXI, tenemos suficiente base teológica en común, como para que podamos oír esas palabras como si fuesen dirigidas a nosotros.

Si analizamos lo que sucede, vemos que hemos reconocido casi por intuición que, desde el punto de vista de la revelación de Dios y del trato de Dios con los hombres, la Iglesia cristiana de todos los tiempos es una sola. Pertenece a la misma era de las relaciones de Dios con el hombre. Los límites de esta era son, en un extremo, el nacimiento de la iglesia del Nuevo Testamento en Pentecostés y, en el otro extremo, el regreso de Cristo en poder y gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Pero cada vez que nos acercamos a un texto que se encuentra fuera de estos límites, el abismo se profundiza, y necesitamos tener más cuidado y habilidad para construir un puente.

El «abismo» se agranda

Demos un paso atrás en nuestra bien definida era del «evangelio». En Hechos 1, Lucas describió las apariciones de Jesús después de su resurrección y ascensión, una situación radicalmente distinta a la nuestra, porque ocurrió antes del derramamiento del Espíritu Santo. Existe una singularidad en este periodo, compartida por el relato de Pentecostés, en Hechos 2, que suscita la pregunta: ¿cuánta información puede aportarnos un periodo tan único, que se pueda aplicar directamente a nosotros? Después de todo, no compartimos la situación de las personas que esperaban el inicio único de la nueva era. Este hecho involucra un principio importante de la interpretación bíblica: que no debemos generalizar los acontecimientos de una narración histórica sin una buena razón para hacerlo (¿qué implica «una buena razón»?, es una cuestión que analizaremos más adelante).

Del mismo modo, podemos investigar más atrás en la historia bíblica, y aumentará la distancia que nos separa de la situación cristiana normal a la cual pertenecemos. Los Evangelios, por ejemplo, contienen muchas narrativas que tienen que ver con una época que no sólo es anterior al Pentecostés, sino también a la resurrección y a la crucifixión. No podemos simplemente asumir que la historia de los discípulos y su relación con Jesús durante su vida terrenal proveen instrucciones normativas para nosotros; por el contrario, sabemos que debemos hacer ajustes por el hecho de que nuestra relación con Jesús, que no está en un cuerpo físico entre nosotros, sino en el cielo, es por medio de fe y por medio del Espíritu Santo, quien mora en nosotros. Y ahora podemos mirar hacia atrás y ver la labor ya concluida de Cristo en su vida, muerte y resurrección, mientras que los relatos de los Evangelios sólo anticipaban su cumplimiento. Puede ser que, por ejemplo, Juan 1:12 sí tenga relevancia con respecto al evangelismo moderno: «*Mas a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios «*, pero no podemos tomarlo para nosotros hasta que hayamos examinado el significado original del pasaje. Habla de que Jesús vino física y literalmente a los judíos como su Mesías: «A los suyos vino, pero los suyos no lo recibieron» (v. 11). Los judíos en general no le recibieron como Cristo, pero los que sí lo hicieron fueron hechos hijos de Dios.

Si tenemos este problema en el Nuevo Testamento, encontraremos mucha mayor dificultad en el Antiguo, pues ahí no sólo estamos en una situación pre-resurrección; sino en una era preencarnación y pre-cristiana. De hecho, son mucho más fáciles de encontrar las diferencias entre la situación del Antiguo Testamento y la nuestra, que las similitudes, por lo cual tendemos a aferrarnos sólo a las similitudes obvias, para que se conviertan en nuestra guía de interpretación y aplicación. Como que el Dios de Israel es nuestro Dios y su carácter no cambia. Y que la gente fiel de Israel, los «santos» del Antiguo Testamento, fueron verdaderos santos aun cuando no conocieron a Cristo. Pero tendemos a olvidarnos de cómo fueron salvos sin conocer a Cristo, y simplemente nos preguntamos cómo nos muestran una vida de fe.

El acercamiento por medio de un «estudio del carácter»

Es aquí donde los «estudios del carácter» del Antiguo Testamento se valoran. Hay más situaciones de la vida real en el Antiguo Testamento que en el Nuevo; hay muchas narraciones históricas que revelan a hombres y mujeres que son descritos de manera realista, con todas sus

fallas, en sus encuentros con Dios. Pero las dificultades que hemos encontrado al comparar nuestra vida con las historias de los Evangelios y del libro de los Hechos aumentan cuando nos acercamos a las del Antiguo Testamento. Y es que no podemos simplemente transferir las experiencias del pasado al día de hoy. Hay dos peligros que debemos evitar cuando nos acercamos a las narraciones históricas:

a) No debemos ver estos hechos como si fueran una simple sucesión de acontecimientos, de los cuales sacamos pequeñas lecciones morales o ejemplos de vida. Mucho de lo que se dice sobre aplicar el texto del Antiguo Testamento a la vida cristiana termina en un enfoque moral. Y consiste casi exclusivamente en *observar* el comportamiento de los piadosos y de los impíos (indudablemente sobre el trasfondo de lo que hizo Dios) para luego *exhortar* a las personas a que aprendan de estas observaciones. Por eso el «estudio del carácter» es lo que la mayoría prefiere; la vida de Moisés, David, Elías, y de tantos otros. En sí, no hay nada de malo con los estudios del carácter como tales (debemos aprender de los ejemplos de los demás), pero los estudios del carácter con demasiada frecuencia reemplazan aspectos fundamentales de la enseñanza bíblica. Paradójicamente, pueden incluso *alejarnos* de los fundamentos básicos del evangelio. Y seguramente es claro que no resolvemos el problema si utilizamos el método alegórico y convertimos cada detalle histórico en un anuncio de Cristo, sin tener en cuenta la estructura total de la Biblia,

b) Debemos tener cuidado de precipitarnos y aceptar los ejemplos de los personajes bíblicos, sean buenos o malos, como la principal fuente de los principios de la vida cristiana. Si nos enfocamos en cómo David salvó a Israel cuando estuvo amenazado por Goliat, o en la respuesta de Elías ante las amenazas de Jezabel, o en la manera en que Saúl mostró una debilidad moral y nos quedamos usándolos como simples ejemplos que debemos seguir o evitar, entonces habremos reducido el significado de estas personas al denominador común más pequeño. Esta manera de acercarnos a las historias bíblicas puede oscurecer fácilmente cualquiera de las características únicas que podrían ser parte importante de la revelación.

El peligro de los «estudios del carácter» es que fácilmente nos llevan a usar a los personajes y acontecimientos del Antiguo Testamento como simples ilustraciones de las verdades del Nuevo Testamento, y al mismo tiempo, dan la apariencia de ser correctas exposiciones del significado de la Palabra de Dios. Pero si la esencia real se extrae del Nuevo Testamento, y sólo de allí, podríamos preguntar: ¿De qué sirve entonces estudiar el Antiguo Testamento? ¿Por qué no usar material extra-bíblico para ilustrar el Nuevo Testamento? Al hacer este comentario, no estoy negando el valor de lo que se narra en el Antiguo Testamento para ilustrar los principios del Nuevo, pero no debemos suponer que tal manera de acercarnos al Antiguo Testamento nos lleva al significado primario del texto.

Para insistir aún más en este punto, hay que reconocer que el acercamiento por medio del estudio del carácter a menudo se utiliza de tal modo que implica, equivocadamente, que el lector moderno puede identificarse con el personaje en cuestión. Pero si no queremos aplicar erróneamente nuestras observaciones, debemos tener en mente la unicidad histórica y teológica de los personajes y acontecimientos. ¿Es verdad que, si Dios cuidó del bebé Moisés, de la misma manera Dios cuidará de mí? Tal aplicación supone que, lo que le sucedió a la figura única de

Moisés en una situación única, se aplica a todos nosotros todo el tiempo. Si pensamos, con el mismo ejemplo, en nuestros niños, ¿por qué habrían de identificarse con la identidad privilegiada de Moisés en lugar de hacerlo con los otros niños hebreos que no escaparon de la ira del faraón? La importancia teológica de Moisés y por qué fue preservado, se ignora casi totalmente en esta situación.

¿Con quién puede identificarse el cristiano en la narrativa de David y Goliat: con los soldados de Israel o con David? (Por supuesto que no con Goliat.) Pero alguien podrá decir: «Hay una lección para nosotros, tanto si vemos a los soldados, como a David». Los primeros nos muestran a los cristianos que carecen de fe, y el segundo ejemplifica al hombre que verdaderamente confía en Dios *y* supera grandes desventajas (¡ojalá no se quieran identificar con las piedras!). Hasta cierto punto, esto es cierto: los soldados tenían miedo y David era un hombre que confiaba en Dios. Pero, ¿eso es todo? Nos damos cuenta de que no, cuando leemos el relato en su contexto, pues descubrimos algo único respecto a David que no se aplica a nosotros. David es el que, inmediatamente antes del episodio con Goliat (1 S 17), es mostrado como el rey ungido de Dios. Él acababa de recibir el Espíritu de Dios para realizar maravillosas obras para salvar a Israel, de acuerdo con el patrón de salvadores establecido en el libro de Jueces. Así que, al matar a Goliat, lo hizo como el único ungido de Dios que podía ganar la batalla.

Los creyentes podemos entender esta verdad e incluso aplicarla a nuestra vida, sin pretender identificarnos con David. Más bien, deberíamos identificarnos con la gente común de Dios, los soldados, que se quedaron parados, mirando la batalla que se libraba. Lo mismo se puede decir acerca de las vidas de todos los personajes bíblicos que tuvieron alguna misión en particular asignada por Dios. Si lo que realizó fue como cualquier otro creyente, la lección entonces es clara, pero si lo hizo un profeta, un juez o el mismo rey mesiánico, entonces no se aplica al pueblo de Dios en general, al igual que la obra única de Jesús como el Cristo no puede aplicarse a nosotros.

La unidad de la Biblia

He intentado ubicar el problema tal como se nos enfrentaría en las situaciones prácticas de los servicios cristianos: pláticas de misiones, lecciones de escuela dominical, *etc.* El caso del orador en el aniversario, que mencionamos en la introducción, es casi autobiográfico. Y estoy seguro de que tales casos de mala aplicación o mala interpretación se siguen dando. Detrás de todo, reside el problema de no tomar en cuenta la unidad de la Biblia. Y no es una cuestión académica, sino una en la que están involucrados incluso nuestros niños en el nivel más sencillo de la enseñanza bíblica.

Si vamos a evitar tales vuelos de la imaginación al interpretar, debemos tener algún entendimiento de lo que dirige el acercamiento correcto al significado de la Biblia. La mayoría de nosotros (eso espero) asume que existe una unidad básica en toda la Biblia y en su mensaje, y que es más que una colección de libros sagrados, dado que contiene una única historia de salvación. Si existe tal tema unificador en la Biblia, entonces la *estructura* del mensaje bíblico, ii sea, la relación que rige las partes con el todo, se convierte en primordial para la interpretación.

No podemos escapar al hecho de que cada vez que se lee la Biblia se tiene que realizar un ejercicio en la ciencia de la interpretación o, como se llama en términos técnicos, de *hermenéutica.* Veámoslo así: incluso una carta personal de una amiga nos exige interpretar la forma en que nuestra amiga utiliza el lenguaje para expresarnos lo que nos quiere decir. Todos sabemos que es mucho más difícil conversar por carta que hablar cara a cara, porque en una conversación utilizamos no sólo palabras, sino también expresiones faciales y cambios de entonación; podemos variar la velocidad, el volumen y el énfasis de las palabras; podemos detenernos y aclarar algo que hayamos dicho cuando, por una expresión facial de nuestro oyente, nos damos cuenta de que no hemos sido claros. Pero la palabra escrita carece de muchas de estas ayudas para su interpretación, aun en la comunicación directa con alguien que conozcamos bien. Por lo tanto, es obvio que la hermenéutica no puede ignorarse cuando tratamos con los antiguos textos de la Biblia, pues fueron escritos en idiomas extraños y dirigidos a personas de otra época.

Usemos la analogía de un mapa. Si abrimos un mapa o miramos un plano turístico de una gran ciudad, una de las cosas que damos por hecho es que el plano representa una unidad verdadera. Por lo tanto, creemos que la información sobre cómo llegar de un lugar a otro se basa en proporciones verdaderas de las partes de la ciudad y de las calles que las conectan. Si alguien, como broma, hubiera pegado la mitad de un mapa de una ciudad y la mitad de un mapa de una ciudad diferente, un viaje programado según ese mapa, sería imposible de cumplir. Las dos partes no corresponden y no hay unidad. De la misma manera, si queremos pasar de un texto bíblico de la era pre-cristiana a nosotros, que vivimos en el siglo XXI de la era del evangelio, no podríamos dar por hecho que hay una conexión entre los dos, sino que debemos entender cómo se conectan. Igual que con nuestro mapa, sucede con la Biblia: debemos saber qué tipo de unidad existe dentro de ella. Obviamente esta unidad no es una uniformidad estática, como si la Biblia fuera un simple depósito de «textos de prueba» que pueden seleccionarse y aplicarse al azar, sin detenerse en su contexto. Lamentablemente algunas personas tienden a trabajar con la Biblia sobre esa base, desprestigiándose a sí mismos y al mensaje que dan.

Pensemos de otro modo en el tema de las relaciones bíblicas. Dice un dicho muy popular: «Un texto fuera de contexto es un pretexto». Este dicho muy sabio nos recuerda que la Biblia no es una colección de oraciones o versículos aislados que pueden usarse al azar para establecer una doctrina. Uno de los resultados poco felices de la división de la Biblia en capítulos y versículos (que no se hizo sino hasta el final de la Edad Media) es una fragmentación artificial del texto. Pablo escribió una carta a los romanos, no dieciséis capítulos separados que contienen una serie de unidades llamadas versículos. Y la mayoría de nosotros reconocemos que cualquiera puede demostrar cualquier cosa al extraer ciertos versículos de su contexto. Sabemos también que la unidad literaria básica para expresar un pensamiento es la oración o frase, pero ¿recordamos siempre cuánto del significado de una frase se rige por el lugar donde se ubica dentro de una unidad mayor de comunicación?

¿Hasta dónde debemos estirar el contexto para entender bien una frase? Es cierto que podemos, arbitrariamente, escoger un párrafo como límite, pero deberíamos hacerlo sólo cuando sea posible saber cuál es el equivalente de un párrafo en el texto griego o hebreo, porque ellos no utilizaban ni signos de puntuación ni párrafos. Y por lo general un párrafo forma parte del contexto de otros párrafos. Podemos pasar de párrafos a capítulos (unidades también

desconocidas para sus autores), y luego a libros enteros. Aunque no siempre sea necesario llegar a tal extremo para proveer el contexto necesitado para entender un versículo o una frase; pero cualquier presuposición de unidad en el libro significa que el conocimiento de las partes y del todo son inseparables. La conclusión lógica que se puede extraer es que, si la unidad de la biblia tiene algún significado, el contexto real de cualquier texto bíblico es toda la Biblia. Cualquier texto tiene mayor significado cuando se relaciona no sólo con su contexto inmediato, sino también con el plan de salvación entero revelado en toda la Biblia.

Resumen

Resumimos el tema: Aceptar que toda la Biblia es la Palabra de Dios plantea la pregunta de cómo nos habla a nosotros en el siglo XXI. ¿Cómo podemos entender verdaderamente, como palabra relevante y viva de Dios, aquello que fue dirigido a otras personas en circunstancias tan diferentes y remotas de la nuestra?

Ser conscientes de la naturaleza del problema, es estar encaminados a su solución. Nuestro problema de interpretación está ligado muy de cerca con la cuestión de la naturaleza de la unidad bíblica. Necesitamos entender la relación entre las distintas partes de la Biblia, lo cual significa entender no sólo su unidad, sino también su desunión. Hemos visto cómo la distancia entre nosotros y el texto bíblico se ensancha a medida que nos alejamos de la era del evangelio, en que vivimos. La venida de Jesús encarnado es el único acontecimiento que crea una discontinuidad en la Biblia, *y* que ha dejado su marca en la historia de la humanidad con la distinción básica de a.C. y d.C.

Hemos visto algunas diferencias importantes entre las eras post-pentecostales, pre-pentecostales y pre-cristianas. Ahora nos preguntaremos qué une a estas eras para que los sesenta y seis libros de la Biblia formen una unidad orgánica de revelación.

CAPÍTULO 3

¿Qué es el Antiguo Testamento?

Cuando tratamos con algo tan complejo como el Antiguo Testamento, es mejor no presumir nada, sino intentar entender qué lo hace tan complejo. (Los lectores que ya estén familiarizados con el Antiguo Testamento necesitarán un poco de paciencia en este punto.)

La primera dimensión, y la más obvia, del Antiguo Testamento, es la *literaria*. El Antiguo Testamento es un libro, o, mejor dicho, una colección de libros. En segundo lugar, notamos que el tema común y unificador de estos libros es su asociación con una historia que incluye un solo espacio de tiempo continuo y una sola parte continua de la historia humana. En tercer lugar, el Antiguo Testamento presenta una dimensión *teológica* de que esa historia, sujeto de la literatura, se representa como una historia especial del trato de Dios con el mundo y con el ser humano. Consideremos ahora algunas de las implicaciones de estas tres dimensiones clave del Antiguo Testamento (y también de toda la Biblia): la literaria, la histórica y la teológica.

El Antiguo Testamento como literatura

El Antiguo Testamento es una colección de treinta y nueve libros escritos por varios autores en un periodo aproximado de mil años o más. Casi todo el Antiguo Testamento fue escrito en hebreo, un antiguo idioma del grupo semítico del noroeste, relacionado muy de cerca con el idioma de los cananeos. Algunas partes del Antiguo Testamento fueron escritas en arameo, otro idioma semítico hablado en todo el imperio babilónico, de donde fue adoptado por los judíos en el siglo VI a.C. Las partes más antiguas datan de la época de Moisés, probablemente del siglo XIII a.C., mientras que las secciones más recientes fueron escritas antes del periodo griego, del siglo IV a.C.[1]

Se acostumbra clasificar los libros del Antiguo Testamento en cuatro grupos: ley, historia, profecía y poesía. Esto tiene cierto valor, pero esas clasificaciones son muy amplias, y es útil ser un poco más específicos acerca de los tipos literarios de la Biblia. Diferentes formas y estilos literarios funcionan de muy diversos modos y es necesario distinguir los diferentes tipos de literatura hebrea, si queremos evitar una mala interpretación de las intenciones del nitor. No podemos esperar que los autores hebreos se rigieran por las mismas leyes de expresión literaria a las que estamos acostumbrados hoy en día. La Biblia no es un volumen de escritos del siglo XXI, sino una antigua colección de escritos que utiliza un antiguo idioma para expresar formas de pensar que a menudo difieren de las nuestras.

Tampoco debemos preocuparnos por clasificar los libros culeros, puesto que dentro de un mismo libro pueden abundar distintos tipos literarios. Es necesario reconocer primero la naturaleza literaria de cada escrito, para poder interpretarlo (directamente. De este modo, la intención de una sección histórico-narrativa es diferente de la que yace detrás de una parábola o de un precepto de la ley de Moisés. Algunos tipos literarios nos serán bastante familiares y presentarán pocas dificultades como expresiones literarias. Otros nos serán extraños, y su

intención no nos será del todo clara hasta que hayamos descubierto la naturaleza y función de tales tipos. En el Antiguo Testamento encontraremos:

Narraciones históricas	Sabiduría y dichos del tipo
Leyes y estatutos	proverbio
Profecías	Sabiduría de instrucciones
Genealogías	Himnos de alabanza
Canciones de muchos tipos	Acciones de gracias
Parábolas y fábulas	Lamentos
Mofas	Visiones apocalípticas
Enigmas	y mucho más

No es un requisito convertirnos en expertos en antiguos tipos literarios para evitar los obstáculos, pero al menos debemos intentar familiarizarnos más con ellos y entender cómo funcionan. Realmente sorprende cuánto se ha descuidado la dimensión literaria, y más si pensamos que estamos hablando del medio de comunicación utilizado por Dios. Asimismo, sorprende que algunos intérpretes busquen imponer un código único de interpretación literaria como la interpretación «literal». La interpretación literal es, por supuesto, totalmente válida como una aproximación a la literatura, si se concibe de un modo tan amplio que abarque las diferentes maneras en que se puede usar un idioma para comunicar. Pero el propósito de este libro no es discutir el complejo campo de los tipos literarios, sino mantenemos abiertos a las antiguas convenciones del medio literario de comunicación, para poder apreciar la maravillosa variedad de expresiones que se encuentran en la Biblia.

El Antiguo Testamento como historia

Si no comprendemos el alcance de la historia del Antiguo Testamento, no tenemos ni la esperanza de entender cómo funciona éste como parte de la Biblia. Pero la respuesta, para la mayoría de nosotros, no consiste en sumergirnos en grandes volúmenes de la historia de Israel. Eso podrá venir después. Debemos comenzar por un esquema básico de historia bíblica, por una vista global, que nos muestre los principales acontecimientos en la marcha de la historia. Esto, contrario a lo que se cree, se hace con facilidad, porque hay un esquema de acontecimientos bastante sencillo de ubicar en la Biblia, aun si ésta no haya sido la primera impresión que tuvo el lector que se ha atrancado en los libros de Reyes.

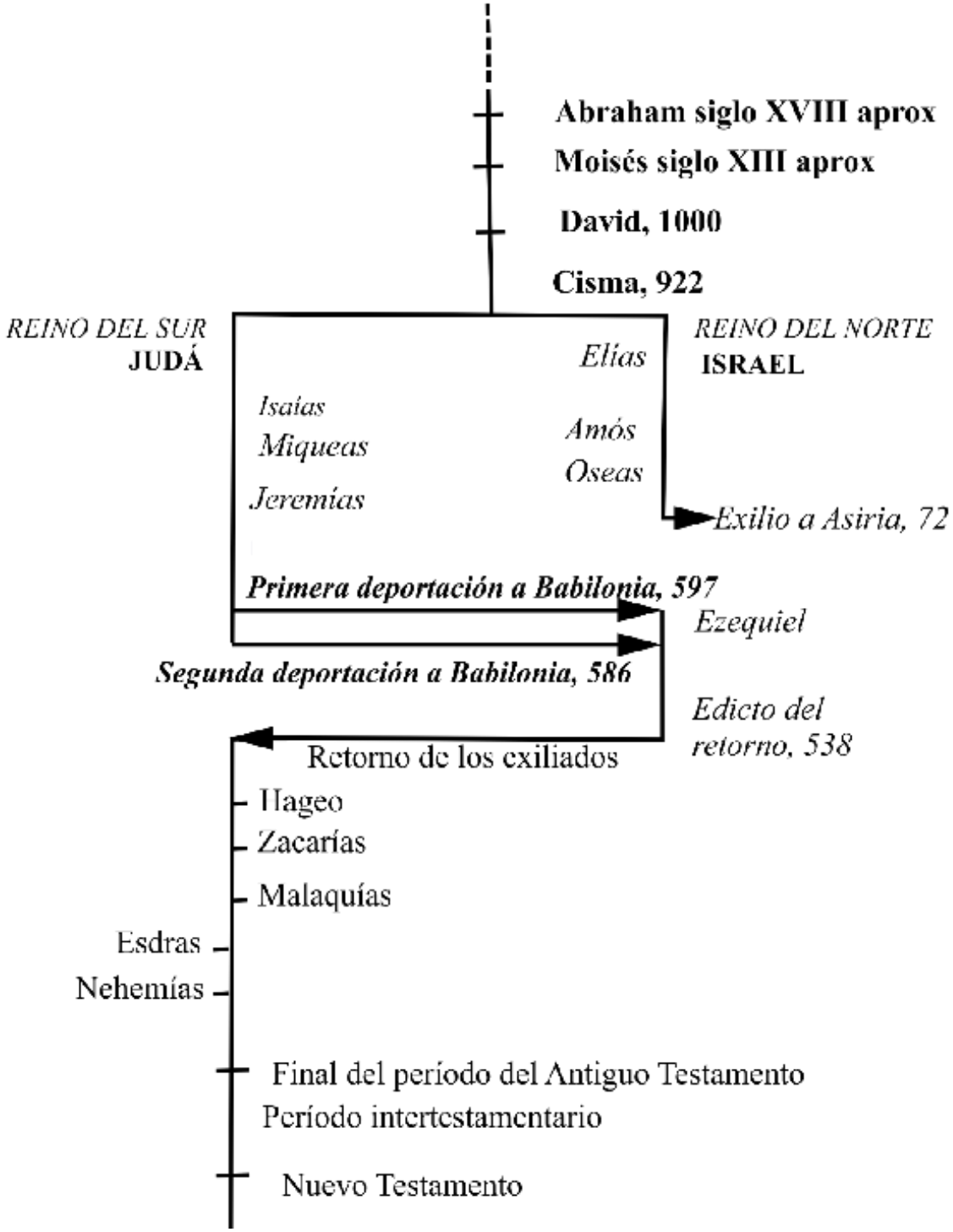
El sencillo diagrama de la figura 3, que yo aprendí de uno de mis propios maestros, nos da una n presentación muy eficaz de la historia del Antiguo Testamento.

La sencillez de este diagrama permite agregar más detalles a medida que uno se familiariza con los contenidos del Antiguo Testamento. Nunca será demasiado enfatizar el hecho

de que, sin un sentido de progresión histórica y de la relación entre acontecimientos y personajes principales, sería muy difícil encontrarle sentido a la Biblia. La contundente convicción de los autores bíblicos es que Dios actúa a través de la historia. Y no de manera fragmentada, caprichosa o sin relación, sino con un propósito específico centrado en un único periodo de la historia. La Biblia no es un depósito de nicas abstractas, ni siquiera de doctrinas formuladas, sino que es la maravillosa unidad de la historia de la salvación.

Si nunca has dedicado tiempo para entender la progresión básica de la historia del Antiguo Testamento, es tiempo de hacerlo. Te sugiero que utilices el esbozo de la Figura 3 en la siguiente página, algo parecido, junto con un resumen de historia bíblica tal como se puede encontrar en numerosos libros.[2] Puede ser de ayuda señalar que a veces resulta necesario hacer una diferencia entre el esquema histórico bíblico *y* las reconstrucciones de la historia bíblica hechas por algunos historiadores. Muchos historiadores trabajan sobre la presuposición de que sólo podemos aceptar lo que puede ser verificado en fuentes y evidencias extra bíblicas. Para algunos la historia bíblica más antigua que se puede verificar es la del periodo del asentamiento en Canaán, a finales del siglo XIII a.C.[3] Otros aseveran que podemos retroceder con cierta certeza hasta el periodo de Abraham,[4] pero aquí no nos preocupamos por la posibilidad de poner a prueba la verdad de la narrativa bíblica, sino sólo de entender el patrón de acontecimientos según los presenta la misma biblia.

Figura 3: ESBOZO DE LA HISTORIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO
(no hecho a escala)



La historia bíblica según la presenta la Biblia

Visto así, estamos tratando con una historia que comienza con la creración del universo, del mundo y del hombre. Luego, la historia se centra en el hombre (Adán) y en su relación con Dios. Después de ser expulsado del paraíso en el Edén, a causa de su rebelión contra su Creador, la historia del hombre es la de un pecado cada vez mayor y más amplio. Eso lleva a la destrucción de la gente por medio del diluvio y a la preservación de sólo una familia. De la familia de Noé el linaje del hombre se ramifica en las naciones del mundo, pero la Biblia se enfoca únicamente en la línea de Sem, de la cual viene Abraham.

Abraham fue llamado por Dios para que dejara Mesopotamia V se fuera a Canaán, donde recibió promesas respecto a sus descendientes (de los cuales no había ninguno todavía). Esta promesa pasó luego a su hijo Isaac y al hijo de Isaac, Jacob. Con el i lempo, los descendientes de Jacob emigraron a Egipto y llegaron a ser una nación numerosa. Cuando esta nación fue sometida a cruel esclavitud por los egipcios, Dios envió a Moisés para que Dios guiara a la tierra de Canaán, que había prometido entregar a los descendientes de Abraham. Este proceso fue largo y complicado e incluyó la realización de un pacto en el Monte Sinaí, donde Dios unió consigo a la nación de Israel como su pueblo, con todo lo que ello implicaba.

Despojar a los habitantes de Canaán, y establecerse en la tierra, llevó a la necesidad de desarrollar algún tipo de gobierno o administración del pacto. Después de un falso comienzo con el rey Saúl, Israel tuvo un gran líder en la persona de David, quien unió a las tribus, estableció una ciudad capital, fortificó los límites y organizó una buena administración. Por desgracia, el sucesor de David, Salomón, fue demasiado ambicioso y sus imprudentes políticas llevaron con el tiempo a la insatisfacción. Y cuando su hijo llegó al trono, las diez tribus del norte se rebelaron, se separaron y se convirtieron en el reino de Israel, mientras que la dinastía de David continuó reinando en Judá, reino del sur.

La separación llevó a un declive generalizado, tanto del norte como del sur, aunque los profetas continuaron llamando al pueblo a volverse a ser fiel al Dios del pacto. El reino del norte fue derrotado por los asirios (722 a.C.) y dejó de ser un estado independiente. Más de un siglo más tarde, Babilonia cayó con todo su poder sobre el reino del sur, destruyó Jerusalén (586 a.C.) y deportó a la mayoría del pueblo. Judá dejó de existir como entidad política.

El exilio en Babilonia llegó a su fin para los judíos cuando Ciro, el rey persa, superó el poder de Babilonia y permitió al pueblo cautivo regresar a sus tierras (538 a.C.). Muchos de los judíos eligieron permanecer en Babilonia, porque la vida allí había sido bondadosa con ellos. Pero los que regresaron tuvieron que hacer un tremendo esfuerzo para reconstruir el reino de Judá. Al fin, con la ayuda persa, se logró cierta estabilidad, y Jerusalén y el templo fueron reconstruidos. Pero la gloria de la edad dorada de David y Salomón nunca regresó, y el periodo del Antiguo Testamento llegó a su fin con un susurro, y no con un gran estruendo.

Pasaron aproximadamente tres siglos y medio entre los dos testamentos. En ese tiempo tuvieron lugar los desarrollos políticos más complejos de la nación judía. El imperio persa sucumbió cuando Alejandro Magno entró en Asia Menor y avanzó hasta Egipto y más allá de Babilonia, hasta los límites de la India. Los sucesores de Alejandro impusieron la cultura

helénica en el imperio y los judíos no fueron ajenos a las terroríficas consecuencias del conflicto entre los filósofos paganos, con su estilo de vida y la devoción hebrea a la Ley y la religión del único verdadero Dios. A la mitad del siglo I a.C., los romanos ingresaron en la región del Medio Oriente y los judíos se convirtieron en una provincia del gran imperio romano.

Lo que *no* es la historia del Antiguo Testamento

A primera vista parece que la historia registrada en el Antiguo Testamento es la de una nación poco importante, que pasó la mayor parte de su tiempo sometida a la fuerza política que ostentaba la supremacía en el Medio Oriente. Por desgracia, ésta puede ser la impresión cuando nos concentramos en los detalles de la historia del Antiguo Testamento. Pero, aunque el estudio del detalle es importante, es una debilidad humana «no ver el bosque a causa de los árboles». Concentrarse demasiado en los detalles de la historia de Israel puede ocultar las relaciones importantes y el patrón general de los sucesos.

Es fundamental recordar que uno de los puntos cardinales al escribir una historia, es que ninguna historia es jamás la simple recolección de una sucesión de detalles o acontecimientos. El historiador escribe *selectivamente* de acuerdo a su *propósito.* Por supuesto que no puede aislar un solo aspecto de la vida humana de todos los demás, pero puede concentrar su atención en uno u otro aspecto, para que todos los demás desaparezcan en mayor o menor grado en la oscuridad. Y así, podemos tener de la misma nación en el mismo periodo de tiempo una historia política, una historia económica, una historia social, una historia militar, etcétera.

¿Qué tipo de historia es la que registra el Antiguo Testamento? Primero, vamos a concentrarnos en lo que no es. No es sólo la historia de *Israel,* porque parte del Antiguo Testamento trata de un periodo de tiempo anterior a la creación de la nación, y ese material no puede ser tratado meramente como trasfondo. Génesis, del capítulo 1 al 11, es demasiado importante como para ser desechado.

La historia del Antiguo Testamento tampoco es una historia *religiosa*, pues eso implicaría que los intentos de los escritores fueron nada más el tratar con el pensamiento y la actividad religiosa. El Antiguo Testamento es mucho más que eso, en especial porque continuamente se juzgan las actividades religiosas de la humanidad, incluyendo las de los israelitas. De hecho, tratar la Biblia como una historia de las religiones fue el gran error de los racionalistas del siglo XIX.

Lo que *sí* es la historia del Antiguo Testamento

En cuanto a que el Antiguo Testamento es historia, es una historia *teológica.* Pero no es una historia religiosa (un registro humano de religión humana), es el registro de Dios y su trato con el mundo y con los hombres. Una característica de la Biblia es que no registra los sucesos de los seres humanos y su quehacer como si fueran determinados por la suerte, el azar, el destino o por una cadena necesaria de acontecimientos anteriores. La historia de la biblia tiene un *propósito,* y el propósito que gobierna los sucesos es el propósito de Dios. Los historiadores bíblicos relatan los acontecimientos, no como hechos en sí mismos, sino como obras de Dios, o como obras de los hombres que deben ser juzgadas de acuerdo al carácter de Dios. Fue Dios

quien llamó a Abraham de Ur, quien liberó a Israel de Egipto, quien levantó a Ciro para liberar a Israel de Babilonia, y quien juzga si las acciones humanas merecen su aprobación. Este elemento de propósito en la historia bíblica es lo que hace a la Biblia tan única, y le da su dimensión distintiva.

Más aún, la historia bíblica (historia-según-la-presenta-la-biblia, no historia de los tiempos bíblicos) es parte de la palabra de Dios al hombre. Interpretar los acontecimientos de la historia bíblica tomo intención de Dios, nos hace saber su propósito dentro de esta historia. Interpretar estos acontecimientos como procedentes de Dios es lo que le da a la Biblia su carácter de revelación divina. El testimonio constante de la Biblia es que, así como registra la manera en que Dios le habla al hombre y le *declara* sus propósitos e intenciones, también registra cómo *actúa* de acuerdo a su palabra, y cómo luego *interpreta* los acontecimientos según su palabra. De este modo, contrario a ciertas interpretaciones modernas, vemos que Dios le declaró a Moisés lo que él mismo iba a hacer en favor de Israel (liberarlo de Egipto y darle la tierra de Canaán) y sobre qué base lo haría (las promesas a Abraham). Y cuando ya se había realizado el éxodo, entonces Dios les declaró: «Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre» (Ex 20:2).

Esta historia con propósito no sólo revela el pensamiento de Dios; también indica la forma en que ese pensamiento fue Comunicado. La selección de los acontecimientos y el registro de sus detalles frieron regidos por el significado teológico y no por MI significado militar o político. La teología fue lo que reguló la escritura de la historia. El hecho de que Dios actúe en la historia humana e interprete sus actos significa que tales sucesos históricos conformaron un patrón relacionado con los propósitos de Dios. La historia bíblica es historia teológica.

¿Qué es la teología?

Teología significa conocimiento de Dios como Dios mismo lo revela. Hemos visto que la teología bíblica consiste en el estudio de la revelación de Dios a medida que él actúa en este mundo, en la historia humana. La preocupación más importante en el estudio de la Biblia es la revelación de Dios: ¿Qué nos quiere decir Dios al registrar sus actos? ¿Qué hizo Dios al participar de modo especial en la historia humana? Ya hemos planteado la cuestión de la unidad de la Biblia, pero en esta etapa estamos afirmando que el aspecto que sobre todo crea la unidad de la Biblia, es su teología. El único Dios existente fue quien actuó y habló a lo largo de la historia de la Biblia. Y no solo eso, sino que lo hizo con un propósito definido. El mensaje que Dios nos dio es un discurso integrado, no una serie de mensajes aislados y desconectados.

La tarea que tenemos enfrente es la de intentar descubrir qué dijo Dios y cómo lo dijo. Al escudriñar de esta manera podemos decir que estamos interesados principalmente en la revelación: en la teología. Pero no podemos separar lo que Dios dijo e hizo del contexto en el cual lo dijo y lo hizo (de la historia) ni de la forma en que dijo lo que hizo (del registro literario). Tenemos que buscar la unidad esencial de la Biblia, sin ignorar su diversidad y complejidad.

CAPÍTULO 4

Teología bíblica y la historia de la redención

Hasta ahora hemos presentado tres características de la Biblia, en nuestro propósito de mostrar su unidad y estructura: las formas literarias, el marco histórico y las estructuras teológicas. Cada una debe recibir debida atención y debe ser tenida en cuenta durante el proceso de interpretar el texto bíblico. Es desafortunado que en la actualidad se dé tan poco énfasis al estudio de la teología bíblica, cuando el rasgo realmente particular de la Biblia es la revelación de Dios y sus propósitos (su teología). En los últimos años se han publicado varios libros escritos a nivel no académico para el lector cristiano común, sobre el análisis de la Biblia como literatura, sobre la historia bíblica y la doctrina cristiana, pero es difícil encontrar un libro sobre teología bíblica.

Doctrina cristiana y teología bíblica

Debemos estar conscientes de la diferencia entre doctrina cristiana y teología bíblica. El enfoque de interpretación bíblica que adoptamos en este libro se basa en el método de la teología bíblica. La doctrina cristiana (teología sistemática o dogmática) involucra la agrupación sistemática de doctrinas de la Biblia en varios temas, para formar un cuerpo de enseñanza cristiana definitiva sobre el hombre, el pecado, la gracia, la iglesia, los sacramentos, los ministerios, *etc.* La validez de esta sistematización de la teología depende de resolver de modo satisfactorio el problema de la interpretación. Así, declara, basada en los textos escritos *en aquel entonces*, la verdad que debe ser creída y proclamada *hoy*. Pero es importante ver las limitaciones de este enfoque. La estructura y los contenidos de la Biblia no son sistemáticos: no hay una sección independiente que determine la doctrina del pecado, y otra dedicada a la doctrina de la salvación. La formulación de la doctrina cristiana requiere de que transformemos el material colocado dentro de la trama dinámica de los procesos de la historia bíblica, de tal forma, que sea a la vez fiel a la Biblia y aplicable al tiempo presente. El teólogo debe evitar los tropiezos de buscar «textos de prueba», pues con ello presupone que todos los textos bíblicos tienen el mismo valor para establecer la doctrina, sin tomar en cuenta el contexto en que ocurran. La validez de las proposiciones más estáticas de la doctrina cristiana, dependen del correcto manejo de la revelación dinámica, que la Biblia registra en la forma de una progresión histórica del trato de Dios con los hombres.

La teología bíblica, tal como la hemos definido, no es estática, sino dinámica, es decir, sigue los movimientos y el proceso de la revelación de Dios en la Biblia. Se relaciona muy de cerca con la teología sistemática (ambas dependen una de la otra), pero hay una diferencia en el énfasis. La teología bíblica no se preocupa por determinar las doctrinas que se unen para formar el contenido de la creencia cristiana, antes bien describe el proceso por medio del cual la revelación se desarrolla y se acerca a la meta, que es la revelación final de Dios, de sus propósitos en Jesucristo. La teología bíblica busca entender las relaciones entre los diferentes periodos de la actividad reveladora de Dios que se registra en la Biblia. El teólogo sistemático se preocupa sobre todo por el producto terminado: la declaración de la doctrina

cristiana. El teólogo bíblico se preocupa por el develamiento progresivo de la verdad. El teólogo sistemático se basa en la teología bíblica y toma los textos anteriores al Pentecostés como parte del material desde donde se puede formular la doctrina *cristiana.*

Usando el método de la teología bíblica podemos examinar como los acontecimientos de la época de Moisés, por ejemplo, se relación teológicamente con los que fueron predichos por los profetas posteriores, y cómo estos a su vez se relacionan con el Evangelio del Nuevo Testamento. Si podemos discernir de esta manera un desarrollo en la revelación bíblica, estaremos mejor colocados para decir qué relevancia puede tener la Ley de Moisés, la narración del maná en el desierto o cualquier otro suceso del Antiguo Testamento para quienes vivimos del otro lado de la cruz de Cristo.

LA HISTORIA DE LA REDENCIÓN Y EL REINO DE DIOS

Hemos visto que el Antiguo Testamento no es sólo un cuaderno de la historia de Israel tal como la entendemos hoy, sino una historia teológica. ¿Cómo podemos describir esta historia para ver la verdadera unidad que contiene? Sugiero que veamos al Antiguo I estamento como una *historia de la redención.* En otras palabras, la clave para entender el Antiguo Testamento no es la función que cumple Israel, por importante que esta sea, sino el papel de Dios al redimir a un pueblo de la esclavitud y hacerlo suyo. El primer enfoque, reduce al Antiguo Testamento a un simple ejemplo de antigua historia nacional; el segundo, interpreta la historia de Israel como parte de la actividad redentora de Dios para con el hombre.

La redención no es la única idea teológica que otorga una estructura al Antiguo Testamento, porque el proceso de la redención tiene una meta. ¿Acaso el Antiguo Testamento no tiene algo que decir acerca de esa meta? Sí que lo tiene: el pueblo redimido por Dios es el pueblo del reino de Dios. Incluso se puede ver que esta meta, *el reino de Dios*, es un tema aún más central en el Antiguo Testamento que el proceso redentor de traer a un pueblo a ese reino. Por supuesto que no podemos separar tan estrictamente ambos temas. El proceso necesita una meta; y la meta debe tener un proceso o un método para que se logre.

Algunos aspectos de la historia de la redención

En primer lugar, la historia de la redención es *progresiva.* Esto se ve con facilidad al comparar la luz que tenían los patriarcas (Abraham, Isaac y Jacob) sobre los propósitos de Dios, con el entendimiento que tenía un judío post-exilio, que podía aprender de Moisés y de todos los profetas. Y cuando miramos el Nuevo Testamento encontramos que ahí está expuesta la totalidad de la luz del evangelio con todas sus implicaciones. Y el tema del reino es central en el evangelio (ve p. ej., Mr 1:14-15).

¿Significa que la verdad era entendida de un modo difuso al principio y que fue haciéndose más clara hasta la llegada de Jesús? No exactamente. La idea de un «advenimiento paulatino de la luz» es útil hasta cierto punto, pero no explica lo que parecen ser picos o momentos importantes dentro del proceso. Lo que encontramos es una serie de etapas, cada una autocontenida, cada una llegando a su pico más alto, el cual lleva a su vez a una nueva etapa.

El énfasis dado a ciertos acontecimientos o personas, tanto histórica como teológicamente, dirige la atención del lector a tales puntos culminantes.

En segundo lugar, la historia de la redención está *incompleta sin el Nuevo Testamento.* El hecho de que el reino anunciado por los profetas no se haya cumplido en el Antiguo Testamento nos debe preocupar sólo si ignoramos el Nuevo Testamento. Todos los grandes «acontecimientos salvíficos» del Antiguo Testamento (la salvación de Noé, el llamado de Abraham, el éxodo de Egipto, el establecimiento de la monarquía unida, la destrucción de Jerusalén por Babilonia y el anuncio profético del reino nuevo y perfecto) se cumplen en Cristo y en su reino. El Nuevo Testamento es lo que tía perspectiva a los sucesos salvíficos del Antiguo.

El cristianismo no difiere del judaísmo al afirmar que el Antiguo Testamento está incompleto, pues el judaísmo también reconoce la esperanza futura de la profecía que no se cumplió en los tiempos del Antiguo Testamento. Algunos, tanto judíos como cristianos, no creen en un cumplimiento mesiánico futuro, y de ese modo han reducido el Antiguo Testamento a un código moral encerrado dentro de un periodo interesante, aunque irrelevante, de la historia antigua. La diferencia esencial entre las dos creencias se basa en cómo se cumple la realización de la esperanza de Israel. Según el Nuevo Testamento, lo que sucede en Cristo es lo que lleva esta esperanza a su meta anunciada. Por su parte, el judaísmo rechaza a Jesús de Nazaret como el cumplidor de la promesa mesiánica y busca otros caminos.

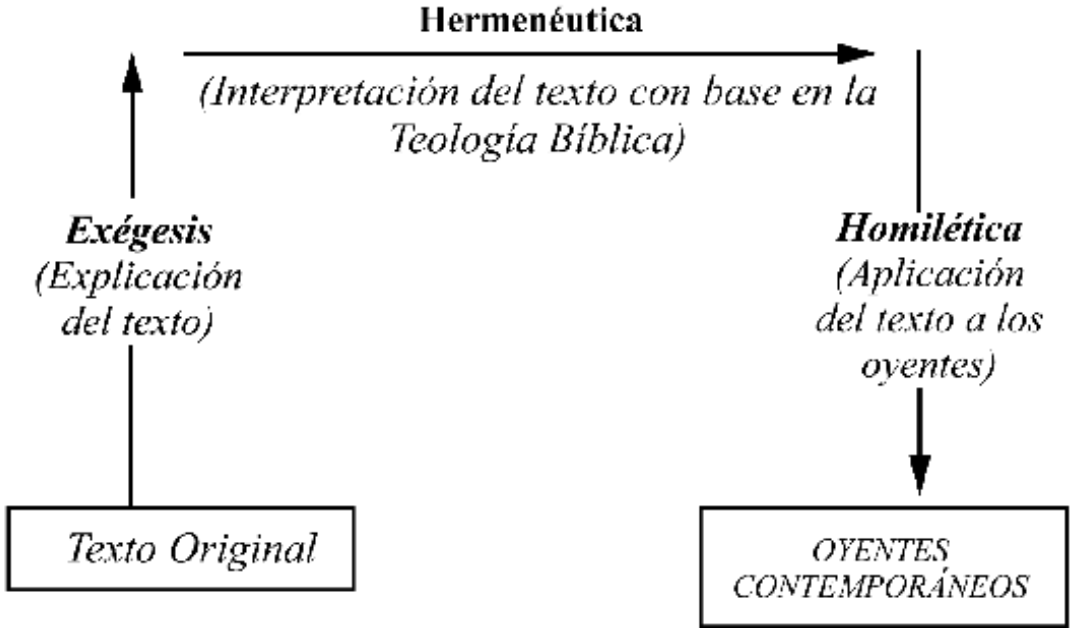
En tercer lugar, la historia de la redención *debe ser interpretada.* En vista de que nuestra preocupación es, en primer lugar, la teología bíblica, pretendemos seguir el método que la teología bíblica requiere.

a) Comenzamos con el Nuevo Testamento porque es en él donde encontramos al Cristo del evangelio, por medio de quien, por fe, somos hechos hijos de Dios.
b) El Nuevo Testamento nos regresa al Antiguo Testamento porque en todo momento presupone al Antiguo Testamento como la base del evangelio.
c) El Nuevo Testamento establece para nosotros que el Antiguo Testamento contiene la promesa y la esperanza de un propósito que se cumplió en Cristo. Y nos muestra la «dinámica», del proceso viviente y el movimiento del Antiguo Testamento, el cual nos dirige a su vez al Cristo de los Evangelios. Debido a que el Nuevo Testamento declara que el Antiguo Testamento está incompleto sin Cristo, debemos interpretar el Antiguo Testamento a la luz de su propósito, que es Cristo. Jesús es indispensable para un verdadero entendimiento del Antiguo Testamento, además del Nuevo.

Aplicando el texto hoy en día

Entender todo lo anterior es importante porque prepara el camino para que podamos aplicar el texto a nuestras vidas. La teología bíblica nos muestra qué tipo de puente nos hace falta para superar el abismo entre el texto y el cristiano moderno. Puede ser de ayuda en este momento señalar tres pasos involucrados para aplicar el texto a nuestra realidad.

Figura 4: UN PUENTE SOBRE EL ABISMO ENTRE EL TEXTO Y LOS OYENTES



Exégesis

Es el término utilizado para referirse a la tarea de descubrir qué significaba el texto originalmente. Antes de poder mostrar la relevancia de cualquier parte de la Biblia debemos saber qué quiso decirle a su audiencia contemporánea el autor.

Hermenéutica

Es el proceso de interpretación que muestra la importancia del antiguo texto bíblico aquí y ahora. En este libro, analizamos principalmente este paso y buscamos demostrar que la interpretación depende de la estructura de la revelación bíblica.

Aplicación

La aplicación general del texto se puede convertir en una aplicación específica para la vida del lector u oyente. La homilética (predicación) es un ejemplo de este método de aplicación, en la medida que el predicador tome, mediante su interpretación cristiana general (hermenéutica), el significado original del texto y lo aplique a su particular modo de dirigirse a la congregación.

CAPITULO 5

El pacto y el reino de Dios

El pacto

La creación del hombre a imagen de Dios distinguió a los seres humanos de los animales. El hombre no es el punto final de una cadena evolutiva, pues es cualitativamente distinto de los animales. El hombre fue creado en comunión con Dios y con el dominio sobre el resto del orden creado. Por eso hay una relación única entre Dios y el hombre. No obstante, no podemos ignorar la similitud entre el hombre y los animales: el hombre es tan solo una criatura y, como tal, totalmente dependiente del Creador. Por ejemplo, la palabra de Dios a Adán prohibiéndole que comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal expresa el hecho de que el hombre, como ser creado, está atado por los límites de ser una criatura. Existen límites reales puestos por el Creador. Son expresiones de la soberanía de Dios, de su reinado absoluto. Pero este Señor es bueno, y coloca a su criatura-hombre en una relación que le otorga tanto reinado como bendición. Dios es Rey y el hombre su súbdito. Y el lugar donde esto ocurre es el mejor lugar de todos: el jardín del paraíso del Edén.

El fondo del problema

El pecado del hombre es su intento de sobrepasar los límites de un ser creado y querer afirmar su independencia de Dios, su Creador. El juicio resultante (en la 'caída' del hombre) estableció un quiebre en la relación entre Dios y el hombre. El mundo se convirtió en un mundo caído donde el hombre caído puede vivir (ve Ro 8:19-20). Pero de la misma manera en que una creación caída aún refleja la gloria de Dios (Sal 19:1; Ro 1:20), así también el hombre aún refleja algo de la imagen de Dios. Un aspecto de la misericordia de Dios es que muestra una actitud de gracia hacia el hombre caído. Aun en la caída, la gracia de Dios permite que el mundo continúe, y sustenta un orden en el cual el hombre puede vivir y multiplicarse.

La medida de la gracia de Dios no es sólo 'la gracia común' que se muestra en la continuidad del universo; se vislumbró en la declaración del propósito divino de redimir a un pueblo para que fuera el pueblo de Dios. La relación entre Dios y el hombre, tal como existió en el Edén, nos permite ver la intención que Dios tiene para su nueva raza de personas.

El pacto con Abraham

Dejando de lado por el momento el tema de lo que se revela entre la caída del hombre y los comienzos de la nación hebrea (en (in 4 - 11), examinemos ahora el llamado a Abraham. La promesa que Dios le hizo a Abraham, expresada en Génesis 12 y en los capítulos siguientes, provee uno de los temas centrales de la Biblia. La forma de la promesa, descrita como un *pacto*, es en lo esencial un acuerdo entre dos partes. Pero este no fue un pacto humano común, que necesita del consentimiento mutuo entre iguales, sino un pacto de nobleza concedido por el acto de gracia de un Dios muy ofendido y contra quien se ha pecado; y en el cual quien está involucrado debe estar conforme con cualquier cláusula que pueda proponerse. Pero antes

que nada debemos ver este pacto como uno de *gracia*, como un favor inmerecido. Las promesas que Dios hizo a Abraham incluían:

a) una nación formada con sus descendientes,
b) una tierra en la que vivirían,
c) una relación con Dios en la que serían el pueblo de Dios.

Esta relación del pacto consistió en ser llamados pueblo de Dios. Cualquier expresión posterior de esta relación nació de este pacto original. Esta promesa hecha a los antepasados de Israel (Abraham, Isaac y Jacob) se convirtió en la base de la relación de *todo* el pueblo de Dios. Aun en el Nuevo Testamento el concepto de ser hijos de Abraham se transfiere a quienes por fe aceptan el evangelio (Gá 3:29). ¡Todo cristiano es un hijo o hija de Abraham! Más adelante veremos los distintos lugares del Antiguo Testamento donde hay una expresión del pacto.

El reino de Dios

Para entender el pacto debemos examinar su contenido y bajo qué términos se estableció. El contenido del pacto, así como la meta de la redención, es el reino de Dios, debido a que el pacto se relaciona con nuestra redención como hijos de Dios. ¿Qué es el reino de Dios? El Nuevo Testamento tiene mucho que decir acerca de 'el reino' pero tal vez entendamos mejor esta idea hablando de la relación entre los súbditos y su rey. Es decir, hay un rey que *reina*, un pueblo que es *gobernado* y un ámbito donde este reinado es *reconocido* como efectivo. Dicho de otro modo, el reino de Dios es:

a) el pueblo de Dios,
b) en el lugar de Dios,
c) bajo el gobierno de Dios.

Con base en este análisis básico, es claro que no es importante el hecho de que el término 'reino de Dios' no aparezca en el Antiguo Testamento. La idea básica se trabaja a lo largo de toda la Escritura.

Primero, vemos el reino de Dios en el jardín del Edén. En aquel lugar Adán y Eva vivían en obediencia voluntaria a la palabra de Dios y a su reinado. Pero en este ámbito, el reino fue destruido por el pecado del hombre; y el resto de la Biblia trata acerca de la restauración de un pueblo para que sea súbdito voluntario del perfecto reinado de Dios.

Existen muchos otros episodios en la Biblia donde el reino de Dios se expresa.

La promesa a Abraham

Se encuentra en Génesis 12:1-3. Dios les prometió a los patriarcas que sus descendientes (el pueblo de Dios) poseerían la tierra prometida (el lugar de Dios) y serían el pueblo de Dios, bajo su autoridad (el gobierno de Dios). El proceso histórico, por medio del cual el pueblo fue

llevado a esa situación, toma la forma del acto de redención de Dios. Dios redimió a Israel cuando lo rescató de la cautividad en Egipto.

La monarquía

La 'edad de oro' de Israel ocurrió durante el periodo de la monarquía, cuando los reinos del norte y del sur estaban unidos como una misma nación. Los logros políticos, económicos y religiosos del reino en la época de David y Salomón cumplieron en todos los aspectos visibles las promesas hechas a Abraham. Ese reino no fue perfecto, pero desarrolló todos los aspectos del reino de Dios. De este modo, un patrón emergió: la revelación del reino de Dios comenzó con una promesa muy simple hecha a Abraham, y luego fue pasando a través de un proceso de cumplimiento (pie incluyó la experiencia redentora (el éxodo) y que alcanzó su máxima expresión de cumplimiento (la monarquía). Esta última etapa contenía algunas cosas que ni siquiera se mencionaron específicamente en la promesa original (tales como la ciudad de Sion, el templo y el reinado de David).

El reino profético

El reino de Salomón falló y eso sirvió para subrayar lo que había sido aparente todo el tiempo, que el proceso histórico desde Abraham hasta Salomón nunca expresó en plenitud la gloria del verdadero reino de Dios, aun cuando reveló la naturaleza de ese reino. En vista del juicio sobre el pecado de Israel (que culminó en la destrucción de la nación), los profetas volvieron a exponer la promesa del reino como algo que había de ser cumplido en el futuro.

El regreso del exilio babilónico tampoco produjo la llegada del reino anunciado por profetas como Isaías, Jeremías y Ezequiel. Los profetas post-exílicos, Hageo, Zacarías y Malaquías continuaron llevando los ojos de Israel lejos de su historia presente, al gran día futuro cuando el reino perfecto y eterno de Dios sea revelado. El Antiguo Testamento termina con una nota de promesa y expectativa. Y cuando los judíos entraron a los casi cuatro siglos de silencio profético entre los dos Testamentos, no había cumplimiento a la vista. Durante ese tiempo los judíos desarrollaron una variedad de soluciones a su problema. La más conocida es la de los fariseos, que creían en un regreso literal a la monarquía de Israel, y en la liberación de Israel de toda opresión extranjera.

El reino del evangelio

Jesús declaró: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado» (Mr 1:15). Y presentó el evangelio como el acercamiento del reino. Lo cual significa que el reino «se ha acercado», pero no en su estado final; va emergiendo a medida que el Nuevo Testamento expone el evangelio. Jesús fue el cumplimiento de las promesas, pero, a esta altura, el hecho de que el reino de Dios triunfará, sólo puede aceptarse por fe. El Nuevo Testamento describe en varias oportunidades la futura consumación del reino donde el pueblo de Dios conocerá de modo completo y por sus propios ojos aquello que ahora sólo tiene por fe. Cuando Cristo aparezca en su segunda venida, los santos de Dios aparecerán con él y el reino eterno se hará evidente (Col 3:4)

Figura 5: REVELACIÓN DEL REINO EN LA BIBLIA
(ve también fig. 8)

Modelo del reino	—	***EDÉN ESTABLECIDO***
	LA *CAÍDA*	
		Acto de redención: Noé
El reino ***PROMETIDO***	—	***ABRAHAM*** *Acto de redención: el éxodo*
El reino ***PREFIGURADO***	—	***DAVID - SALOMÓN*** Acto de redención: promesa Profética de salvación
El reino ***ACERCADO***	—	***JESUCRISTO*** Acto de redención: su vida, muerte y resurreción
El reino ***CONSUMADO***	—	***EL REGRESO DECRISTO***

Así, la historia de la redención no es un gradual despliegue de las verdades del reino, un amanecer de la luz, sino una serie de etapas en las que el reino, y la forma de entrar en él, son reveladas. En cada etapa se exponen todos los ingredientes esenciales del reino; sin embargo, cada etapa sucesiva crece a partir de la etapa anterior hasta lograr la revelación total del evangelio. Con el riesgo de simplificar demasiado, podemos organizar nuestro material del reino de Dios en varios «bloques» de revelación:

a) El reino revelado en el Edén.
b) El reino revelado en la historia de Israel (desde Abraham hasta Salomón).
c) El reino revelado en la profecía (de Elías a Juan el Bautista),
d) El reino revelado en Jesucristo (desde los tiempos del Nuevo Testamento hasta el regreso de Cristo).

Debemos considerar ahora, en forma más precisa, cómo cada una de estas etapas o bloques de revelación se relacionan exactamente una con la otra. Las conclusiones a las que lleguemos controlarán nuestro método de interpretación de los textos del Antiguo Testamento y nuestra percepción de la importancia que tengan para nosotros los cristianos hoy.

CAPÍTULO 6

El reino revelado en el Edén

La creación

La historia de la creación no debe ser desechada simplemente como una especie de «había una vez» bíblica. El hecho de que Dios sea el Creador, y el hombre su criatura, establece desde el principio la base para entender el reino de Dios. Cuando hablamos de la *soberanía* de Dios, usamos una palabra que implica su reinado; un reinado absoluto e intransigente. La criatura es gobernada y pertenece, como criatura, a la esfera del gobierno perfecto de Dios. Al crear todas las cosas por el poder de su palabra (2 P 3:5), Dios mostró que tiene el derecho como Creador de gobernar todas las cosas. Por lo tanto, la única existencia perfecta para la criatura es la que se encuentra dentro del marco de gobierno de Dios.

El hecho que Dios sea el Creador nos dice que toda realidad es la realidad *de Dios;* toda verdad es la verdad *de Dios*. Nada existe excepto por la voluntad y la palabra de Dios. Uno podría escribir libros enteros sobre lo que implica la creación, para poder acercarse de una manera cristiana a la educación, la política, la economía, la vida familiar, los valores morales o incluso la investigación científica. Si creemos en Dios como Creador, no podemos dividir al mundo en lo secular y lo espiritual. El hecho de que toda realidad descanse sobre la palabra creadora de Dios significa que la palabra de Dios debe juzgar las ideas de los hombres acerca de la verdad y del error, y no al revés. Es por eso que la doctrina cristiana sobre la autoridad de las Escrituras tiene sus raíces en la creación. El famoso comentario acerca de la autoridad bíblica hecha por el predicador del siglo XIX C. H. Spurgeon ('¿Defender la Biblia? Preferiría defender a un león.') es muy conocido y apropiado. Es preciso recordar la relación entre la Palabra de Dios y el razonamiento de la criatura humana acerca de lo que es verdadero: ¡uno no toma una linterna y la apunta al sol para ver si éste es verdadero![1] La verdad de la palabra de Dios no puede estar sujeta a la débil luz de la egocéntrica razón del

hombre. La palabra de Dios creó lo que existe y debe interpretar todo lo que es.

El hombre a imagen de Dios

¿Qué es «nuestra imagen» (Gn 1:26)? Dios creó al hombre a su imagen y le entregó la autoridad sobre el resto del orden creado (Gn l:26s). Algunos estudiosos ven en este dominio del hombre, en su *función de gobernar* sobre la creación, «la imagen» de Dios. Otros señalan que el hombre a imagen de Dios es tanto hombre como mujer; por lo tanto, la «imagen» bien podría ser vista en la *relación entre el hombre y la mujer,* en especial la que llega a su plenitud en la unión entre marido y mujer y que se basa en su polaridad sexual (Gn 2:24). No obstante, si la Biblia no define con claridad la imagen de Dios en el hombre en ese momento, más tarde sí señala a Jesucristo como la verdadera imagen de Dios.

Lo más importante de ver es (i) la singularidad del hombre por ser la cúspide de la creación y la imagen de Dios, y (ii) la naturaleza del hombre como ser creado que depende del Creador para su existencia.

Edén: el jardín reino

Al igual que la creación nos habla del rey, así también el Edén nos habla del reino de Dios. En el capítulo anterior vimos que el reino de Dios (un término del Nuevo Testamento) es una idea totalmente bíblica; el concepto del reino domina toda la historia bíblica.

El punto donde esta idea se establece es en el jardín del Edén. Ahí vemos al pueblo de Dios (Adán y Eva en plena inocencia), el paraíso del jardín (el lugar que Dios preparó como el medio ambiente perfecto para su pueblo) y el gobierno de Dios expresado por su palabra. Dios, como rey soberano, determinó los límites de la libertad: «De todo árbol del huerto podrás comer; más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás» (Gn 2:16-17). Y queda claro que como es su reino, el rey no debe ser cuestionado por sus súbditos. La relación perfecta entre el Creador y la criatura, entre el gobernador y el gobernado, no puede existir si la criatura busca usurpar la función del Creador al rechazar su reinado: «...porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Gn 2:17).

La descripción del jardín del Edén no nos dice todo acerca del reino de Dios, pero nos provee un marco esencial para entender la naturaleza del reino como:

a) el pueblo de Dios (Adán y Eva),
b) en el lugar de Dios (el jardín del Edén),
c) bajo el gobierno de Dios (la palabra de Dios).

Vamos a ver este patrón emergiendo una y otra vez como el propósito de todo lo que Dios hace. Así como fue en la creación, así también será en el proceso de redención que llevará a la nueva creación. No es accidental que el árbol de la vida, que le fue negado al rebelde Adán, aparezca en la descripción de la nueva Jerusalén, en Apocalipsis 22 (compara Gn 3:22s con Ap

22:2), o en la profecía de Juan acerca de la victoria de los santos: «Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios», en Apocalipsis 2:7.

La caída del hombre

Al igual que a la creación, es fácil subestimar el significado y los electos de la caída. Si a Dios en verdad se le reconoce como el Creador, entonces la caída, como resultado de la declaración de independencia unilateral del hombre, es algo muy serio. La tentación de la serpiente fue dirigida a este fin: «¿Conque Dios os ha dicho?» Este inicial cuestionamiento sutil de la palabra de autoridad de Dios fue seguido por la negación absoluta de la verdad de esa palabra: «No moriréis» (Gn 3:1-4). El resultado fue que Adán y Eva rechazaron el gobierno de Dios y afirmaron que aun en la actividad racional, eran bastante autosuficientes e independientes.

Es imposible que Dios sea consecuente consigo mismo y a la vez tolere su propio destrono por parte de la criatura. Por esta razón el juicio era tanto inevitable como radical (en el sentido de atacar la *raíz* de la situación). «El día que de él comieres, ciertamente morirás», dijo Dios, y ciertamente el hombre murió. El hecho de que la señal física definitiva de la muerte en la disolución del cuerpo no fue inmediata, no disminuye la realidad de la muerte que sobrevino al hombre. El hombre muerto es un hombre pecador, un hombre que ha rechazado el reino de Dios. El hombre muerto es el hombre fuera del Edén.

La soberanía de Dios y el reino de Dios

Necesitamos distinguir entre la soberanía absoluta de Dios y el reino de Dios. Ni el hombre ni el diablo pueden escapar del poder soberano de Dios, no importa qué tan duro peleen por lograrlo. Al final, todos los que se rebelen contra el Creador serán obligados a someterse a la realidad innegable del señorío de Dios. Pero el reino de Dios, según lo revela la Biblia, es la esfera de gobierno de Dios en el cual sus criaturas se someten voluntariamente a este justo gobierno. El gobierno soberano de Dios es universal; el reino de Dios no lo es. Y hay un infierno además de un cielo; el mundo de la oscuridad además del reino de la luz.

En este momento no es necesario agregarle a los relatos del Génesis el material del Nuevo Testamento, el cual enseña más sobre el significado de la sentencia de muerte que sobrevino al hombre en la caída. El relato del Génesis provee el marco de referencia sobre el cual las Escrituras construyen. Es imposible separar los elementos aparentemente contradictorios en la caída del hombre: el juicio recto de Dios y su increíble gracia.

Juicio

El juicio implica, en primer lugar, el quebrantamiento de la relación entre el hombre y Dios. Se ve claramente en la expulsión del hombre del jardín del Edén. En segundo lugar, encontramos el quebrantamiento de la relación entre los seres humanos, cuando la perfecta armonía entre hombre y mujer dio lugar, a la rivalidad y a la acusación (Gn 3:12,16). En tercer lugar, encontramos el quebrantamiento de la relación entre el hombre y su medio ambiente, cuando la creación física ya no permaneció bajo el dominio del hombre (Gn 3:17-19). Al utilizar la palabra «quebrantamiento» no queremos distraer la atención de lo serio que fue la sentencia de

muerte. El hombre fuera del reino no está sólo bajo una sentencia de muerte, sino que está muerto. El verdadero significado de la muerte implica la separación del hombre de una relación voluntaria con el reino. El hombre autónomo está negando a Dios y, por lo tanto, también está negando la vida. El hombre caído está espiritualmente muerto. Fuera del Edén ya no hubo marcha atrás. El hombre tomó su propia decisión de ser un rebelde y debía aceptar las consecuencias de sus actos. Y tampoco hubo ya libertad de elección para la descendencia de Adán. La caída de Adán del reino establecido en el jardín fue una caída para toda la raza humana. A partir de aquel momento, todo hombre nace fuera del jardín; todo hombre nace siendo un rebelde activo, afirmando su autonomía e independencia del Dios de vida. La historia humana y las Escrituras muestran que el estado de muerte del hombre significa que infaliblemente elegirá odiar a Dios, pues esa es su naturaleza «fuera del Edén». Ya no es cuestión de tener libertad para elegir entre el bien *y* el mal; el hombre ahora tiene la libertad de ser solamente lo que es: un pecador que odia a Dios (ve Ro 3:9-18; 8:6-8). El hombre se ha convertido en esclavo del pecado; una esclavitud que implica muerte.

Gracia

La gracia se refiere a la actitud de Dios hacia los pecadores rebeldes al mostrarles una misericordia que no sólo no es merecida, sino que es justamente lo opuesto de lo que se merecen. Esta actitud de Dios no es abstracta; sólo la conocemos por medio de los actos salvadores de Dios. La increíble historia de Génesis 3 es de juicio y a la vez de gracia. Para comenzar, vemos que Dios no borró la existencia del hombre, como bien pudo haber hecho cuando Adán pecó. El simple hecho de que la raza fuera preservada *y* que Dios continuara hablándole al hombre, es señal de su gracia.

La gracia se ve también en el juicio sobre la serpiente. Dios es justo, y el padre de las mentiras es marcado para su juicio final. Génesis 3:15 ha sido reconocido desde hace tiempo como una palabra de gracia, un *proto-evangelio* (o sea, la primera referencia al evangelio), al prometer que la «semilla de la mujer» tendrá parte en cambiar el mal realizado. La serpiente llevó al hombre a su caída y fue la culpable. Pero el hombre también fue culpable por cuanto se dejó guiar. La gracia operó ante la culpa.

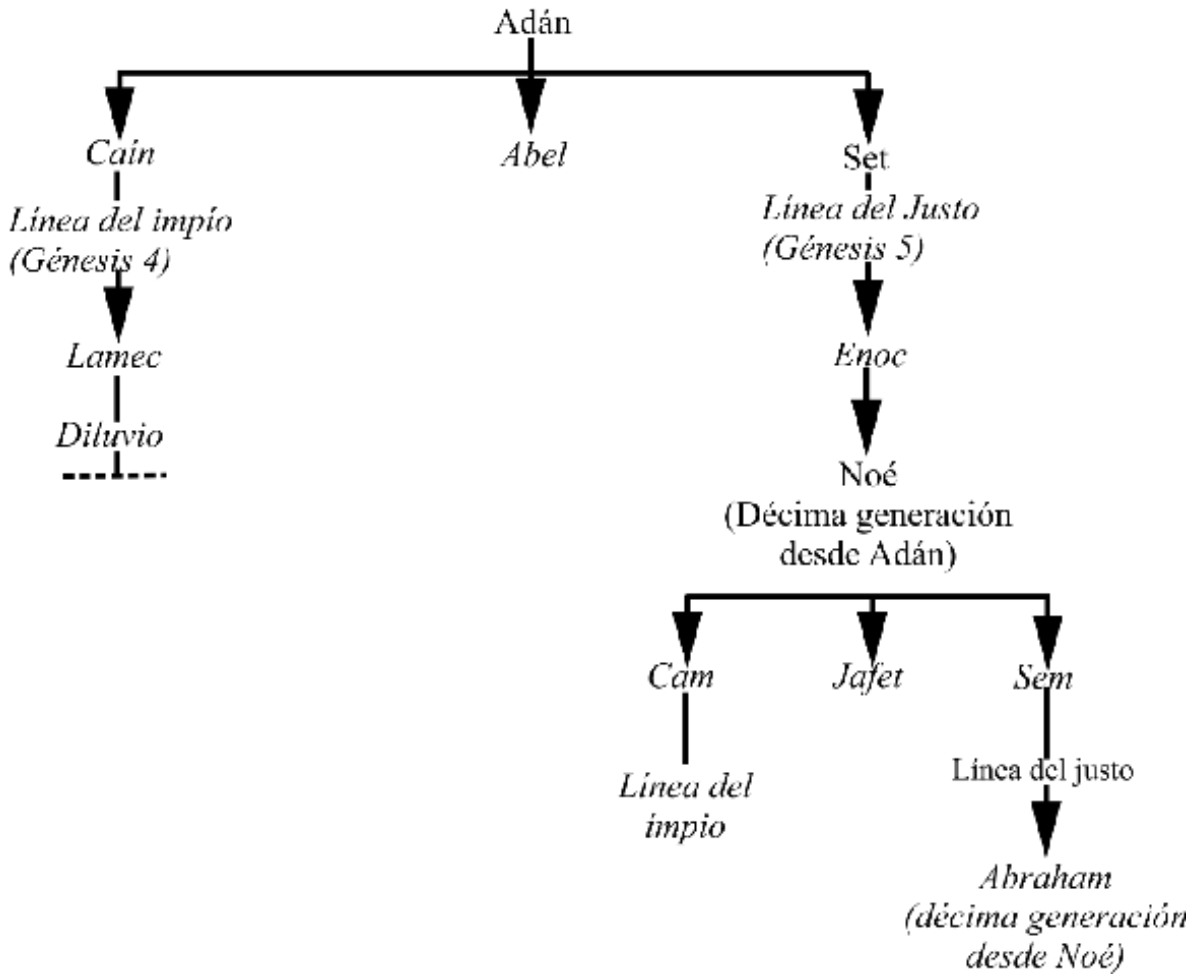
La gracia se reflejó al mantener alguna semejanza de orden social. La imagen de Dios en el hombre no se ocultó totalmente y por esta razón el hombre retiene cierta dignidad sobre el resto de la creación. El hombre y la mujer continuaron relacionándose *y* propagándose aun cuando su relación estaba corrompida. Y el universo, para poder mantenerse bajo el dominio del hombre, a pesar de su continuo desafío al dominio del hombre, cayó junto con el hombre, porque el mundo fuera del jardín es un mundo caído, y el hombre no podría sobrevivir en un mundo que no estuviera caído. «Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza» (Ro 8:20).

LAS DOS LÍNEAS DEL HOMBRE

Génesis 4-11 contiene una compacta historia que cubre un gran periodo de tiempo. Respetando el método de la teología bíblica, miramos el énfasis de estos capítulos para descubrir el mensaje general que contienen. La primera historia del hombre caído en un mundo caído, es un ejemplo de historia orientada teológicamente. Las dos líneas de la humanidad, caracterizadas por las cabezas de estas líneas, Caín y Abel, los hijos de Adán y Eva, son organizadas esquemáticamente. El recurso de la genealogía, o árbol familiar, es usado en varias ocasiones en la Biblia, por eso no debemos apresurarnos a desechar las genealogías por ser poco interesantes o irrelevantes espiritualmente. El diagrama de la figura 6 en la siguiente página muestra la estructura de la genealogía de Génesis 4-11.

La narración de Caín y Abel describe unos de los efectos de la caída de la humanidad: la rivalidad y el asesinato. La narración luego pasa a la genealogía de la línea de descendientes impíos de Caín, descritos como quienes desarrollaron la ciudad y la industria; y que llega al máximo en la maldad extrema de Lamec (Gn 4:17-24). La impiedad de los hombres nuevamente se enfatiza en Génesis 6, cuando Dios declara su intención de destruir al hombre (v. 7). Esta línea de hombres impíos por supuesto desapareció en el diluvio.

Figura 6: ***LAS DOS LÍNEAS DEL HOMBRE***



Mientras tanto, la línea de hombres justos comenzó con Set, quien tomó el lugar de su hermano asesinado (Gn 4:25). Los representantes de su línea fueron Enoc, quien caminó con Dios, y Noé que halló gracia ante los ojos del Señor. La salvación de Noé y su familia fue un acto de la gracia de Dios que los llevó a un nuevo comienzo.

No obstante, de nuevo ocurrió una división en la humanidad, con Cam como el principal representante de los impíos y Sem como el padre de los justos (Gn 11:10-26). Así, tenemos una línea del justo, mostrada en la genealogía de las diez generaciones desde Adán y hasta Noé, y diez generaciones desde Noé hasta Abram, que claramente no fue por azar. La historia se movía hacia un propósito, y examinaremos después el significado de Abram para descubrir cuál era.

Por ahora, basta decir que los cimientos de la redención se estaban colocando. El hombre rebelde, muerto en sus pecados y maldad (Ef 2:1), era el objeto de la gracia y de la promesa de Dios. La gracia de Dios se mostró al salvar a Noé y en la continuidad de la línea del justo. Ya desde entonces había evidencia de la relación que Dios quería tener con una nueva raza de hombres, y había señales de que el reino de Dios irrumpiría en el mundo caído como muestra de

la misericordia redentora. El hombre podía atreverse a soñar que una vez más vería el reino, representado por los hombres de Dios en el lugar de Dios y bajo el gobierno de Dios.

CAPÍTULO 7

El reino revelado en la historia de Israel

Hemos visto que el patrón del reino de Dios se estableció en el Edén. En este capítulo delinearemos la estructura de la historia de Israel desde Abraham hasta el exilio Babilónico, un periodo de más de mil años. No nos preocuparemos en resumir los hechos históricos (estos pueden encontrarse en cualquier manual o diccionario bíblico), sino más bien en mostrar la estructura de toda la historia, para encontrar el propósito de las relaciones en toda la secuencia de los sucesos. Los cristianos sabemos que la historia de Israel no es desordenada, ni es una serie de acontecimientos regidos por el azar, sino que, como *toda* la demás historia, está gobernada por el propósito de Dios. El aspecto distintivo de la historia de Israel es que este propósito involucra tanto la revelación de la salvación como el camino de la salvación. Como Dios es el Señor, *y* la salvación tiene como fin traer a los pecadores al reino de Dios, ese reino se refleja en la historia, que es la 'historia de la salvación'.

Abraham y los patriarcas: el reino prometido

El aspecto más importante de la historia de Abraham es lo que por medio de un pacto Dios le prometió. Toda la narración (Gn 12 - 24) está dominada por la promesa, que contiene tres elementos principales:

a) Los descendientes de Abraham se convertirían en una gran nación (Gn 12:2; 13:16; 13:3; 16:10; 18:18).
b) Esos descendientes poseerían la tierra prometida (Gn 12:7; 13:14-15; 15:18-21; 17:8).
c) Esos descendientes serían el pueblo de Dios (Gn 17:2,7-8; 18:19).

También debemos notar un cuarto elemento: que esta promesa de gracia de parte de Dios apunta a que se haría extensiva a quienes no eran físicamente descendientes de Abraham (ve Gn 12:3; 17:4-6; compara con Ro 4:16-18).[1]

¿A qué se refiere esta promesa de pacto, si no es al reino de Dios? Ciertamente se hizo en términos locales y terrenales. Dios le promete a Abraham que sus descendientes serían el pueblo de Dios en el lugar de Dios bajo el gobierno de Dios, y todas las narraciones de Abraham deben ser vistas bajo esta luz. Un elemento importante en la historia es la forma en que la tensión se fue desarrollando, porque Abraham poseía la promesa, pero no la substancia de ella. Debía aceptar la palabra de Dios en fe, al mismo tiempo de todos los sucesos naturales parecían funcionar en contra del cumplimiento de la promesa. Incluso para Abraham el reino de Dios debía ser recibido primero solamente por fe (Gn 15:6).[2]

Después de recibir la promesa de que tendría descendientes y una tierra propia, Abraham vio cómo su ambicioso sobrino, Lot, ocupó las mejores tierras de pastoreo (Gn 13:8-11). ¡Pero Dios sostuvo a Abraham con su promesa (w. 14-17)![3] Era difícil que dos ancianos aceptaran la promesa de que tendrían descendientes (Gn 15:1-5), y la narración de Agar e Ismael muestra la tensión a la que estaban sujetos Abraham y Sarah. Finalmente, Isaac, su hijo natural, fue designado el heredero (Gn 15:4; 17:19,21; 18:10). Cuando nació Isaac el alivio debe haber sido enorme; en verdad era el hijo de la promesa. Entonces, ¿por qué la orden de sacrificar al joven (Gn 22:1-2)? Este acontecimiento muestra que Abraham no sólo era obediente a Dios de modo general, sino que creía en las promesas específicas de Dios, a pesar del aparente desafío a su cumplimiento, que implicaba el sacrificio. Y otra vez fue animado con la promesa, cuando su fe pasó la prueba (vv. 15-18). Y tampoco perdió la fe cuando murió Sarah, ¡aun cuando Abraham se vio obligado a discutir el precio del sepulcro que debía comprar, siendo que era de su misma herencia (Gn 23)!

Los hijos de Isaac, Esaú y Jacob, fueron objeto de la soberana elección de Dios, ya que el más joven, de nuevo una elección antinatural, fue elegido en lugar del mayor para continuar la línea del pacto (Gn 25:19-23). Jacob no era una buena persona, era justamente lo contrario. Su elección no se basó en sus méritos previstos por Dios (ve Ro 9:10-13). Pero Jacob se convirtió, por la gracia de Dios, y llegó a ser el padre del pueblo del pacto. Y del mismo modo, el reino de Dios se demostraría por medio de los hijos de Jacob.

El resto de la historia patriarcal[4] nos lleva a José y a Sus hermanos en Egipto, donde se tiende el escenario para el siguiente capítulo de la historia de la salvación. El mismo hecho de que los descendientes de Abraham fueran obligados a ir a Egipto por MI bienestar, debe verse también a la luz de las promesas del pacto Porque aun cuando se estaban convirtiendo en una nación poderosa (a la consternación del rey de Egipto), la tierra prometida todavía estaba lejos y muy inaccesible.

Moisés *y* el éxodo: las promesas activadas

El éxodo

«Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José» (Ex 1:8). De golpe, los antes favorecidos hijos de Israel (Jacob) ya no fueron unos invitados bienvenidos en el fértil delta del Nilo. El albergue se convirtió en cautiverio y el privilegio en esclavitud. Las promesas del pacto no se veían, y peor aún, no sólo porque el pueblo vivía lejos de la tierra prometida, sino que ahora era prisionero de un cruel monarca. Otra vez la experiencia de los que habían recibido las promesas parecía contradecir las mismas promesas. Pero desde un ángulo más positivo podemos comenzar a reunir algunas de las piezas del rompecabezas. ¿Por qué Dios no había cumplido las promesas? Podríamos hablar de fe, pero la

fe no debe confundirse con engaño y vana ilusión. Las promesas deben basarse en una realidad que se logrará, porque de otro modo se convierten en un cruel engaño.

Si lo vemos hoy, sabemos que Dios tenía una razón para crear esta tensión. ¿Cuál fue el propósito de encauzar las promesas por esta extraordinaria experiencia en Egipto? El libro de Éxodo nos da la respuesta a esta pregunta. Éxodo comienza con la historia del nacimiento de Moisés, su preservación y preparación para su misión. Estos acontecimientos han sido temas favoritos de los programas de enseñanza para niños, pero desgraciadamente a menudo son mal interpretados. La historia de Moisés salvado entre los juncos debe ser relacionada con el propósito explícito de Dios que nos muestra, en Éxodo 2:23-25, que Moisés sería el mediador de lo que Dios haría para cumplir las promesas del pacto hechas a los patriarcas. Nota el énfasis que se da a la manera en que Dios se identificó al enviar a Moisés para que fuera el líder de Israel. Él era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Ex 2:24; 3:6,13,15,16; 4:5; 6:2-5).

Que el Dios de Israel fuera el Dios que era fiel al pacto que había realizado con Abraham, es un hecho que ahora asociamos con el nombre de Dios.**5** En la mayoría de las versiones en español de la Biblia, este nombre se traduce como SEÑOR Dondequiera que leas el SEÑOR O Jehová en el Antiguo Testamento como el nombre de Dios, recuerda que es su nombre personal especial, y no sólo un título honorífico; expresa el carácter de Dios que ha sido revelado en los hechos que realizó para redimir a su pueblo. El hecho y el conocimiento del nombre con frecuencia están relacionados: «Os tomaré como mi pueblo y... sabréis que yo soy Jehová (el SEÑOR) vuestro Dios (Ex 6:7, compara con 7:5).»

Así que Israel estaba en esclavitud, no por culpa propia, en Egipto lejos de Canaán. Y Dios actuaría, gracias al pacto, para liberar a los hijos de Jacob. Pero el Faraón era un cruel tirano y rehusó dejar en libertad al pueblo. Entonces Dios, por medio de su siervo Moisés, realizó una serie de señales y prodigios para obligar al Faraón a liberar a Israel. Cada plaga infligida fue una demostración del poder superior de Jehová sobre Egipto y sus dioses. Y la plaga final estaba asociada con un cuadro redentor que Israel nunca olvidaría. Cuando Dios declaró la muerte sobre todos los primogénitos de Egipto, les ofreció una vía de escape a todos los israelitas creyentes. El sacrificio del cordero y el marcar con su sangre los marcos de las puertas haría que el ángel de la muerte pasara de largo por esa casa. La redención de los primogénitos israelitas durante la Pascua judía se sumó al escape de Egipto y, de ese modo, el cuadro redentor se extendió a todo Israel. El efecto de la décima plaga sobre el Faraón fue para obligarlo finalmente a liberar al pueblo. Hasta este momento su corazón seguía endurecido e incluso después dudó y persiguió a los fugitivos hasta el Mar Rojo.**6**

La salida de Egipto se pudo haber realizado normalmente por el muy trillado camino desde el Delta, por la costa, hasta Canaán. Pero Dios no los dirigió por ese camino (Ex 13:17), sino por el desierto hasta las playas del mar, lo cual era como correr por un callejón sin salida con paredes por todos lados. Pero el propósito de Dios todavía estaba por verse. El ya había superado la barrera del corazón duro de Faraón, y ahora estaba la barrera del mar. Israel no saldría de Egipto siguiendo el camino fácil de la ruta comercial, sino por la mano fuerte de

Dios, porque la redención sería un milagro que sólo Dios podría realizar (Ex 6:6b; 13:9-16). Incluso los magos egipcios reconocieron el dedo de Dios trabajando (Ex 8:19).

¿Por qué Dios no ha cumplido sus promesas? Ahora podemos responder esta pregunta que nos hicimos antes: Israel fue llevado a Egipto y los patriarcas nunca poseyeron la tierra porque Dios quería revelar el camino para entrar en su reino, un camino que implica la redención milagrosa de una esclavitud que nos tiene atrapados y nos mantiene fuera del reino. Sólo un milagro de Dios puede llevarnos devuelta al reino. El éxodo permanecerá como la clave para entender la redención en la vida de Israel, y al pueblo de Dios se le recordará como la base de su respuesta ante un Dios que salva (ve Ex 20:2; Dt 6:20-25; 26:5-10; Jos 24:6-13; Neh 9:6-12; Sal 78; 105; 106; 114; 135 y 136).

El pacto del Sinaí

Los israelitas fugitivos llegaron al Sinaí donde se llevaría a cabo el siguiente gran aspecto del ministerio de Moisés: la entrega de la ley. Hay tanta confusión sobre este punto que debemos esforzarnos por entender claramente el propósito de la ley. Parte de esta confusión viene de una mala interpretación de la actitud que parece haber hacia la ley en el Nuevo Testamento. Y surge de que Pablo les dijo a los cristianos: «No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Ro 6:14), y porque enfatizó que la justificación significa una rectitud que está «aparte de la ley» (Ro 3:21). Por eso es muy fácil suponer que la ley no sólo es despreciada en el evangelio, sino que incluso es echada abajo. Y muchos cristianos creen que Dios le dio la ley a Israel en el Sinaí como un programa de obras que llevan a la salvación. Pero la historia de Israel nos muestra qué tan total era la inhabilidad de Israel para lograr la meta deseada. Así Dios, en una especie de desesperación, abandonó el plan A (salvación por medio de las obras de la ley), e instituyó un plan de emergencia B (el evangelio). Visto así, el Antiguo Testamento se convierte esencialmente en la historia del fracaso del plan A, y su relación con el Nuevo Testamento es casi completamente negativa.

Para lograr la perspectiva correcta sobre la ley dada en el Sinaí debemos tener cuidado al examinar cómo se habla de ella, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Debemos observar los comentarios positivos sobre esta ley que se encuentran en el Nuevo Testamento y también entender las razones para tantos argumentos negativos. Y si el desprecio a la ley en el Nuevo Testamento se aplica no sólo a la ley en sí misma, sino al uso perverso que le dieron en Israel, también veremos entonces la interpretación y uso correctos que se le dieron en el Antiguo Testamento.

Para comenzar, debemos entender que hay dos acontecimientos importantes detrás de la ley del Sinaí. Uno es el éxodo y el otro es el pacto con Abraham. Si el éxodo tuvo algún significado, ése fue la liberación de la esclavitud. Por lo tanto, queda claro que la ley no podía surgir en el Sinaí como otro tipo de esclavitud. La continuidad del propósito divino antes declarado nos obliga a colocar a la ley del Sinaí en el contexto del propósito de Dios de crear un pueblo para sí establecido sobre su gracia. El llamado y el pacto con Abraham fue un acto de gracia. Los descendientes de Abraham recibieron la promesa del reino por gracia. Los poderosos actos de Dios en Egipto se hicieron debido a las promesas a Abraham (Ex 2:23-25). El

acontecimiento del éxodo se convirtió en un modelo de salvación por gracia; su meta era el cumplimiento de las promesas hechas a Abraham en la tierra prometida. Es inconcebible pensar que Dios hubiera interrumpido su programa de salvación por medio de la gracia a mitad de camino (entre Egipto y Canaán) y, a pesar de sus promesas a Abraham, cargara a su pueblo con un frustrante programa de salvación por medio de obras. La narración del éxodo no permite que se haga tal violencia a su continuidad teológica. La única evaluación razonable de la ley del Sinaí en este contexto es que es parte del programa de gracia donde Dios trabaja para cumplir lo que prometió a Abraham. Este no es un plan «A» que será abandonado más tarde, sino parte del único y exhaustivo plan que Dios tuvo desde el principio.

El corazón de la ley son los Diez Mandamientos (Ex 20) y están precedidos por la significativa frase: «Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre». Estas palabras deben gobernar nuestra comprensión de la ley del Sinaí. Aquí vemos que Dios declaró que él era el Dios de ese pueblo al que había salvado. Lo que siguió, entonces, no pudo ser un plan que buscara lograr la salvación por medio de obras porque ésta ya se había logrado por medio de la gracia. Se dio la ley al pueblo de Dios cuando ya eran el pueblo de Dios por medio de la gracia.

El pacto del Sinaí provenía del pacto hecho a Abraham y es una exposición de él. En el Sinaí Dios detalló para su pueblo lo que significa ser el pueblo de Dios. Ellos no podían saber cómo debían vivir de acuerdo a su llamado a ser el pueblo del SEÑOR a menos que él se los explicara. Lo que les dijo refleja de varias formas su propio carácter. Y en la repuesta fiel de ellos al carácter de Dios demostrarían que realmente eran sus hijos. La ley explica mejor el conocimiento del carácter de Dios, que ya había sido revelado en la relación de Dios con sus padres y en todo lo que había hecho en Egipto (Ex 6:6-8).[7]

Con este entendimiento del pacto del Sinaí, las prescripciones morales son bastante fáciles de entender. ¿Pero qué sucede con los detalles rituales y las tantas leyes relativas a lo que es puro y lo que es impuro (especialmente en cuanto a la comida)? Es útil saber algo respecto al alcance de las prescripciones dadas en Éxodo y Levítico, pero los preceptos individuales no deben verse separados del contexto de todo el pacto. La suma total del pacto del Sinaí equivale al gran resumen del pacto: Yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo.[8] Explica en detalle lo que Dios exige debido a como es él: «Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios» (Lv 19:2). El hecho de que muchas de las normas no reflejen en forma directa el carácter moral de Dios se debe a la naturaleza de esta revelación preliminar del reino de Dios. Algunas leyes norman la vida nacional de Israel, porque ya eran una nación. Otras son requerimientos rituales que dependen del posterior cumplimiento de su significado total. Un grupo de leyes alimenticias, aparentemente sin sentido, adquiere su significado dentro del contexto del pacto del Sinaí.[9] Sirvieron para instruir al pueblo en uno de los aspectos de la relación única que poseían por ser un pueblo santo, separado *de* cualquier otra alianza y separado *para* el Señor.

Los detalles para la construcción del tabernáculo (Ex 25-31) también deben ser vistos a la luz del propósito general del tabernáculo y no interpretados por sí mismos. Un aspecto de importancia, aunque secundaria, es que la revelación de todos los detalles del tabernáculo expresa con claridad el hecho de que Israel no podía diseñar las cosas sin la revelación de Dios.

Incluso lo que podemos llamar las «ayudas simbólicas de la adoración» deben amoldarse a cierto patrón, de otro modo el corazón del hombre crearía algo distinto que no reflejara el carácter de Dios, sino sólo las inclinaciones diabólicas del corazón humano. Por esta misma razón a Israel se le prohibió toda forma de ayudas visuales para la alabanza y de imágenes o ilustraciones de Dios. El ser humano es incapaz de retratar a Dios sin caer en la idolatría. El propósito del tabernáculo era expresar que había un lugar donde habitaba Dios (Ex 29:45), era el símbolo de la presencia de Dios entre su pueblo. Y las barreras para impedir el acceso al «lugar santísimo» significaban que un pueblo pecador sólo tenía acceso indirecto a Dios por medio de la mediación de los sacerdotes, y sólo a través del sacrificio sustitutivo por sus pecados.

Romper la ley tenía terribles penalidades; las más severas eran la muerte o la excomunión. La nación de Israel debía ser fiel a la ley si quería disfrutar de las bendiciones de Dios. Es este hecho (p. ej., ve Dt 28) el que puede ser malinterpretado al inferir que las bendiciones de la salvación son las recompensas por las obras de la ley. Debemos notar que el Nuevo Testamento tiene exactamente las mismas condiciones, y ninguna enseñanza del Nuevo Testamento destruye el principio de la salvación por gracia (p. ej., 1 Co 6:9-10; 10:6-12; Ef 4:1; He 12:12-17; Stg 1:26-27; 1 Jn 3:14-15). Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento el principio opera en que el pueblo de Dios debe mostrar una santidad conforme a su llamado. El deliberado incumplimiento de este principio es una clara demostración de que no somos miembros del pueblo de Dios. **10** Y en ambos Testamentos la demanda a ser santos nace de la actividad salvífica anterior de Dios. Mucho podría decirse acerca del pacto del Sinaí, pero debemos contentarnos aquí con estos breves comentarios acerca de su propósito e importancia.

El ingreso y el asentamiento

El libro de Números relata una serie de incidentes entre el Sinaí y el ingreso a la tierra prometida. Y presenta una imagen poco alentadora. Israel, que monta la cresta de la ola en su experiencia de salvación al salir de Egipto y constituirse en pueblo de Dios bajo el pacto del Sinaí, se muestra rebelde y poco agradecido. Las quejas de la nación que ha huido se convierten en un patrón repetitivo (p. ej., Ex 16 - 18). A pesar del encuentro con Dios en el Sinaí, la nación, poco después, declaró su independencia de Dios al rehusar la oportunidad de tomar posesión de la tierra prometida (Nm 13-14). Y durante los cuarenta años de deambular por el desierto murió la generación de los adultos que salieron de Egipto, y fueron sus hijos quienes entraron y tomaron la tierra.

Antes de entrar, Moisés les habló del pacto relacionado con la posesión anticipada de la tierra y luego entregó su liderazgo a Josué. Esta «segunda ley», lo que el nombre 'Deuteronomio' significa, enfatizó de nuevo la provisión de gracia que Dios haría para su pueblo, para cumplir las promesas que le hizo a Abraham. Esta gracia se contrapondría con la rebeldía que había mostrado Israel en el desierto. Bien podremos preguntarnos por qué Dios continuó mostrándose amoroso hacia Israel a pesar de su conducta. ¡Por supuesto no hay ninguna diferencia en preguntarnos por qué Dios mostró su gracia a la humanidad en la caída, o incluso por qué nos la da a nosotros hoy! La rebeldía de Israel es un tema recurrente en el Antiguo Testamento, pero también lo es el amor del Dios del pacto, amor que mostró al salvar al fiel remanente de entre

una masa enorme de pueblo. El tema del remanente es importante y viene desde el comienzo mismo de la historia de la salvación. **11**

En medio de toda esa rebeldía no se debe pasar por alto que Dios siempre estuvo salvando al remanente fiel.

Deuteronomio es un libro importante porque enfatiza la relación entre la ley y la gracia. Los primeros cuatro capítulos cuentan la historia de la salvación desde el tiempo del Sinaí hasta el momento de la preparación para ingresar a Canaán. La historia de la salvación se interpreta a la luz de la infidelidad de Israel y de la continua bondad de Dios. En ninguna otra parte, la ley y el evangelio se relatan más claramente que en Deuteronomio 6:20-25. Si el niño preguntaba: ¿Qué significa la ley, de qué se trata?, se le debía responder en los términos del «evangelio», es decir, contándole la historia de lo que Dios había hecho para salvar a su pueblo. **12** ¿Dios actuó de este modo porque Israel se lo merecía? Deuteronomio responde con un contundente ¡no! Dios «ama porque ama» es la lógica de Deuteronomio 7:7-8. A Israel se le permitió tomar posesión de Canaán, no porque Israel se lo mereciera y lo valiera, sino porque Canaán se merecía un juicio (Dt 9:4-6). Y siempre detrás de todo estuvo la promesa de Dios hecha a Abraham, a la cual Dios permaneció fiel a pesar de la rebeldía de Israel (Dt 7:8 y 9:5).

En el libro de Josué se retoma la narración de la historia en donde se quedó en Deuteronomio, cuando Josué, sucesor de Moisés, se prepara para dirigir a Israel en su entrada a la tierra prometida. No se puede ocultar el énfasis que se da aquí en que Dios está por actuar a favor de Israel. Las grandes obras que Dios hizo por Israel en el éxodo, continuaron, ya que la salvación no estaría completa hasta que el pueblo se estableciera en su herencia. Una vez más un milagro permitiría que el pueblo atravesara las aguas sobre tierra firme (Jos 3:7-13). No necesitarían cruzar a hurtadillas en alguna región remota y lejana, sino que cruzarían enfrente de la fortaleza de Jericó (Jos 3:6). Dios lucharía por ellos, no sólo en la destrucción de Jericó y de Hai, sino en la subyugación de toda la tierra. Estos hechos, que más tarde pasarían a conformar la historia de Israel, se convirtieron en parte del «evangelio de las poderosas obras de Dios», junto con el cruce del Mar Rojo (Jos 4:21-23).

El libro de Josué describe el proceso de expropiación de la tierra de varios grupos de cananeos por parte de los israelitas. Aunque continuaron algunos grupos de resistencia y los problemas acosaron a los israelitas, tanto adentro como afuera de la tierra, se puede aceptar la evaluación del autor, cuando dijo: «Dio Jehová a Israel toda la tierra que había jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella. Y Jehová les dio reposo alrededor, conforme a todo lo que había jurado a sus padres; y ninguno de todos sus enemigos pudo hacerles frente, porque Jehová entregó en sus manos a todos sus enemigos. No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho a la casa de Israel; todo se cumplió» (Jos 21:43-45). De nuevo observamos en los actos de salvación que Dios hizo, que el cumplimiento de las promesas de gracia no debe separarse de las demandas que le hacía Dios a Israel de mantener su parte del pacto. Josué llamó al pueblo a recordar las terribles consecuencias de transgredir el pacto (Jos 23:14-16). Y el libro termina con un conmovedor relato de una ceremonia de renovación del

pacto que otra vez enfatiza el evangelio de lo que Dios había hecho por su pueblo (Jos 24:2-13), y que describe la demanda sobre el pueblo a responder con fiel obediencia (w. 14-27).

El camino a la monarquía: los jueces

Debemos ser breves al describir esta parte tan detallada de la narración histórica de Israel. El periodo cubre más de dos siglos del desarrollo más importante en la vida nacional de Israel. El libro de Jueces registra cierta inestabilidad que, a primera vista, puede contradecir los relucientes términos utilizados en Josué 21:43-45. Jueces no niega que Dios dio toda la tierra en manos de Israel, pero enfatiza el hecho de que las tribus de Israel fueron negligentes en seguir hasta el fin las instrucciones de desalojar por completo a los habitantes de la tierra. Al tolerar pequeños grupos de enemigos dentro de la tierra, debilitaron su posición y abrieron el camino para los tiempos difíciles que vivirían en el futuro.

La teología del libro de Jueces se resume en el capítulo 2. El contacto con el enemigo siempre fue difícil, no sólo porque ponía en peligro la seguridad nacional, sino principalmente porque amenazaba la integridad de la fe de Israel. Ambas situaciones hacían tambalear el pacto. De nuevo quedó claro que el proceso del cumplimiento del pacto se estaba desarrollando a nivel de la vida nacional, pero no traía todas las esferas de la existencia humana en el reino. Por decirlo de otro modo, las experiencias de Israel muestran la forma en que Dios actúa y cómo es el reino, pero como personas, los israelitas continuaron siendo pecaminosos y rebeldes. No vemos a toda la nación sometiéndose perfecta y voluntariamente al gobierno de Dios. Este hecho moldeará nuestra forma de ver hasta qué punto el reino de Israel exhibió la verdad del reino de Dios.

En Jueces 2:11-23 encontramos la interpretación teológica de los acontecimientos de todo el libro. Las historias de los actos heroicos de Aod, Gedeón, Sansón y los otros jueces, son narraciones de «mini-salvaciones». El mismo ciclo se encuentra presente en todas las narraciones: Israel peca, Dios hace juicio dejándolos a manos de los enemigos, Israel se arrepiente y clama a Dios por ayuda, y él envía a un juez salvador que rescata a Israel del enemigo. Cada victoria bajo el liderazgo de los jueces fue un acto de salvación por parte de Dios con el cual él estableció a Israel nuevamente sobre su herencia. Desde nuestra perspectiva, estas repeticiones de la salvación pueden romper aparentemente la armonía de los acontecimientos históricos de revelar la salvación y el reino. Pero debemos reconocer que la amorosa ternura de Dios estaba trabajando en las generaciones que siguieron al éxodo de Egipto, mostrando repetidas veces su misericordia salvadora, liste periodo no se complica demasiado mientras mantengamos la perspectiva sobre los principales acontecimientos y su significado teológico al revelar el reino. La narración de este periodo de desarraigo llegó a su fin con la significativa declaración: «En aquellos días no había rey en Israel y cada cual hacía lo que bien le parecía» (Jue 21:25). Si bien esto nos indica que el autor estaba recordando los acontecimientos desde el tiempo de la monarquía, también nos indica que veía a la monarquía como necesaria para alcanzar estabilidad y orden en Israel.

Samuel y Saúl

Desde la fragmentación de la vida nacional y la actividad localizada de los jueces se desarrolló un movimiento político encaminado a que Israel viviera una situación más coherente y estructurada. Samuel, el profeta-juez figura prominentemente en esta nueva tendencia. Él fue aceptado como profeta, llegando a ser la primera figura nacional de un profeta desde Moisés, reconocido desde la ciudad de Dan hasta la de Beerseba (1 S 3:19-20).[13] El enemigo en ese momento era la nación filistea. El liderazgo de Samuel durante esa amenaza extrema lo puso en camino del nuevo desarrollo político. Los israelitas deseaban las ventajas de un gobierno estable y, siguiendo el ejemplo de las naciones vecinas, exigieron un rey que los gobernara y los dirigiera en la batalla (1 S 8:19-20).

Los motivos por los cuales los israelitas estaban pidiendo un rey fueron errados; eso puede verse con claridad en la naturaleza de sus expectativas, que eran políticas y militares más que verdaderamente religiosas (v. 20). El pedido fue visto como un rechazo al gobierno de Dios (1 S 8:7); sin embargo, esto no indica que la monarquía no fuera parte de los propósitos de Dios, ni significa tampoco que el reinado se otorgara meramente como una soga para que la gente se ahorcara. Debemos distinguir entre el tipo de monarquía que se estaba pidiendo y el tipo de monarquía que estaba en los propósitos divinos. Si la gente se ahorcaba, sería por medio de Saúl. Saúl era la respuesta de Dios a los motivos equivocados de los israelitas, pero al mismo tiempo permaneció la oportunidad para que Saúl demostrara ser el ungido de Dios.

La monarquía como tal ya era una posibilidad permitida en las palabras de Moisés. En Deuteronomio 17:14-20, tenemos el modelo completo de una monarquía que concordara con los ideales teocráticos del Sinaí. En esencia, ese rey debía ejemplificar la ley en su propia vida y no elevar su corazón por encima de sus hermanos (v. 20). Era un contraste con el monarca despótico del oriente, que utilizaba su posición para su engrandecimiento personal y ejercía un poder absoluto que no concordaba con la teocracia (w. 16-17). Parecería que Samuel tuvo esta prescripción deuteronomista en mente cuando advirtió al pueblo del desatino de querer ser gobernados por un déspota (1 S 8:10-18). Él entendía demasiado bien que la deseada estabilidad política podría ser comprada a un elevado precio. El boleto del «orden público» ha sido el gran atractivo para los dictadores de todas las épocas.

El patrón del comportamiento de Saúl puede discernirse desde el inicio de su reinado. El apareció con todo el carisma de los héroes guerreros que conocemos como jueces (1 S 10:23-24; 11:5-15), pero también con todas las semillas de corrupción y de rechazo de su posición teocrática de ser el ungido de Dios (1 S 13:13-14; 15:10-31). Samuel, el profeta, permaneció siendo el portavoz del Señor y trajo su palabra de juicio sobre el desobediente Saúl. Esta relación del profeta con el rey persistiría durante toda la monarquía de Israel, porque el profeta fue siempre el guardián del pacto del Sinaí contra el cual se medían las vidas de los israelitas.

Hablando positivamente, Saúl fue un eslabón más en una cadena de figuras históricas que representaron el propósito de Dios de administrar la salvación por medio de un mediador humano. La importancia de Saúl como el «ungido de Dios» fue de suma relevancia para David, a tal punto que, aunque Saúl estaba buscando asesinar a David, él no tomó represalias. Y Saúl llevó al gobierno de Israel la coherencia que no había existido desde los días en el desierto, aunque lo hizo de manera imperfecta. No debemos permitir que los elementos

negativos de Saúl nos distraigan del significado positivo de su reinado. Las personas y los acontecimientos del Antiguo Testamento, a pesar de sus imperfecciones, anticipan la perfección que ha de venir (1 Co 13:10). De hecho, debe ser así, ya que, si los anticipos fueran perfectos, ya no serían simples sombras ni anticipos, y se convertirían en la sólida realidad. Saúl, junto con los jueces que le antecedieron y los reyes que le sucedieron, es parte de la cimentación que se hace en el Antiguo Testamento para la posterior revelación del rey humano perfecto, Jesús de Nazaret, que mediaría el gobierno de Dios.

David

La duración del gobierno de Saúl es difícil de determinar, pues la narración no se detiene más que para indicar detalles sobresalientes; sin embargo, el hecho de que el profeta Samuel rechazara a Saúl (1 S 13:14; 15:26-28) sirvió, no tanto para anunciar la muerte de Saúl, sino como presentación de su sucesor, el cual sería David. La expresión: «Jehová se arrepentía de haber puesto a Saúl por rey sobre Israel» (1 S 15:35) sirvió de prefacio a los acontecimientos del capítulo 16.

Por segunda vez Samuel fue llamado para designar al ungido de Dios. La narración describe con gran efecto dramático la elección del hijo menor de Isaí, el hombre conforme al corazón de Dios (1 S 13:14). El haberlo ungido aconteció mucho tiempo antes de la muerte de Saúl, y la narración registra la larga rivalidad entre los dos hombres, que termina con el suicidio de Saúl en la batalla de Gilboa. Durante este periodo, desde el ungimiento de David hasta la muerte de Saúl, la narración no se centra en Saúl sino en David, como el rey electo.

El primer gran acontecimiento registrado de la experiencia de David como el ungido, es la batalla contra Goliat (1 S 17). Aquí vemos otra fase de la transición de juez-salvador a rey-salvador. David, el ungido, desafía al enemigo del pueblo de Dios y mata al gigante con el mismo resultado que las victorias de los jueces. Es un acontecimiento salvador en el cual el mediador escogido gana la victoria, mientras que las personas comunes se quedan al margen hasta que puedan disfrutar de los frutos de la victoria del salvador. Se hacen de este modo los preparativos necesarios para los acontecimientos del evangelio, en el cual el Cristo de Dios (el ungido) gana la victoria sobre el pecado y la muerte a favor de su pueblo.

Hasta la muerte de Saúl, la creciente tensión entre él y David revela los increíbles celos que Saúl sentía hacia alguien que había sido elegido para sucederlo. David, por el contrario, estaba completamente subyugado por su respeto hacia el gobierno de Saúl, por ser el rey ungido. Aunque fue perseguido por Saúl, y obligado a vagar en el desierto con una banda de forajidos, David con tenacidad rehusó adelantarse a la soberanía de Dios rechazando la oportunidad de asesinar el ungido del SEÑOR (1 S 24:4-6; 26:8-11). El desdichado amalacita que buscó encontrar favor con David al atribuirse haber asesinado a su perseguidor, aprendió a la fuerza la firmeza de las convicciones de David sobre este tema (2 S 1:14-16). En estos acontecimientos, otra vez podemos distinguir parte del aspecto de que son forjadores de patrones, en el rechazo y sufrimiento de un rey designado, antes de ser vindicado y elevado al trono para reinar en gloria.

El reinado de David continuó exhibiendo la mezcla de ideales teocráticos y la pecaminosidad humana que ha caracterizado a la historia de la salvación. De hecho, si no fuera

por las evaluaciones proféticas acerca de David, que se hicieron después de su muerte, en las cuales los ideales del gobierno de Dios a través de la monarquía humana se acentúan, podríamos dudar si David realmente era en alguna medida mejor que Saúl. Sin duda su gobierno fue testigo de un crecimiento en la prosperidad y la estabilización de todo el escenario político, económico y militar, pero incluso ese aspecto, como bien sabemos por el ministerio de Samuel, ofrecía muchas posibilidades de pecar. La descripción de David como un adúltero y un asesino por supuesto que no servía para aumentar el ideal teocrático.

Para poder mantener la perspectiva correcta sobre David, debemos preservar el marco establecido por el pacto y la historia de la salvación. La estabilidad y la prosperidad que logró David finalmente al retirar la amenaza de las incursiones filisteas de la tierra prometida, y también al desalojar los últimos rincones de influencia canaanita, representaron el cumplimiento de las promesas del pacto. Y de ahí se afirmó el resumen del pacto: «Yo seré su Dios, y ustedes serán mi pueblo».

En aquel momento se escuchó una nueva voz profética dando una importante perspectiva sobre el significado de David. Cuando los vagabundeos de Israel llegaron a su fin y el pueblo poseyó la tierra prometida tal como se le prometió a Abraham, el símbolo obvio de la morada permanente de Dios sería un templo permanente en lugar de la tienda del tabernáculo portátil. Tal templo fue construido por Salomón, pero en ese momento se dio una pista importante acerca de cómo el simbolismo del tabernáculo-templo llegaría a su plenitud en el reino de Dios. La profecía de Natán para David (2 S 7) fue, en cierta manera, una palabra fuera de tiempo, ya que anticipó la perspectiva profética, la cual no emergió en su plenitud hasta los profetas posteriores, comenzando con Amos y Oseas.

Los siguientes puntos surgen de la profecía de Natán en 2 Samuel 7:

a) David propuso construir una morada para Dios, aunque esto nunca fue ordenado por Dios (w. 5-7).
b) Dios declaró que él sería quien le construiría una casa a David y le otorgaría descanso (w. 8-11).
c) Esta casa sería una dinastía de los descendientes reales de David, y el hijo de David construiría la morada de Dios (vv. 12-13).[14]
d) El hijo de David sería la personificación del pueblo de Dios y sería declarado ser el hijo de Dios (ve v. 14).[15]

Se podría decir mucho más acerca del reinado de David, pero debemos quedar contentos con estos pocos aspectos teológicos y dirigirnos hacia lo que significa que Salomón fuera hijo de David.

Salomón

El primer y más obvio punto acerca de Salomón es que, como hijo de David, cumplía de manera inmediata la predicción de Natán de que la casa de Dios sería construida por tal hijo. Pero Salomón debe ser recordado por algo más que su actividad de construir el templo. De hecho, él es un enigma, ya que fue al mismo tiempo quien perfeccionó la gloria de Israel y el arquitecto de su destrucción.

La forma en que en 1 Reyes se narra el reinado de Salomón es aleccionadora. Habiendo resuelto el tema de la sucesión del trono a favor de Salomón, el narrador trata de inmediato con dos aspectos aparentemente contradictorios del comportamiento de Salomón. Primero, se relata que Salomón entró en alianza con el rey de Egipto, casándose con su hija (1 R 3:1). Este matrimonio se convirtió en causal de un tropiezo, que fue el primer paso de la apostasía descrita en el capítulo 11:1-13. Luego se describe el deseo de Salomón de tener entendimiento, un pedido que recibió la aprobación de Dios.

La sabiduría de Salomón y el esplendor de su reino fueron de la mano, y ambos se han visto como los pilares de la prosperidad y la seguridad nacionales: «Y Judá e Israel vivían seguros, cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera, desde Dan hasta Beerseba, todos los días de Salomón» (1 R4:25). De esta manera el escritor resumió la situación de modo tal que sugirió que la prosperidad del reinado de Salomón era una indicación del cumplimiento de las promesas hechas a Abraham. El pueblo estaba en la tierra, estaba seguro y la tierra ofrecía su fruto en una plenitud semejante al Edén.

La sabiduría de Salomón, a primera vista, tenía extraña compañía. «Y Dios dio a Salomón sabiduría y prudencia muy grandes, y anchura de corazón como la arena que está a la orilla del mar. Era mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios» (1 R 4:29-30). Claramente la sabiduría de Salomón era de un tipo que podría compararse con la de los paganos. La narración describe a los «hombres sabios» de otras tierras que llegaron a escuchar a Salomón (4:34), además de la adulación del rey fenicio Hiram (5:7) y de la reina de Sabá, quien vino a poner a prueba la sabiduría de Salomón (10:1-5).

Sabemos por el libro de Proverbios que «la sabiduría» era vista como relacionada con las complejidades de la vida diaria y con el mundo real de la experiencia humana. Y como tal, sería obviamente una preocupación de todos los hombres, tanto israelitas como paganos. Tal vez era esta misma mundaneidad de la sabiduría de Salomón (ve 1 R 4:32-33) lo que hizo posible que un hombre sabio pasara, de una sabiduría resguardada por el marco del «temor de Jehová» (Pr 1:7) a una sabiduría que hablaba de las mismas cosas, pero que se olvidaba de la voluntad revelada de Dios.

Así, Salomón, que embelleció a Israel con el templo (1 R7 y 8), se convirtió en el apóstata de quien fue quitado el reino con una palabra que recuerda la caída de Saúl: «Romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo» (1 R 11:11). La historia que continúa es larga, y trata, en primer lugar, de la división del reino con la rebelión de las tribus del norte contra Roboam; y luego de la decadencia y la caída del reino del norte y también el del sur.

Debemos contentarnos aquí con señalar sólo el aspecto más notorio de la historia del reino dividido. Tanto el reino de Israel como el de Judá se acercaron con mayor velocidad hacia

un juicio catastrófico de Dios por su pecaminoso rechazo del pacto. El resultado final de la apostasía de Salomón fue la aniquilación de la existencia natural de Israel. Todo lo que en el pacto con Abraham se había prometido, con Salomón fue, a la vez, cumplido *y* perdido. Decir esto es afirmar que la realización de las promesas debe ser limitada por todas las deficiencias debidas a la pecaminosidad humana. En cualquier sentido que el reino de Dios se hubiera cumplido en el reinado de Salomón, algo aún estaba ausente. Sin duda, el patrón de la existencia del reino estaba presente, pero no así la perfección. Si el reino unido cumplía las promesas del pacto, lo hacía sólo como sombra. Por lo tanto, si Dios es fiel, la substancia sólida de ese cumplimiento aún está por llegar. Tal fue el mensaje de los profetas.

CAPÍTULO 8

El reino revelado en la profecía

Los profetas del «viejo orden»

Para el propósito de nuestra exposición podemos dividir a los profetas de Israel en dos grupos principales. El primer grupo comprende a los profetas que vivieron en el periodo del reino histórico (como se describe en el cap. 7 de este libro) y cuyo mensaje se orientó principalmente a esa época de la revelación. El segundo grupo consta de los profetas que vivieron en el periodo posterior al cisma entre Judá e Israel, cuando la historia de Israel dejó de contribuir positivamente a la revelación del reino.

Podemos observar que el primer grupo contiene a los profetas «no-escritores», y el segundo a los «escritores».[1] Es lógico preguntar por qué de los profetas posteriores, de Amos en adelante, hay profecías preservadas en libros, mientras que de los primeros sólo se conocen sus profecías por el contexto más amplio de la narración histórica. La respuesta puede estar dada en parte por el hecho de que los profetas escritores pertenecieron a una nueva época de revelación del reino de Dios y por consiguiente había mayor necesidad de que la nueva revelación fuera preservada de manera formal.

Los profetas del «viejo orden» (los no-escritores) pertenecen al reino de Dios como se revela en la historia de Israel. El profeta definitivo de este periodo fue Moisés (ve Dt 18:15-22; 34:10-12 y Nm 12:6-8). En el Antiguo Testamento se describe una variedad de actividades que se definen como proféticas, así que debemos evitar ser simplistas en la descripción del oficio profético. No obstante, es justo decir que, en lo esencial, un profeta era una persona llamada a comunicar la revelación de Dios a los hombres. Este es el aspecto que vamos a considerar.

En la época de la revelación del reino, en la historia de Israel, fue Moisés quien medió (o sea, comunicó) el propósito declarado por Dios de salvar a Israel de Egipto, y fue el instrumento de Dios para llevar a cabo este propósito. Mas tarde, fue Moisés quien recibió la ley del pacto del Sinaí por medio del cual el pueblo se constituyó como el pueblo del reino de Dios. La historia íntegra del cumplimiento de las promesas que Dios le hizo a Abraham, y la manera en que sucedió, desde Moisés hasta Salomón, es medida de acuerdo al ideal del reino que contiene el pacto del Sinaí. La historia de Israel en la tierra prometida tiene un significado si la vemos dentro de la estructura de la promesa hecha a Abraham, de la liberación de Egipto y del pacto del Sinaí.

Todos los profetas posteriores a Moisés fueron los guardianes de la sociedad del pueblo de Dios, y trabajaron siempre dentro de los límites del pacto del Sinaí. Los profetas mantuvieron la ley como un espejo, para que los individuos y la nación entera pudieran darse cuenta de cuanto la transgredían. Llamaban a la gente a la obediencia fiel al pacto y, cuando era necesario, denunciaban la falta de fe y la desobediencia.

El oficio profético se relaciona muy de cerca con las condiciones estipuladas para gozar las bendiciones del pacto. Aunque la salvación de Israel tiene como base los actos de gracia

de Dios al salvar a su pueblo de Egipto, existe un vínculo muy cercano entre disfrutar el resultado final de la salvación y la obediencia de Israel. A primera vista, pareciera significar que la salvación de Israel se logra mediante la obediencia a la ley, pero no es así. La gracia llegó primero en los actos salvíficos de Dios, y luego la ley unió al pueblo salvado con Dios; es su gente. Si el pueblo rehusaba aceptar la responsabilidad de vivir como el pueblo de Dios, entonces debía sufrir el ser removido de la tierra de bendiciones.[2] Esta naturaleza condicional de la bendición se marca claramente en muchas partes del pacto del Sinaí, por ejemplo, en los Diez Mandamientos (Ex 20:5-6,7,12) y en Deuteronomio (ve 11:26-32; 28:1-68; 30:15-20).

Samuel, Natán, Gad, Ahías y Semaías están entre los profetas de la edad de la profecía, que abarca desde Moisés hasta Elías y Eliseo. Todos estos hombres estaban orientados hacia el pacto del Sinaí y la conservación del reino de Dios como se debía expresar en la historia de Israel. Aun cuando el reino de Israel se dividió y comenzó el resbaladizo camino hacia la destrucción, los ministerios superpuestos de Elías y Eliseo se combinaron en un esfuerzo para llevar al pueblo de Dios de vuelta a la obediencia al pacto. De acuerdo con esta preocupación del aquí-y-ahora de los profetas, encontramos que sus palabras de juicio y de gracia funcionaron en el contexto de la época del reino presente.

Profetas pre-exílicos

Con el ministerio de Amos entramos a un nuevo periodo de profecía que continuó con ciertos rasgos del viejo orden, a la vez que introdujo algunas nuevas características significativas.

Debemos ser cuidadosos de no sobre-simplificar el mensaje profético, pero es posible discernir un desarrollo distintivo en el énfasis, particularmente en cuanto al punto de vista profético de la escatología[3] o del fin de los tiempos.

Transgresión de la ley

Existen tres ingredientes principales en las profecías de estos profetas posteriores. Primero, está el pacto del Sinaí, que continuó siendo la medida de fe y del comportamiento. Esta ley entregada por Dios nunca se ha considerado como una cosa transitoria. Es la expresión del carácter de Dios que es inmutable y, como tal, fue el punto de referencia cuando los profetas interpretaban los acontecimientos como un trato de Dios con Israel. Al compararlo con esta ley el comportamiento del pueblo era visto como deficiente y como una terrible provocación hacia Dios. Cualquiera que fuera el aspecto específico de transgresión en que el profeta estuviera concentrado, las implicaciones básicas siempre eran las mismas: Israel (o Judá) había roto el pacto con el Dios misericordioso que había salvado a ese pueblo para sí mismo.

Amos, por ejemplo, enfatizó la injusticia social: Amos 1:6-8; 4:1-3; 3:10-13; 8:4-6. Isaías, en sus primeros capítulos, describió el formalismo de la adoración israelita así como idolatría y apostasía abiertas. Ezequiel resaltó la apostasía en Judá antes de la destrucción final de Jerusalén, en 586 a.C. Vemos que los profetas no hicieron distinción entre los pecados sociales y los religiosos, como tampoco el pacto del Sinaí, porque cualquier tipo de pecado es una infracción del pacto.

Juicio

En segundo lugar, los profetas fueron los mediadores obedientes del mensaje de juicio; ellos particularizaron el rompimiento del pacto, al denunciar varios tipos de vileza, y tomarlo como base para los pronunciamientos de juicio inminente. Aunque los profetas se mantuvieron orientados a la época del reino en que vivían, siempre había un elemento condicional en el mensaje que indicaba que el arrepentimiento y la fiel obediencia todavía podían prevenir el juicio; sin embargo, cada vez más los profetas fueron presentando una imagen de un juicio final y terrible. Este aspecto refleja en parte la realidad de la situación. La historia no daba lugar al optimismo. Dado el patrón de rebeldía que puede discernirse desde el mismo instante en que Israel fue salvado de la cautividad en Egipto (Ex 15:22-24; 16:1-3; ve también Sal 95:8-11), es difícil pensar con optimismo, a menos que ese lado pecaminoso del carácter humano fuera corregido. Por consiguiente, se nota un creciente sentido del curso inevitable de la historia hacia la auto-destrucción del pueblo del pacto. Incluso los esfuerzos más grandes de una reforma no tuvieron el poder de corregir la situación (ve 2 R 23:24-27).

La forma del juicio que vendría se describió de muchas maneras, pero podemos discernir dos énfasis. Uno, al describir *un juicio bastante inmediato y local* enviado por Dios, e incluso señalando *hechos pasados* como juicios de advertencia (Am 4:6-11). En el reino del norte, llamado Israel, el juicio inminente fue la invasión asiria, que después provocó el fin de la nación, en el 722 a.C. (Os 9:1-6; 10:5-10; 11:5). En el reino del sur, Judá, el destino de Israel se mantuvo como una advertencia y un ejemplo (Is 10:10-11; Ez 16:51; 23:1-11); sin embargo, se le predijo un destino similar a manos de Babilonia (Is 39; Jr 1:13-16; 20:4-6; 22:24-27). Y el otro énfasis fue el de describir el juicio como algo de *proporciones universales o cósmicas* (Jr 4:23-26; Is 2:2-22; 13:5-10; 24:1-23; Nah 1:4-6; Hab 3:3-12; Sof 1:2-3,18; 3:8; Ez 38:19-23).

No podemos separar estos dos énfasis de las profecías del juicio, como si los profetas hubieran distinguido claramente el juicio a Israel y Judá, del juicio universal. Pero, desde nuestro punto de vista al ya conocer la historia, vemos, por una parte, relacionados con el juicio inmediato, dos acontecimientos históricos separados: la destrucción de Samaría en el 722 a.C. y, después, la destrucción de Jerusalén en el 586 a.C. Y, por otra parte, relacionado con el juicio universal, también podemos anticipar un juicio final futuro. Pero el hecho de que la profecía no distinguía claramente entre estas dos partes no se debe sólo a la falta de perspectiva histórica. Teológicamente todas estas manifestaciones de juicio están unidas de manera inextricable. El juicio de Dios sobre el pecado del pueblo del pacto no es, en principio, diferente al juicio por el pecado de toda la humanidad.

Salvación

El tercer elemento principal en la prédica profética fue la declaración de que Dios era leal al pacto y sobre esa base salvaría a un remanente del pueblo para que fuera su propia y verdadera posesión. Al igual que las profecías sobre el juicio, las de salvación describen dos aspectos relacionados de restauración salvadora: Dios restauraría al pueblo del pacto a su heredad y también restaurará todo el universo a la gloria que no ha sido conocida por el hombre desde que

fue expulsado del Edén. Reservaremos un análisis detallado sobre las profecías de salvación para más adelante en este mismo capítulo, cuando veamos el patrón del reino en la profecía.

Las naciones

Existe otro hecho importante de la prédica profética que requiere un comentario. Aunque exista poca evidencia de que alguna vez los profetas les predicaron a los gentiles, fuera del libro de Jonás, hay muchas profecías registradas que fueron dirigidas contra las naciones, aunque fueron predicadas a Israel o a Judá. De hecho, tienen tanta importancia que a veces se han juntado y presentado como un grupo, en la formación de los libros proféticos (p. ej., Am 1 - 2; Is 13 - 23; Jr 46-51; Ez 25 - 32).

El juicio contra las naciones es parte del juicio total de Dios contra el pecado, que ya mencionamos; sin embargo, debemos notar también la relación entre el juicio y la salvación. Al juzgar a las naciones Dios apagará toda rebelión en contra suya. Este acto será parte integral de establecer el reino de Dios. De esta forma, el juicio a las naciones se ve, no sólo como una parte general del juicio, sino también como el acompañante de la salvación del pueblo de Dios. Dios es el guerrero que pelea por su pueblo y lo rescata de la cautividad y la opresión (Ex 14:14; 15:3-6; Dt 9:3-5; Sal 68). El juzgará a las naciones por haber dirigido su impiedad contra su propio pueblo (Jl 3:1-21; Hab 3:6-13; Sof 2:5-15; Hag 2:21-23; Jr 46:27-28; 50:29-34; 51:24).

Los profetas exilícos y post-exílicos

Los profetas exílicos, Ezequiel y Daniel,[4] son los que ministraron a los exiliados en Babilonia. Los profetas post-exílicos, Hageo, Zacarías y Malaquías, ministraron a la comunidad restaurada luego del regreso de Babilonia. Los mencionamos aquí sólo para puntualizar que, con la catástrofe babilónica, ya sea como realidad presente o como un hecho del pasado, estos profetas pusieron mayor énfasis en los hechos universales y finales de Dios, tanto en la salvación como en el juicio. Fue durante ese periodo que se desarrolló una nueva manera de expresar las expectativas del futuro; el estilo *apocalíptico.*

A decir verdad, la mayoría de los escritos judíos apocalípticos aparecieron en el periodo intertestamentario, pero algunos elementos de ese estilo pueden discernirse ya en Daniel y Zacarías.[5] En las visiones de Daniel de los capítulos 7 y 8, y en Zacarías capítulos 1 al 6, se ven muchas características apocalípticas, incluyendo simbolismos y visiones fantásticas. De gran importancia para este análisis es la sensación muy desarrollada de que la edad presente terminará y una nueva edad será introducida, en la cual se establecerá el reino de Dios. El reino es visto como la nueva creación de Dios que no puede ser introducida por medio de una reforma, sino sólo por un cambio radical de todo el orden creado.

Así como los profetas pre-exílicos tuvieron que interpretar el fracaso del reino de Salomón y proyectar al futuro la esperanza del creyente para el reino de Dios, los profetas post-exílicos tuvieron la tarea de interpretar el claro fracaso del regreso del exilio para instaurar el reino. Una vez más, se identificó la causa humana como pecado, y el remedio sería una intervención final y decisiva de Dios en el futuro.

El patrón del reino en la profecía

Ahora, regresemos al patrón de la esperanza futura, a la cual todos los profetas escritores contribuyeron. Puede ser resumido en forma bastante sencilla: la estructura de la historia futura será una repetición de la historia pasada, pero con una diferencia significativa. Toda la esperanza para el futuro se expresa en términos de un regreso a las mismas estructuras del reino reveladas en la historia de Israel desde el éxodo hasta Salomón. La gran diferencia es que ninguna de las debilidades del pasado estarán presentes. En breve, el pecado y sus efectos serán erradicados.

Los profetas describieron una continuidad del pasado al futuro así como también una distinción entre ellos. Todo lo que Dios ha revelado acerca de su reino por medio de la historia de Israel sigue siendo válido. Pero es modificado, al punto de que la nueva visión del reino no deja lugar para otra interrupción ni declive. El reino restaurado estará en el contexto de un nuevo cielo *y* una nueva tierra, *y* toda esta nueva creación de Dios será permanente, perfecta *y* gloriosa.

La forma más sencilla de demostrar esta característica de la esperanza profctica es detallando los ingredientes de la historia de Israel que conforman el patrón del reino de Dios, *y* luego mostrar cómo se repiten en el futurismo profético. En el capítulo anterior vimos las siguientes características:

a) La cautividad, como una contradicción al reino.
b) Los acontecimientos del éxodo, como la poderosa acción salvadora de Dios basada en el pacto con Abraham.
c) El pacto del Sinaí que unió a Israel con Dios, convirtiéndolo en su pueblo.
d) La entrada y posesión de Canaán.
e) El enfoque sobre el reinado de Dios, por medio de su templo, del rey davídico y de la ciudad de Jerusalén.

¿Por qué Dios se molestó en salvar a una nación rebelde? Desde el punto de vista del Antiguo Testamento, porque él es fiel al pacto que hizo con Abraham, considerándolo un pacto eterno (Gn 17:7). Dios muestra un amor constante o amor de pacto a su pueblo elegido (Is 54:7-8; Jr 33:10-11; Mi 7:18-20).**6**

Ahora, partiendo de este amor de pacto, Dios está realizando un nuevo trabajo, y cada uno de los rasgos de la revelación del reino histórico será renovado en los últimos días, cuando Dios actúe de manera definitiva para la salvación.

1. La nueva cautividad

Las predicciones de los profetas pre-exílicos, de que Judá sería devastada y el pueblo llevado a Babilonia, proveen una analogía muy obvia con la cautividad egipcia, que no se pasa

por alto. Pero hay un elemento nuevo. La razón de esta cautividad se declara claramente como el pecado o la violación del pacto.

2. El nuevo éxodo

El patrón del éxodo egipcio es invocado en muchas profecías sobre el regreso de Babilonia (Jr 16:14-15; 23:7-8; Is 43:15-21). Una cantidad de pasajes de Isaías aluden al éxodo desde Egipto al describir el próximo éxodo desde Babilonia (Is 40:3-4; 41:17-20; 42:7; 43:1-2,16-20; 48:20-21; 49:24-26; 51:9-11; 52:3-4,11-12; 61:1).

3. El nuevo pacto

Desde un punto de vista, es certero decir que los profetas vieron la renovación de varios pactos: del que Dios hizo con Noé (Is 54:8-10), con Abraham (Is 49:5-9; Jr 33:2-26), con Moisés (Jr 31:31-36) y con David (Jr 33:19-26). Pero Jeremías, en capítulo 33:19-26, indicó claramente que el pacto con Abraham y el que Dios hizo con David estaban estrechamente relacionados. Y que hay, de hecho, una unidad esencial en todos los pactos. Jeremías mostró esta unidad entre el pacto de Moisés y el nuevo pacto (31:31-34), pues el nuevo pacto no era algo nuevo que reemplazara al anterior; era el mismo, pero renovado y aplicado de tal manera, que sería perfectamente guardado.

4. La nueva nación

Los profetas predijeron un regreso del pueblo renovado, un remanente fiel. Este sería un pueblo cuyo corazón estuviera cambiado y a quienes el nuevo espíritu se les hubiera dado para que la ley se cumpliera en ellos (Is 10:20-22; 46:3-4; 51:11; Jr 23:3; 31:7; Ez 36:25-28). Entonces Dios establecería a la nación en la tierra y Sión sería reconstruida (Is 44:24-28; 46:13; 49:14-21; 51:3; 60:3-14). El nuevo templo en Sión sería glorioso (Ez 40 - 47) y sería obra del Espíritu de Dios (Zac 4:6-9). De acuerdo al pacto con David (2 S 7), el nuevo David reinaría como el rey pastor de Dios sobre su pueblo (Is 11:1; Jr 23:5-8; 33:14-26; Ez 34:11-13,23-25; 37:24-28). Y cuando toda esa gloria de la nueva Sión fuera revelada, las naciones también recibirían una bendición de acuerdo a la promesa hecha a Abraham (Gn 12:3, ve Is 2:2-4; Mi 4:1-4; Zac 8:20-23).

5. ***La nueva creación***

Ya hemos visto que existe una continuidad entre el reino de Dios revelado en el Edén y el reino de Dios revelado a través de la historia de Israel. Por lo tanto, no es de sorprender que a veces los profetas hicieran referencia al reino edénico como el patrón del reino por venir, e incluso mezclaran elementos del Edén y de Canaán. Isaías habló de la redención de Israel en el marco de la nueva creación, de los nuevos cielos y la nueva tierra (Is 65:17-21). En el contexto de esta re-creación cósmica la nueva Jerusalén será un nuevo Edén en el cual la armonía de la naturaleza será restaurada (ve Is 11:1-9). Todas las referencias a los desiertos que se transforman en lugares fértiles recuerdan las expectativas de que Canaán sería una tierra de la cual manaría leche y miel, una imagen tomada prestada del Edén (ve Is 41:18-20). Dios hará que la aridez de Sión sea como un Edén (Is 51:3; Ez 36:33-36).

Posdata

Cuando Judá fue restaurada, después de la victoria persa del 538 a.C., la situación era, en efecto, esperada como el gran día de salvación predicha por los profetas. Pero el hecho es que el cumplimiento de la profecía fue sólo una pálida sombra de la expectativa. Los libros de Esdras y Nehemías, junto con Hageo, Zacarías y Malaquías, dan una descripción bastante clara de la reconstrucción. Todos los ingredientes de las promesas del reino estuvieron presentes pero, lejos de exceder la gloria anterior, no llegaron ni siquiera a equipararla. De ahí la necesidad de los profetas post-exílicos de explicar por qué aquel no era el día tan esperado, y de proyectar una vez más la esperanza hacia el futuro. Esta esperanza a menudo zozobraría como una vela en el viento cuando, año tras año, se vieran cambios, pero nunca la verdadera liberación de la dominación opresora de los extranjeros.

Luego de cerrar el Antiguo Testamento durante el ascenso persa, los judíos fueron expuestos a muchas tribulaciones. Más de una vez la fe del pacto fue seriamente amenazada por los filósofos y por los estilos de vida paganos. El templo fue profanado por helénicos, y muchos mártires derramaron su sangre.[7] La fe judía desarrolló distintas expresiones por medio de numerosas sectas, fariseos, saduceos, zelotes, esenios, mientras que el poder en el Cercano Oriente cambiaba de manos, de los persas a los griegos, y por último al poderoso Imperio Romano. A través de todo ello el remanente fiel esperaba por la consolación de Israel.

CAPÍTULO 9

El reino revelado en Cristo Jesús

La mayoría de los cristianos solo tienen una leve idea de que existe un vínculo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Para muchos está limitada a creer en ciertas profecías mesiánicas que se cumplieron con la llegada de Jesús. Por eso en el capítulo 2 vimos que el hecho de aceptar la unidad de la Biblia exige que busquemos qué tipo de unidad existe, para poder relacionarlos. Y en el capítulo 3 vimos que ser cristiano implica tener un enfoque al buscar la unidad de la Biblia. Ser cristiano es aceptar que Jesucristo es la meta de todas las cosas, incluso la meta de la historia de la redención. Jesucristo es la imagen perfecta de Dios (Col 1:13-20; 2:9-10; Heb 1:3); por eso lo vemos a él como la persona hacia quien se dirige toda la revelación anterior de Dios, y en quien todo logra su cumplimiento y su pleno significado.

El Antiguo Testamento anticipa al Nuevo y concluye en él. Lo sabemos por muchas afirmaciones generales del Nuevo Testamento: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo» (Heb 1:1-2).

«*...porque todas las promesas de Dios son en él Sí*»
(2 Co 1:20).

«*Y nosotros también os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús*» (Hch 13:32-33).

«*Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían*» (Lc 24:27).

Es importante que entendamos con claridad que este hecho de la progresión del Antiguo Testamento hacia su cumplimiento en el Nuevo, no es simplemente una invitación a entender que Jesús es el final del proceso. Es también una demanda a que toda la Biblia sea comprendida a la luz del evangelio. Significa que Jesucristo es la clave para interpretar toda la Biblia, por lo cual, la tarea que tenemos por delante es discernir *cómo* interpreta él la Biblia. Debemos comprender desde el inicio que cuando hablamos de Jesucristo como la clave de la interpretación, debemos hablar de Jesucristo tal cual es revelado: el Cristo del evangelio. No es suficiente enfatizar la ética del hombre, Jesús de Nazaret, fuera del contexto de los actos salvíficos de Dios (como lo hacen muchos liberales), ni debemos enfatizar (como lo hacen muchos evangélicos) la presencia sobrenatural de Cristo con el creyente fuera del contexto de lo que significa que, de acuerdo a la historia, Dios se hizo carne. Es evidente que debemos entender bien el evangelio mismo, si vamos a ver con claridad la importancia de Cristo al interpretar la Biblia.

El evangelio

¿Qué es el evangelio? Hazles esta pregunta a diez cristianos, y es probable que obtengas diez respuestas diferentes. Tal vez ninguno esté equivocado en su totalidad, pero la diferencia sugerirá cierta confusión. Voy a usar dos extremos para ilustrarlo. El cristiano liberal a menudo enfatiza la *naturaleza humana* de Jesús. Fue un hombre bueno, ciertamente el único hombre completamente bueno. El evangelio del hombre bueno es, en una forma sencilla, una especie de modelo a seguir, una demostración que nos invita a imitarlo. Es claro que hay verdad en este punto de vista. Por otro lado, los evangélicos a menudo enfatizan la *divinidad* de Jesús. Cristo es el Hijo sobrenatural de Dios que vive hoy en los corazones de los creyentes. El evangelio del Cristo divino tiende a ser uno que habla de una vida cambiada de manera sobrenatural. Y es evidente que hay verdad en esto también.

Ahora, aclaremos el asunto. Hablar de que estos dos puntos de vista extremos contienen verdad, no es estar sugiriendo que necesitamos un equilibrio o un punto medio que reconozca algo de ambos extremos. Mas bien es una invitación para llegar a comprender la perspectiva bíblica.

En esencia, el evangelio es una declaración de lo que Dios ha hecho *por* nosotros en Cristo Jesús, no es lo que Dios ha hecho en el creyente (lo cual se cree a menudo), aun cuando no podemos separar estos dos aspectos. El evangelio consta de los hechos históricos objetivos de la venida de Jesús en la carne y la interpretación divina de esos acontecimientos. Cuando Pedro predicó el evangelio en Pentecostés, no enfocó la atención en lo que Dios había hecho en los apóstoles al derramar el Espíritu Santo, sino que se concentró en los acontecimientos relacionados con Jesús de Nazaret (Hch 2:14-36).

Los acontecimientos son: la encarnación, la vida perfecta de Jesús de Nazaret, y su muerte y resurrección de la tumba. La interpretación de estos acontecimientos es: todos ocurrieron «por nosotros y por nuestra salvación». En estas dos simples frases: el hecho y su interpretación, resumimos la profundidad y el alcance de la revelación bíblica.

Al referirnos al nacimiento de Jesús como una *encarnación* tomamos muy en serio la afirmación bíblica de que él no era un simple hombre, ni siquiera un hombre con algunas cualidades divinas. El bebé del pesebre era, a la vez, y en la misma persona, Hijo de Dios *e* hijo de hombre, plenamente divino y plenamente hombre; tanto Dios como hombre. Si no reconocemos que Cristo Jesús era de verdad Dios y de verdad hombre, no podemos defender el evangelio como buenas noticias ni como poder de Dios para salvación. Por eso, creer en la encarnación no es simplemente un asunto teórico. El evangelio está diciendo que, lo que el hombre no puede hacer para ser aceptado por Dios, Dios mismo lo ha hecho por nosotros en la persona de Jesucristo. Para ser aceptados por Dios, nosotros deberíamos presentarle una vida de perfecta y constante obediencia a su voluntad.

El evangelio declara que Jesús hizo precisamente eso *por nosotros.* Para que Dios sea justo debe ser justo en cuanto al pecado. Hizo justicia *por nuestro pecado* en la persona de Jesús. Y así, la santa ley de Dios fue vivida de manera perfecta *por nosotros* en Jesucristo, y su precio fue pagado de manera perfecta *por nosotros* en Cristo. Este vivir y este morir de Cristo *por nosotros,* y sólo esto, es la base para poder ser aprobados por Dios.

Sólo el Hombre-Dios, Jesucristo, pudo vivir la perfecta vida humana sin pecado y levantarse victorioso sobre la muerte luego de pagar el precio del pecado del hombre. No podemos entender cómo una misma persona, Jesucristo, contenía a la vez dos naturalezas, distinguibles pero inseparables. Tampoco podían entenderlo los apóstoles; sin embargo, fueron llevados a aceptar ese hecho como parte integrante del evangelio. Diremos más sobre esto más adelante.

En resumen, el evangelio es lo que Dios hizo por nosotros en Cristo para nuestra salvación. Y así como las dos naturalezas de Cristo deben ser distinguidas, también debemos distinguir lo que Dios hace *por nosotros* y lo que Dios hace *en nosotros.* Del mismo modo, no debemos separar las dos naturalezas de Cristo, ni debemos separar el evangelio de los frutos del evangelio. Por medio del evangelio nacemos de nuevo (1 P 1:23-25), es el evangelio lo que evoca la fe verdadera (Ro 10:17), es el evangelio lo que produce una vida santificada o llena del Espíritu (Col 1:5-6).[1] Y está relacionado con el Antiguo Testamento; debemos intentar comprender cómo.

El evangelio del reino

A veces se hace referencia al evangelio como «el evangelio del reino» (Mt 4:23; 9:35; 24:14). Marcos enseñó que Jesús predicó el evangelio de Dios, al decir: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado» (Mr 1:14-15). El tema del evangelio tiene que ver con el reino, y esta idea de reino no es nueva; se ha «acercado» porque «el tiempo se ha cumplido». Es más, el término «reino de Dios» debe haber tenido algún significado para quienes escuchaban a Jesús, aun cuando en sí mismo no es un término del Antiguo Testamento.[2]

La conclusión inevitable de la evidencia presentada por el Nuevo Testamento es que el evangelio cumple la esperanza del Antiguo Testamento de la llegada del reino de Dios. Pero debemos ser más específicos acerca de lo que significa y cómo es en el Nuevo Testamento.

Hemos visto la idea de reino en el Antiguo Testamento tal como es expuesta en tres épocas o estratos distintos: en el Edén, en la historia de Israel y en el futuro profético. Si el evangelio satisface las expectativas del reino, deberíamos poder discernir de qué manera lo hace, al ver la evidencia presentada por el Nuevo Testamento. Además, ahora estamos en condiciones de clarificar un aspecto de la interpretación bíblica. El hecho de que los distintos estratos de la revelación del reino en la Biblia definen la naturaleza progresiva de la revelación, nos recuerda la diversidad de expresión dentro de su misma unidad. Cada expresión del reino, el Edén, Israel, el reino profético, y ahora el evangelio, representa la misma realidad, pero cada una expresa esa realidad de modo distinto, aunque relacionado.

Relacionado, ¡pero distinto! Cada expresión del reino difiere de las que le precedieron. Pero muchos cristianos no entienden lo que implica este hecho, que el Nuevo Testamento dice que la realidad se encuentra dentro del evangelio, en Cristo mismo. Es por eso que a partir de él se debe interpretar toda la Escritura. Algunos cristianos piensan que el concepto que tienen sobre la inspiración y autoridad de la Biblia exige lo que ellos llaman una interpretación literal de las Escrituras. Pero esto no es correcto si por «literal» quieren decir que el cumplimiento debe ser en

los términos exactos de la promesa y que la realidad es sólo una repetición futura de la prefiguración.

El Nuevo Testamento no conoce este tipo de literalidad; sino que, repetidas veces, insiste en que Cristo es el cumplimiento de todos estos términos, imágenes, promesas y prefiguraciones del Antiguo Testamento que fueron presentados de manera distinta a su cumplimiento. Para el Nuevo Testamento la interpretación del Antiguo Testamento no es «literal» sino «cristológica». Eso significa que la llegada de Cristo transformó todos los términos del reino del Antiguo Testamento en una realidad del evangelio.[3] Examinemos ahora en detalle este proceso de transformación.

El pueblo del reino

El primer elemento del reino de Dios en el Antiguo Testamento es el pueblo de Dios. En el Edén, el pueblo de Dios fueron Adán y Eva. En la historia de Israel, el pueblo de Dios fueron, en esencia, los descendientes de Abraham, a través de Isaac y Jacob. En la esperanza profética, el pueblo de Dios es el remanente fiel de Israel. En el evangelio, el pueblo de Dios es Jesús.

En primer lugar, Jesús es representado como *el verdadero Adán* (o el último Adán). Considera lo siguiente:

Jesús descendía de Adán (Lc 3:23-38).
Jesús superó la tentación donde Adán falló (Mr 1:12-13).
El bautismo de Jesús lo identificó con la raza de Adán (Lc 3:21-22).
Jesús fue el último Adán (Ro 5:18-21; 1 Co 15:20-22, 45-49).
Jesús es el Hijo del Hombre (un término que significa ser humano y, por lo tanto, miembro de la raza de Adán).[4]

En segundo lugar, Jesús es la *semilla de Abraham. A* primera vista, pareciera que Pablo hubiera empleado tácticas injustas cuando afirmó este punto en Gálatas 3:16.[5] Pero el argumento de Pablo proviene del trasfondo de todo el Antiguo Testamento, el cual mantiene la solidaridad de la raza con su cabeza. Pablo estaba estableciendo que la semilla de Abraham, Israel, tiene su significado solamente en Cristo. Sólo él es el verdadero Israel. El mismo punto se percibe en los Evangelios. La genealogía de Mateo establece a Jesús como hijo de Abraham por medio de David (Mt 1:1).

En tercer lugar, Jesús *es el verdadero Israel.* Esto se deduce del punto anterior, ya que Israel es la semilla de Abraham. Mateo lo resaltó, al aplicar la referencia que hizo Oseas al éxodo: «De Egipto llamé a mi hijo», para referirse al retorno de Jesús, María y José luego de la muerte de Herodes (Mt 2:15). Además de cualquier otro significado que pudiera tener, la aplicación de una referencia histórica, relacionando a Israel con un acontecimiento muy similar en la vida de Jesús, debe implicar algún tipo de identificación que justifique la descripción de «cumplimiento». También notemos el relato de la tentación de Jesús en el desierto (Mt 4:1-11; Lc 4:1-13). Cada una de las escrituras citadas por Jesús para vencer las tentaciones se encuentran en los primeros capítulos de Deuteronomio que tratan con las tentaciones de Israel en el desierto

del Sinaí. La deducción es que, donde el antiguo Israel fue tentado y sucumbió, Jesús (el verdadero Israel) sí lo superó.

Por último, Jesús es el *Hijo de David.* La promesa que Dios hizo a los descendientes de Abraham, con frecuencia se resumía con la gran fórmula del pacto: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo». En 2 Samuel 7:14, al hijo de David se le dio también esta promesa, pero de manera personal: «Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo». La solidaridad entre el líder y el pueblo se expresó nuevamente. El rey encarnaba a todo el pueblo y era su representante.

Estas distintas identidades de Jesús demuestran un punto evidente: Jesucristo es la cabeza de la nueva raza. Todos los que se unen a él son miembros de esa raza, pero sólo porque él *es* esa raza. Por lo tanto, quienquiera que esté «en Cristo» es una nueva creación (2 Co 5:17, versión NVI), o sea, pertenece a ese nuevo orden del cual Cristo es la cabeza.

La ubicación del reino

Al segundo elemento del reino en el Antiguo Testamento lo llamamos «el lugar de Dios». Esta frase tal vez no sea del todo satisfactoria para describir la idea que el Nuevo Testamento tiene de reino, la cual no está limitada a un concepto tan espacial como un jardín (Edén) o una tierra (Israel), aunque continúa utilizando los términos del Antiguo Testamento de vez en cuando. Pero debemos encontrar alguna manera para transmitir la idea de «lugar»en el Nuevo Testamento.

En el primer estrato de revelación, el lugar del reino era el *Edén,* y en el segundo, era la *tierra de Canaan.* Siendo que los dos se presentaron como parte de la tierra creada, hay una línea de continuidad predecible entre ellos, a pesar del hecho de que uno pertenece a un periodo anterior a la caída, y el otro a uno posterior. El tercer estrato, el reino profético del futuro, adopta el modelo canaanita de ubicación del reino, pero lo «glorifica». Como ya hemos visto, en algunas predicciones proféticas emerge una ciara mezcla de elementos que pertenecen a ambos estratos anteriores: el Edén y el Canaán de Israel.

En el Antiguo Testamento la salvación incluía la restauración del pueblo de Dios al medio ambiente que mejor se ajustaba a su restaurada relación con Dios. Así como el Edén representaba la perfección de la primera creación, así también el proceso redentor incluye la recreación del paraíso del Edén. Esta sucesión de imágenes puede ser resumida como el paraíso del jardín del principio, la tierra que «fluye leche y miel» de la historia de Israel, y los nuevos cielos y nueva tierra, con el nuevo paraíso de la visión profética.

El Nuevo Testamento continuó esta sucesión. Jesús declaró que su reino no era de este mundo (Jn 18:36) y, sin embargo, al mismo tiempo las imágenes terrenales del Antiguo Testamento se repitieron, pero con mayor claridad. Pedro repitió la predicción de Isaías de nuevos cielos y nueva tierra, pero afirmó que representaba un corte tan abrupto con las cosas como son ahora, que lo actual, lo presente, ya no existiría (2 P 3:10-13).

El Antiguo Testamento desarrolló el estrato de «Israel» al enfocarse en Jerusalén (Sión) como el centro de la tierra de Dios. Los profetas varias veces describieron la restauración de Sión

como la manifestación del reino de Dios. El remanente fiel regresaría a Sión, y los gentiles atraídos a pertenecer al reino, irían a Sión.

Ahora, si la esperanza de Israel era que la nación regresaría a Sión (p. ej., Is 35:10) debemos estudiar cómo habla el Nuevo Testamento sobre Sión. Hebreos 12:22 indica que un judío llegaba a Sión al convertirse a Cristo. Sión es *donde reina Jesús ahora* a la diestra de Dios y es ahí a donde llegamos por la fe en el evangelio.

Otro pasaje importante es Hebreos 11:8-16. Aquí el tema es la herencia del pueblo de Dios; en este caso, Abraham y los patriarcas. Desde el punto de vista interpretativo del evangelio, el escritor describió la esperanza de Abraham en términos del evangelio: él «esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (v. 10). En cuanto a la esperanza de los patriarcas, sostuvo que anhelaban un país mejor, uno celestial (v. 16). El evangelio permitió al escritor transformar la imagen del Antiguo Testamento, que estaba ligada a este orden viejo, en un aspecto del nuevo orden.

Otro punto central en la ubicación del reino de Dios es 11 templo. El templo funcionó como punto importante debido a que representaba la morada de Dios entre su pueblo. Demostraba que la tierra prometida no era simplemente un espacio habitable pal.1 las personas, sino que era el marco de una relación entre Dios y el hombre. El templo era, por lo tanto, una parte esencial de la existencia del reino de Dios y, a través de él, el reino podía ser identificado.

La utilización del tema del templo en el Nuevo Testamento es vital para comprender la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Una cosa queda clara: el Nuevo Testamento decían que el nuevo templo ya existe, y que es Jesucristo mismo. Juan describió la encarnación de la siguiente manera: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1:14). La traducción literal del griego es «...y '*tabernáculo'* entre nosotros». En otras palabras, Juan vio que Jesús se asemejaba al tabernáculo en el desierto. ¿Por qué Jesús es el templo? Porque él es Dios habitando entre nosotros.

Pero la idea es desarrollada más aún: Jesús es Dios y hombre en la más cercana de las uniones. El mismo ser de Jesús es la más perfecta relación entre Dios y el hombre. Por eso, cuando Jesús se levantó en contra de los judíos al purificar el templo (Jn 2:13-22), declaró como señal de su autoridad: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (v. 19). Sus oponentes estaban obsesionados con el antiguo orden y sólo pudieron pensar en los ladrillos y en la construcción del templo de Herodes. Pero Juan precisó que Jesús se estaba refiriendo a su propio cuerpo como el templo, de tal manera que su resurrección de entre los muertos fue lo que les dio a sus discípulos la clave para entender lo que había dicho (v. 22).

Estas imágenes de ubicación: jardín, tierra, ciudad y templo, todas, llegan a su cumplimiento en el evangelio. En el Nuevo 'Testamento la ubicación del reino es Jesucristo mismo. Y, a menos que nos desorientemos por un énfasis mal colocado y no bíblico, Jesucristo es mostrado como resucitado y sentado a la diestra de Dios en los lugares celestiales.[6]

El gobierno del reino

El tercer elemento de nuestro patrón del reino del Antiguo Testamento es el gobierno de Dios sobre su pueblo por medio de su palabra, un gobierno a lo cual los diferentes pactos de la Biblia dan testimonio en sus propios contextos. Podemos encontrar dos partes importantes en este gobierno de Dios a través de un pacto: los pactos mismos y el mediador del pacto.

Ya vimos cómo Dios gobernó en Edén por medio de la palabra, la cual definió la libertad de Adán. En cuanto a Abraham, Dios lo llamó, lo dirigió y le hizo promesas; sin embargo, la meta era la relación expresada en el gran resumen del pacto: «Yo seré tu Dios, y tú serás mi pueblo». Más tarde, cuando Israel pudo verse a sí mismo como el pueblo de Dios, esta relación fue expresada en el pacto del Sinaí, el cual también definió la función del pueblo de Dios en términos de la vida diaria. Y después, la esperanza profética no vio un pacto distinto gobernando al pueblo restaurado, sino el mismo pacto aplicado de nuevo, pero ahora escrito sobre los corazones de los hombres, para que hubiera una conformidad perfecta con el carácter y la voluntad de Dios (Jr 31:31-34).

Las referencias al pacto en sí, son poco frecuentes en el Nuevo Testamento, pero hay suficientes para demostrar que el evangelio es el cumplimiento de la esperanza del nuevo pacto. El cántico de María es un ejemplo de la interpretación de la llegada de Jesús como la esperanza del Antiguo Testamento, cumpliéndose (Lc 1:46-55). Del mismo modo, los cánticos de Zacarías y de Simeón interpretan la encarnación en los términos del pacto del Antiguo Testamento (Lc 1:68-79; 2:29-32). En la última cena, Jesús declaró que la copa «es el nuevo pacto en mi sangre», indicando de este modo que su muerte establecería la realidad del nuevo pacto, del mismo modo que Moisés selló el antiguo pacto con la sangre del sacrificio (1 Co 11:25; ve Ex 24:8).

La exposición más detallada del evangelio como el nuevo pacto de Jeremías la encontramos en Hebreos 8-9. Pero decir, como dijo el escritor, que el nuevo pacto es mejor que el antiguo, el cual ya es obsoleto, de ningún modo implica que el antiguo está desconectado del nuevo. De hecho, éste establece el nuevo al mostrar cómo cumple perfectamente lo que el antiguo sólo prefiguraba. Quienes ven una discontinuidad radical entre el antiguo y el nuevo pacto a menudo apoyan su opinión con frases como: «...pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (Ro 6:14). Ya hemos visto la ley como un pacto, un hecho establecido por Jeremías 31:31-34, así que las referencias en el Nuevo Testamento al lugar que ocupa la ley son importantes. El contexto de los pasajes que muestran la diferencia es que también muestran la unidad. Jesús no vino a destruir la ley, sino a cumplirla (Mt 5:17-20). La ley permanece como la norma de rectitud de Dios (Ro 2:13), y la fe no la derrota, sino que la sostiene (Ro 3:31). Precisamente, para cumplir las exigencias y los castigos de la ley, Jesús vivió y murió por nosotros. El hecho de que no podamos cumplirla por nosotros mismos, no quita la exigencia; y si creemos que Cristo lo hizo por nosotros, satisfacemos esa exigencia.

El otro tema principal relacionado al gobierno de Dios, es el concepto de la monarquía. Los jueces de Israel fueron los antecesores del rey en ciertos aspectos, pero fue con David que el significado de esta mediación del gobierno de Dios emergió. El patrón de la monarquía se dio en Deuteronomio 17:14-20, en donde vemos al rey como el mediador del pacto. En 2 Samuel 7 el gobierno del rey es visto en relación con el templo, de tal modo que el trono y el templo casi se convierten en sinónimos en cuanto a su significado.

Entonces, ¿cómo es que el Nuevo Testamento retoma la esperanza de la restauración del gobierno de David en el reino de Dios? En primer lugar, al mostrar que Jesús es el hijo de David; lo cual implica que gobernará en el reino de Dios para siempre. En segundo lugar, al mostrar que el cumplimiento de las profecías concernientes al gobierno restaurado de David, se cumplen en la resurrección: «Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que, de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo» (Hch 2:30-31,36). «Y en cuanto a que le levantó de los muertos para nunca más volver a corrupción, lo dijo así: Os daré las misericordias fieles de David» (Hch 13:34).

Ya hemos mencionado el templo en relación a la ubicación del reino de Dios. Ahora vemos que cuando el Nuevo Testamento utiliza este tema del «templo», está indicando que con el evangelio el reino de Dios llegó a su cumplimiento. En el tabernáculo, el lugar santísimo contenía el arca del pacto, dentro de la cual estaba la ley escrita (Ex 25:21-22) como señal de que Dios habitaba entre su pueblo para gobernarlo. El templo de Salomón prefiguró el cumplimiento de la promesa hecha a David, la cual es mencionada en 2 Samuel 7, en cuanto al gobierno del hijo de David. Ezequiel se concentró en el nuevo templo, como señal del gobierno de Dios y de su presencia vivificante en el reino (Ez 47:1-12). Zacarías vio un nuevo templo, el cual Zorobabel, el descendiente de David (Zac 4;6), construiría por medio del Espíritu. Para Juan, el verdadero templo es la presencia corporal de Jesús, del «Logos» o Palabra (Jn 1:14; 2:21). Esteban entendió la necesidad de dejar a un lado el templo construido por manos humanas y de ver el cumplimiento en el evangelio; aferrarse a lo pasado era resistirse al Espíritu Santo (Hch 7:46-51). Para Pablo el significado del templo se cumplió, tanto con la resurrección de Cristo (Hch 13:34, ve Ef 2:6), como con la presencia de Cristo por medio del Espíritu Santo (Ef 2:18-22; 1 Co 3:16; 2 Co 6:16). Pedro también vio el templo celestial (Hch 2:30-31) y la creación terrenal del Espíritu (1 P 2:4-8). Y el momento culminante llega con Apocalipsis 21 y 22, donde vemos la realidad celestial como el mayor punto de referencia. Dios mismo es el templo y, por lo tanto, no hay necesidad de ninguna estructura simbólica (Ap 21:22). También en la visión de Ezequiel vemos el trono de Dios en el lugar del templo (Ez 47), del cual fluye el río de vida (Ap 22:1-5). Como hemos demostrado, la teología del templo se cumple mediante el evangelio, cuya meta es representada de manera acertada por la voz celestial: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo» (Ap 21:3).

El reino: ahora, pero no todavía

¿Podemos decir que toda la esperanza profética del Antiguo Testamento se cumple en el evangelio, si ese evangelio está anclado en acontecimientos históricos que ocurrieron hace dos mil años? No podemos simplemente ignorar la segunda venida de Cristo *y* la promesa que ésta incluye de una gloriosa transformación de los creyentes. ¿Qué hay de la promesa del «fin del mundo», y de los acontecimientos que ocurren antes y después del mismo? Para decirlo de otro modo: ¿cómo podemos relacionar la realidad presente de la salvación para el creyente, con la revelación final del reino de Dios en toda su gloria? Muchas personas ven la segunda venida de Cristo como algo que involucra una obra de Dios totalmente nueva. Esta conclusión es forzosa para ellos, ya que no aceptan que todas las promesas se cumplen en el evangelio. Y a pesar de la

evidencia de las Escrituras (mencionada arriba), al contrario, ven el regreso de Israel, la reconstrucción del templo, la restauración del reinado de David, sin ninguna relación con el evangelio, y piensan que falta un cumplimiento separado, en otra oportunidad del futuro.

Si el argumento de este libro es válido, entonces debemos concluir lo contrario. El Nuevo Testamento describe al «acontecimiento de Cristo», el cual ocurrió hace dos mil años, como la obra perfecta y concluida de Dios para la salvación de su pueblo, tanto judío como gentil. El evangelio, la primera venida de Cristo, obtiene para los creyentes todas las riquezas de la gloria. Dios acepta al creyente de manera perfecta en el momento en que cree, porque Cristo y su obra son perfectos. El estatus del creyente no puede ser mejorado; él posee todas las riquezas de Cristo. No hay nada que el creyente pueda poseer en gloria que no posea ya *en Cristo*. Todo lo posee *por fe*, pero el hecho de que sea *por fe* no hace que sea menos real. El cristiano vive de esta manera en la tensión constante del *ahora*, de la vida «por fe», y el *no todavía*, al conocer la completa realidad del reino «de vista».[7]

Una consecuencia de lo que estamos diciendo es que el libro del Apocalipsis, para muchos un gran acertijo y para otros un estímulo para la más increíble especulación acerca del futuro, debe ser interpretado a la luz del evangelio. Debemos también decir que la primera llegada de Cristo interpreta su segunda venida. Para el creyente, la segunda venida de Cristo será la manifestación de su gloria, y de la gloria de su reino, una gloria a la que ya nos aferramos por fe. Para el no creyente, la segunda venida será una manifestación de juicio, el cual ya pesa sobre todos los pecadores aun cuando ellos no lo reconozcan.[8]

Cristo, el reino

Cuando comencemos a armar nuestros pedazos del rompecabezas, para poder ver cómo el patrón general de la revelación del Antiguo Testamento es tratado por el Nuevo Testamento, veremos que emerge una verdad con frecuencia ignorada. Para ver el reino de Dios debemos ver a Jesucristo. Esto no es un lema inerte de la palabrería piadosa, sino que tiene consecuencias importantes para la forma en que manejemos la Biblia.

Hemos definido al reino de Dios como el pueblo de Dios en el lugar de Dios bajo el gobierno de Dios. Ahora declaramos que el Nuevo Testamento ve el principal punto de referencia para cada uno de estos aspectos en la persona de Cristo Jesús. Él es el verdadero pueblo de Dios, el verdadero ambiente real y el verdadero gobierno de Dios.

Esto nos lleva de vuelta al punto de inicio de la teología bíblica al que nos referimos en el capítulo 4. Como cristianos reconocemos que Cristo es el camino para llegar a Dios y creemos que el evangelio de Cristo es el poder de Dios para salvación. Visto a la luz de la unidad de las Escrituras, estas frases, muy utilizadas, adquieren un profundo significado que se nos pudo haber escapado anteriormente. La teología bíblica nos muestra el proceso de la revelación en la Biblia, el cual nos dirige al cumplimiento de toda esperanza en Cristo Jesús. Ya que Cristo es la meta hacia donde apunta toda la revelación, él mismo, en su persona y sus actos, es la clave para la interpretación de toda la Escritura.

Concluimos esta parte de la exposición con un último punto. Jesucristo (como hemos visto) contiene en sí mismo el reino de Dios. El evangelio es un evangelio del hombre restaurado a sus correctas relaciones en Cristo. Estas relaciones abarcan toda la realidad: Dios, el ser humano y la creación. Así como Edén y Canaán están en Cristo, así también el mundo perfecto de Dios está en Cristo. Esta verdad tiene un contenido vital que los evangélicos a menudo olvidan, pero que el Antiguo Testamento enfatiza, por su historicidad. El evangelio no es simplemente «el perdón de los pecados» e «ir al cielo luego de morir». El evangelio es la restauración de una relación entre Dios, el hombre y el mundo. La tipología de la Biblia y la transformación de las imágenes del Antiguo Testamento por medio del evangelio, no deben ser mal utilizadas para retirarnos completamente del mundo creado. El evangelio nos involucra a todos, no sólo con Dios, sino con los demás seres humanos y con el mundo. Y la manera en que esta verdad debe afectar el punto de vista cristiano acerca del mundo, la política, la cultura, las artes, la ecología y la ciencia, ésa debe ser nuestra constante preocupación.

Figura 7: EL REINO DE DIOS Y EL EVANGELIO

	El pueblo de Dios	***El lugar de DIOS***	***El gobierno de Dios***
Edén	***Adán y Eva***	***El jardín***	***La palabra de Dios***
Israel	***Abraham***	*Canaán*	*El pacto*
	Israel con Moisés	*La tierra Prometida*	*El pacto del Sinaí*
	Israel bajo la monarquía	*Tierra, Jerusalén, Templo*	El pacto del Sinaí
Profecía	*El remanente fiel de Israel*	*Tierra restaurada, Jesuralén, el templo*	*Nuevo pacto escrito en el corazón*

Jesucristo

Nuevo Testamento	*Nuevo Israel: aquellos «en Cristo»*	*Nuevo templo: donde Cristo mora*	*Nuevo pacto: el gobierno de Cristo*

CAPÍTULO 10

Principios de la interpretación

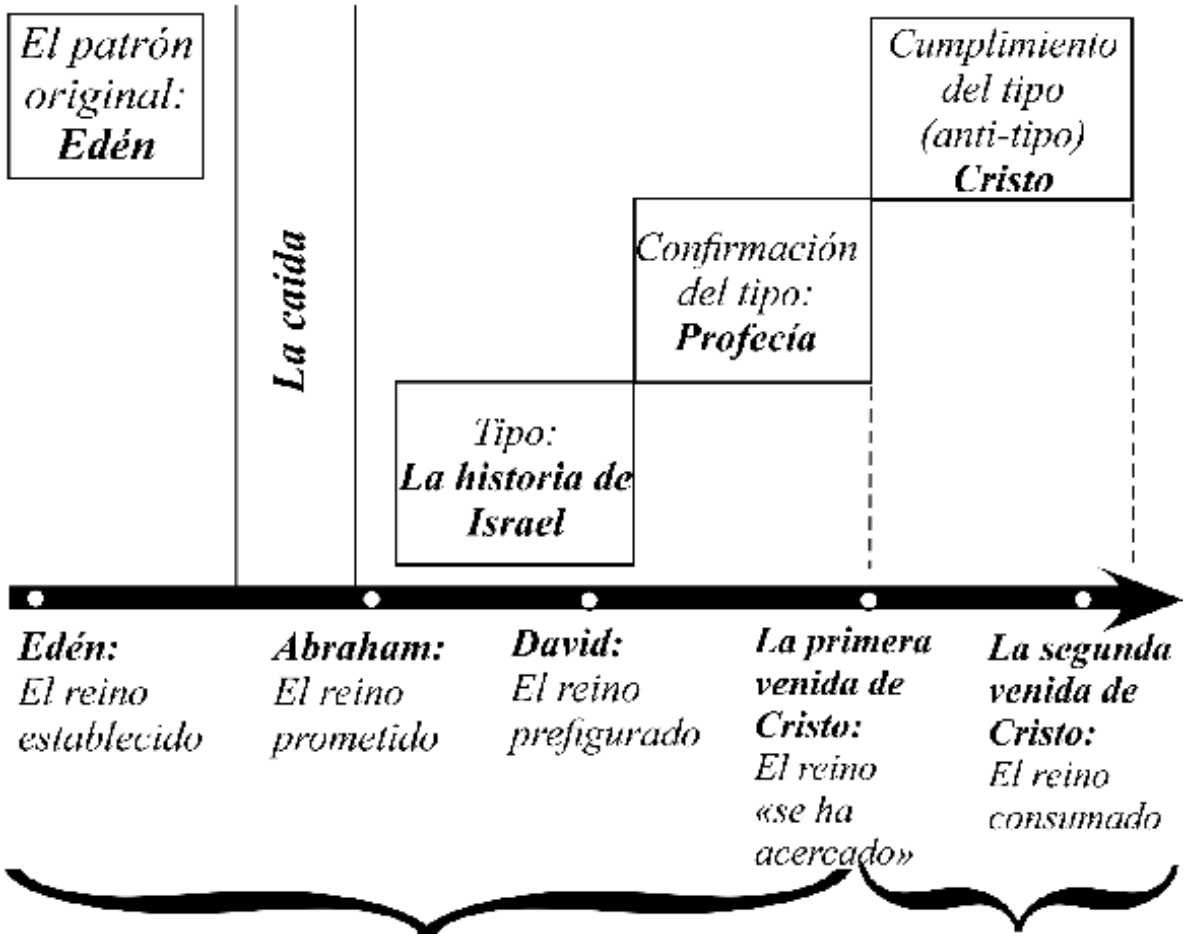
En el capítulo cuatro, la hermenéutica o interpretación, fue descrita como el proceso de determinar cómo un antiguo texto bíblico tiene relevancia en el aquí y ahora. Ahora podemos decirlo con un poco más de precisión: la hermenéutica busca mostrar el significado de un texto a la luz del evangelio. Para interpretar un texto del Antiguo Testamento debemos establecer su relación con la revelación de Dios en Jesucristo. Y para hacerlo, debemos basarnos en el conocimiento de la estructura de la revelación que la teología bíblica ha brindado.

El estudio del concepto del reino de Dios ha mostrado que cada estrato de la revelación del reino tiene los mismos ingredientes esenciales que se relacionan con los actos salvíficos de Dios, así como la misma meta hacia la cual apuntan. Cada estrato prefigura las realidades del evangelio. Cada paso, no es sólo un movimiento en la secuencia cronológica de la revelación, sino un movimiento en el proceso de aclarar la naturaleza del reino de Dios, hasta que la luz plena del evangelio sea revelada.

Estas relaciones se muestran con claridad en la Figura 8, a continuación, que representa, tanto la unidad de la Biblia como las diferencias entre los distintos estratos. En el diagrama, los límites entre las épocas del reino se indican con expresiones del pacto que se relacionan con el reino. El reino fue prometido a Abraham y prefigurado (cumplido tipológicamente) con David. Los profetas renovaron la promesa del reino, que se declaró como «se ha acercado» con la llegada de Cristo. En la segunda venida de Cristo el reino será revelado en su totalidad y consumado.

Ningún diagrama podría incluir toda la historia, pero esta representación por lo menos nos da una base para la interpretación de cualquier texto del Antiguo Testamento. Nuestro estudio de la revelación progresiva muestra que el acontecimiento del evangelio es la realidad que determina todo lo que hubo antes y lo que vendrá después.

Figura 8: LA REVELACIÓN DEL REINO DE DIOS


El patrón original: Edén
La caída
Tipo: La historia de Israel
Confirmación del tipo: Profecía
Cumplimiento del tipo (anti-tipo) Cristo
Edén: El reino establecido
Abraham: El reino prometido
David: El reino prefigurado
La primera venida de Cristo: El reino «se ha acercado»
La segunda venida de Cristo: El reino consumado

Podemos verlo de otra manera. Desde el punto de vista del hombre, vemos que las Escrituras desarrollan un proceso paso a paso, hasta que se llega al evangelio, que es la meta. Pero desde el punto de vista de Dios, sabemos que la llegada de Jesucristo para vivir y morir por los pecadores era *el* factor predeterminado aun antes de que Dios hiciera al mundo.[1] No debemos pensar que Dios estaba probando primero un plan y luego otro, hasta que se le ocurrió el camino perfecto de la salvación. El evangelio estaba preconcebido para que en el momento preciso Dios enviara a su Hijo al mundo.

Mientras tanto, hasta que el perfecto «cumplimiento de los tiempos» llegara, Dios ofreció por gracia una revelación progresiva de lo que sucedería en Cristo. Estas prefiguraciones del evangelio tenían dos propósitos. En primer lugar, esta revelación progresiva fue llevando al hombre pausadamente a la completa luz de la verdad. En segundo lugar, fue proveyendo el camino por medio del cual los creyentes del Antiguo Testamento abrazaran el evangelio antes de que se revelara en plenitud. En el Antiguo Testamento las promesas de Dios eran una sombra, una prefiguración de la realidad; sin embargo, al creer en ellas, el creyente podía asirse a la

realidad misma. Por medio de Cristo los santos de Israel fueron salvos, porque es tal la unidad de las sucesivas etapas de salvación, que, al creer en la sombra, el creyente creía en la realidad.

Sólo de esta manera podemos entender las «expresiones de unidad» del Nuevo Testamento que hablan de los creyentes del Antiguo Testamento que escucharon el evangelio, o que vieron a Cristo, o que tenían esperanza de un reino celestial.[2] ¿Entonces cómo podemos hacer que esta estructura de revelación funcione para nosotros? En general, podemos lograrlo si identificamos con cuál aspecto de la revelación del evangelio, guarda su unidad esencial el texto del Antiguo Testamento. Ya hemos visto cómo podemos expresar cada estrato de la revelación en términos de las dimensiones del reino de Dios. Todo texto del Antiguo Testamento se relaciona de algún modo con la estructura básica de la revelación del reino; y así se puede relacionar con el Nuevo Testamento en el lugar correspondiente. De este modo, un acto salvífico en el Antiguo Testamento se relaciona con el gran acto salvífico del evangelio; un mediador sacerdotal del acto salvífico en el Antiguo, se relaciona con el gran mediador sacerdotal de la salvación en el evangelio, y así sucesivamente.

El método para operar

Podemos resumir el proceso de la siguiente manera:

1. **Identificar** la forma en que el texto funciona en el contexto más amplio del estrato del reino en el cual ocurre.
2. **Buscar** el mismo punto en cada estrato sucesivo hasta que se llegue a la realidad última en el evangelio.
3. **Mostrar** cómo la realidad del evangelio interpreta el significado del texto, al mismo tiempo que muestra cómo la realidad del evangelio es iluminada por ese mismo texto.

Antes de ofrecer ejemplos, necesito advertir algo. Debe recordarse que el análisis estructural dado en los capítulos precedentes es muy básico. No podemos pasar por alto la complejidad del Antiguo Testamento, que requiere de gran cuidado y precisión. Un aspecto de esta complejidad es la repetición de ciertos aspectos de la estructura que se da dentro de un mismo estrato. De este modo, mientras que el éxodo es el acto salvífico definitivo, todo acto de salvación realizada por un juez, un rey o por cualquier otro medio, es un acto salvífico. Otro aspecto que nuestro diagrama no representa es la importancia de la historia de Israel después del apogeo de la monarquía unida. Tampoco se dijo nada con respecto a aquellas expresiones de fe de Israel que no se relacionan con facilidad a la historia de Israel ni a la profecía. Y en este aspecto, la literatura sapiencial ha sido un problema para los eruditos desde hace mucho tiempo.

Una segunda advertencia se relaciona con nuestra utilización de la palabra «texto». Será evidente, espero, que por «texto» no nos referimos simplemente a un versículo individual de las Escrituras. No es posible detallar las reglas acerca de cuánto texto constituye una unidad interpretable. La enseñanza de la teología bíblica es que ningún texto está aislado y que la totalidad de las Escrituras es el contexto último. Por eso, para nuestra lectura diaria no es recomendable leer sólo una pequeña porción (sea cual fuere su tamaño) tratando de encontrar ahí, forzosamente, una gran verdad cristiana. En nuestros esfuerzos por hacer que cada pedacito

de la Escritura sea relevante y edificante para el cristiano, podemos de hecho destruir el propio mensaje que está presente en el contexto mayor.

A pesar de las dificultades que mencionamos, el evangelio y todo el testimonio del Nuevo Testamento deben inspirarnos confianza en que la tarea que resta por delante, se puede hacer. Requiere trabajo duro y dedicación, pero nuestros esfuerzos serán recompensados cuando logremos un entendimiento más profundo de las riquezas del evangelio.

CAPÍTULO 11

¡Ese gigante otra vez!

Ha llegado la hora de ver nuestros principios puestos en práctica. En este capítulo observaremos algunos pasajes del Antiguo Testamento y consideraremos la aplicación de los métodos de interpretación cristológicos; a condición de que no consideremos a estos principios como una especie de clave mágica para cada dificultad. Si estamos preparados para trabajar duro ante la tarea de comprender el texto, podremos evitar interpretar el Antiguo Testamento al azar y podremos movernos en la dirección correcta.

David y Goliat: 1 Samuel 17

En el capítulo dos, consideramos algunos puntos acerca de esta famosa historia, en el contexto de la vida de David. Sería bueno recordar a Martín Lutero comentando sobre este texto:

Cuando David se impuso a Goliat, llegó a los judíos un buen informe y una alentadora noticia: su terrible enemigo había sido derribado y ellos habían sido rescatados, lo cual les había dado alegría y paz. Y cantaron y bailaron y se alegraron por ello (1 S 18:6). De la misma manera, el evangelio de Dios o el Nuevo Testamento es una buena historia y un buen reporte, proclamada a todo el mundo por los apóstoles, que cuenta de un David verdadero que luchó contra el pecado, la muerte y el diablo, y los venció, rescatando a todos los que estaban atrapados por el pecado, afligidos por la muerte o dominados por el diablo.[1]

Es importante notar que Lutero relacionó los actos salvíficos de Dios por medio de David y los actos salvíficos de Dios por medio de Jesucristo. Y una vez que vemos esa conexión, es imposible utilizar a David como un simple modelo para la vida cristiana, ya que la victoria fue en representación de ellos y los israelitas sólo tenían que celebrar lo que se ganaba *por* ellos. En términos de nuestros principios interpretativos, vemos la victoria de David como un acontecimiento de salvación, porque la existencia del pueblo de Dios en la tierra prometida estaba amenazada. El evangelio interpreta este hecho al mostrarlo como una prefiguración o un anticipo del verdadero acontecimiento salvífico en Cristo Jesús. Pero la experiencia de David también pone al hecho salvífico en una situación histórica que nos ayuda a darle valor a la terminología del Nuevo Testamento con respecto a los acontecimientos del evangelio.

Debemos tener cuidado de no poner demasiado énfasis en los detalles secundarios que pertenecen a la situación de vida inmediata que se describe en el texto. El hecho de que David llevara comida a sus hermanos que estaban en el ejército, no merece mayor interpretación que las dimensiones de la armadura de Goliat. No obstante, algunos aspectos de la narración especifican lo que sí es significativo en términos teológicos (p. ej., vv. 45-47). Hay detalles que muestran un patrón dentro del contexto más amplio, que emerge de nuevo en los acontecimientos del evangelio. David fue declarado rey ante los ojos de Dios (1 vS 16) pero fue despreciado, desdeñado y rechazado. Ganó su victoria en el momento en que, al parecer, estaba por sufrir la derrota total, y su pueblo prosiguió una lucha contra un enemigo ya derrotado.

Todos los pasajes del Antiguo Testamento que tratan con las batallas del Señor contra los enemigos de Israel deben ser evaluadas a la luz de la obra salvadora de Dios *por* nosotros.

El cordón de grana de Rahab: Josué 2:15-21; 6:22-25

Una línea de interpretación muy usada se enfoca en el rojo de la cuerda de Rahab como un tipo de la sangre de Cristo. Esto es difícil de mantener cuando el énfasis sólo se enfoca en el color como tal. Pero en nuestro esfuerzo por ser hermenéuticamente correctos no debemos reaccionar de manera exagerada. La conquista de Jericó es parte de los actos salvíficos que Dios realizó por Israel, y de sus juicios sobre los cananeos ateos. El hecho de que Rahab se encontró a salvo de este juicio y se salvó obedeciendo las instrucciones de mostrar una señal de identificación, realmente tiene muchas similitudes con la pascua en Egipto. En ese sentido, el atar una cuerda de un color fácilmente visible a una ventana tuvo un significado salvífico para Rahab, y el hecho de que ella se haya incorporado al pueblo de Dios (Jos 6:25) es un tipo de salvación. Puede parecer una distinción muy sutil, pero no es el rojo lo que establece el tipo, sino el significado de salvación del acontecimiento.

El pasaje de Rahab tiene otro mensaje importante porque, junto a otros pasajes, demuestra el propósito de Dios para los gentiles, tal como fue prometido a Abraham en Génesis 12:3. Como ejemplos de los gentiles convertidos tenemos a Jetro de Madián y a su hija, que se casó con Moisés; a Rahab la cananea, y a Rut la moabita.

El manantial contaminado: 2 Reyes 2:19-22

La limpieza del manantial contaminado de Jericó por el último de los profetas del viejo orden puede muy bien estimular pensamientos sobre la necesidad de limpiar el corazón humano. El problema de la contaminación de la moral humana está por supuesto muy relacionado con la salvación; de hecho, es inseparable. Pero no debemos perder de vista que Dios no nos salva al erradicar nuestra contaminación. Nosotros no somos salvos por nuestras vidas cambiadas. La vida cambiada es el resultado de ser salvo, y no la base para lograrlo. La base de nuestra salvación es la perfección en la vida y muerte de Cristo, quien se presentó en lugar nuestro.

Pero el manantial de agua en la tierra prometida está relacionado muy de cerca con la salvación de Israel. Jericó se quedó bajo una maldición cuando Josué la destruyó (ve Jos 6:17,26). A partir de entonces, la ciudad dejó de tener el mismo significado, y ya no fue parte de la heredad de Israel profetizada como tierra fructífera que fluye leche y miel. Este no es un pasaje sencillo, pero parece ser que por los actos del profeta se autorizó la repoblación de Jericó. Y es que el sostén físico del pueblo en la tierra prometida era parte de todo el proceso de salvación.

El uso ritual de la sal es un poco oscuro, pero por lo visto indica la limpieza o un quebrantamiento con el pasado.[2] Es probable que la acción de Eliseo involucrara la redención del manantial como una fuente de vida en potencia, liberándolo de la maldición de la prohibición. Una vez más vemos un acto salvífico de Dios *para* su pueblo, y no un hecho purificador *dentro* del creyente. Beber del manantial purificado era en sí mismo participar de la

vida que Dios daba a su pueblo. De la misma manera, tomar del agua de la vida es tener la vida misma. La orientación del manantial puro es Cristo mismo, no el corazón del creyente. Dios proveyó por gracia el agua pura que da vida en lugar del agua maldita. Debemos interpretar este pasaje a la luz de Cristo como la culminación del lugar donde Dios cuida a su pueblo en la vida eterna. Canaán y toda su fructificación están en Cristo.

La bendición para los asesinos de los niños: Salmos 137

El salmo 137 incluye uno de esos pasajes que echan terribles maldiciones del cielo sobre los enemigos, a tal grado, que nosotros lo consideramos como un estilo totalmente inmoral. Salmos 109:6-20 contiene una mayor cantidad de imprecaciones (una imprecación es proferir palabras con las que se expresa el vivo deseo de que alguien sufra mal o daño). Algunos quieren hacerlas pasar como las palabras de los malvados (v. 2) contra el salmista mismo. Pero hay otros casos más claros en donde el problema persiste (p. ej.,Jr 15:15; 18:19-23; Sal 69:22-28).

El salmo 137 tiene un contexto claramente discernible. Surge de la agonía del exilio babilónico, cuando el judío piadoso fue arrancado de la tierra prometida y transportado a un país extranjero para ser atormentado con recuerdos de la destrucción de Jerusalén y del templo. En ese momento se puso en duda toda la relación del pacto con Dios y la salvación del pueblo.

El contexto teológico de los controversiales versículos 7-9 es la esperanza de reivindicación ante los enemigos del pueblo de Dios; cualquiera que sea el contenido y la forma específica de las expresiones, las imprecaciones son gritos clamando que el reino de Dios llegue. No importa cuánto consideremos que la cultura y los tiempos hayan determinado las oraciones, en esencia es un anhelo de que llegue el día de la vindicación, cuando la llegada del reino traerá aparejado un terrible juicio sobre todos los que se opongan a él. El salmista no estaba condicionado por nociones poco realistas acerca de la inocencia de los niños, sino por un sentido de solidaridad intergeneracional en una humanidad pecaminosa. No importa cuán cruel nos parezca a nosotros el deseo de destrucción de la futura generación de soldados babilónicos, era visto como parte integral de la derrota final de los enemigos de Dios ante la llegada del reino.

A medida que nos acercamos al Nuevo Testamento es cierto que aparece una perspectiva más clara. El enemigo real ya no es de carne y hueso; ahí se enseña que son los principados y los poderes espirituales. Por otro lado, el Nuevo Testamento es bastante claro al afirmar que el enemigo humano, a quien debemos amar, también será juzgado en «el día grande y espantoso de Jehová». Por eso, orar, diciendo: «Venga tu reino», ciertamente es algo muy solemne.

No hemos dicho todo lo que hay que decir acerca del problema moral de la matanza de niños. Sin importar cuánto queramos interpretar las referencias bíblicas a la luz del estado «primitivo» de la civilización de Israel (un concepto dudoso), la perspectiva teológica debe tomar prioridad. Es algo desconcertante para nosotros que Israel haya masacrado poblaciones enteras de civiles durante la conquista. Pero estos hechos históricos, al igual que las imprecaciones del salmista, no pueden ser interpretados fuera de ciertos aspectos salientes de la revelación bíblica. En primer lugar, precisamente, que el mismo fracaso moral de Israel no la descalificó para ser el agente de la justicia de Dios, de la misma manera que las naciones paganas se convirtieron en agentes de Dios contra Israel. En segundo lugar, tal masacre y juicio llevado a

cabo por Israel sobre un tercero por orden de Dios era verdaderamente merecido (ve Dt 9:4-5). En tercer lugar, mientras que el juicio en el Antiguo Testamento tomaba forma de muerte, algo que el hombre obviamente ve como el último o peor castigo, el Nuevo Testamento describe un fin mucho más horrendo para los impíos. La muerte por espada en el Antiguo Testamento era solo una pálida sombra del juicio eterno a los impíos declarada en el Nuevo Testamento.

Nehemías reconstruyó Jerusalén: Nehemías 2:17 - 4:23

Hace unos años una sesión bíblica de una radio popular emitió un sermón sobre esta sección de Nehemías en donde el locutor utilizó un método muy conocido pero inexcusable. Buscando hacer que esta parte de la historia pos-exílica fuera aplicable al cristiano, tomó palabras clave, en este caso el nombre de las puertas reparadas de

Jerusalén, y realizó una especie de asociación de ideas, dando un salto hacia alguna verdad útil del Nuevo Testamento, pero de poca relación con el texto original. De ese modo, explicó que la puerta de los Caballos nos hacía pensar en caballos, y de ahí en soldados, y luego en armadura, y por último en que debíamos ponernos la armadura de Dios, de la cual habla Efesios 6. Y del mismo modo, la puerta de las Ovejas, que estaba bajo reconstrucción, sirvió como un trampolín, de donde el locutor saltó, sin disculpas, al buen pastor mencionado en Juan 10.

Ahora bien, Efesios 6 y Juan 10 contienen importantes lecciones para nosotros, y estas lecciones pueden muy bien coincidir en parte con el sentido original del pasaje del Antiguo Testamento en cuestión. No hablo de eso, de lo que dudo es del método. Los sermones sobre el Antiguo Testamento deben demostrar, e incluso decir explícitamente, las relaciones legítimas del texto con el Nuevo Testamento.

¿Cuáles son los puntos a observar en este pasaje de Nehemías? En primer lugar, pertenece a la era de la reconstrucción post-exílica, que no es uno de nuestros estratos principales en la estructura de la revelación bíblica. El regreso de Babilonia no trajo el esperado cumplimiento de las profecías, pero sí trajo una sombra del cumplimiento, en donde todos los ingredientes del reino existían, aunque de manera imperfecta. Por eso podemos tratar este periodo como un cumplimiento intermedio en donde la naturaleza del reino de Dios es claramente discernible, pero donde los problemas de la imperfección y el no-cumplimiento de la esperanza profética debían ser afrontados.

En segundo lugar, la reconstrucción de Jerusalén debe apuntar a la esperanza profética de la futura glorificación de la ciudad de Sion, el punto central del reino de Dios. Al mismo tiempo, sus imperfecciones nos dicen algo del «no todavía» como una dimensión en la existencia del pueblo de Dios. En tercer lugar, es todo el acontecimiento lo que interpreta los detalles, y no al revés. Si no podemos establecer con certeza el significado teológico de los detalles, debemos renunciar a la cristianización de ellos. Si hay alguna manera de llegar a Efesios 6 desde este pasaje, ciertamente ¡no es a través de la puerta de los Caballos! La relación correcta sería, más bien, que la resistencia que se ofrece al trabajo de Nehemías por parte de sus enemigos resalta el permanente conflicto con la impiedad a la que hace referencia Pablo en Efesios 6:10-20.

CONCLUSIÓN

El tema que hemos tratado en este libro ha estado en riesgo desde un principio por nuestra intención de mantener solo una breve exposición. El lector, inevitable v correctamente, sentirá que muchos problemas no han sido tocados, pero la meta era establecer únicamente los principios básicos de la interpretación. Subyacente a nuestra investigación ha estado la convicción de que los cristianos evangélicos del siglo XXI han experimentado una radical pérdida de dirección en el manejo del Antiguo Testamento. Una gran parte de lo que ha contribuido a este problema es la separación entre el evangelicalismo y las perspectivas históricas de la fe, lo cual conduce a un círculo vicioso, porque la devoción al estudio del Antiguo Testamento es un medio importante para preservar la historicidad del evangelio. Algunos evangélicos han perdido de vista no sólo la historia bíblica, sino también su propia herencia histórica de la Reforma. Al revertir, ya sea a la interpretación alegórica, por un lado, o al literalismo profético por el otro, algunos evangélicos han tirado por la borda los avances hermenéuticos de los reformadores al interpretar la Biblia de la misma forma que los teólogos medievales.

El otro gran factor que contribuye al mal uso moderno del Antiguo Testamento son los malos hábitos en la lectura de la Biblia. Los evangélicos han tenido la reputación de tomar en serio la Biblia. Pero incluso ellos tradicionalmente han propagado la idea de la lectura devocional breve, en la cual se debe encontrar, por lo menos, una «bendición del Señor». No obtener esta bendición indefinida, por lo general es vista como el resultado del estado espiritual del lector y no debido a la naturaleza del texto mismo. Esta manera de pensar encuentra dificultades con pasajes como las genealogías de la Biblia. Por consiguiente, es poco probable que uno encuentre textos de genealogías incluidas en las selecciones de lecturas diarias. Las dificultades de estudiar adecuadamente el Antiguo Testamento cuando prevalece esa mentalidad han sido expuestas ampliamente en las páginas precedentes.

El salto en el pensamiento de muchos evangélicos, que exige nuestra atención, es el cambio desde el énfasis protestante en los acontecimientos objetivos del evangelio en la historia, al énfasis medieval en la vida interior. El evangélico que ve la obra transformadora en el interior, por medio del Espíritu Santo, como la clave de la cristiandad, pronto perderá contacto con la fe histórica y el evangelio histórico. Al mismo tiempo, comenzará a ignorar los hechos históricos de Dios descritos en el Antiguo Testamento. El Cristo entronado en el corazón humano pierde su propia humanidad encarnada, y la humanidad de la historia del Antiguo Testamento pronto será descartada, para que las interpretaciones de la «espiritualidad interior» sean aplicadas a la vida «espiritual interior» del cristiano.

La presente crisis con respecto al Antiguo Testamento, sólo es otra forma de crisis de la fe protestante. Una cristiandad dirigida hacia adentro, que reduce el evangelio al nivel de todas las otras religiones que sólo se centran en el hombre interior, bien puede hacer suyo un texto de los apócrifos que sería el epitafio de los reformadores:

Hay otros que no son recordados;
Están muertos, y es como si nunca hubieran existido.

(ben Sirah 44:9)

Lo que debemos hacer, es pensar en estos padres de la fe de la manera indicada en Hebreos (11:4):

...estando muertos, todavía hablan.

APÉNDICE A

Lecturas

Sugiero leer algunos pasajes del Antiguo Testamento que introducirán al lector con algunos de los aspectos y temas más importantes al respecto. Los pasajes deben ser leídos con el esquema de la historia del Antiguo Testamento en mente, y a la luz de la teología bíblica, de acuerdo a lo que expusimos en este libro.

Lista básica

Génesis 1 - 3, 12 - 24	Amos
Éxodo 19-24	Jeremías 1 - 9, 26 - 44
Levítico 1-7, 16, 23, 26	Lamentaciones
Josué 23 - 24	Ezequiel 34 - 48
Jueces 1-5	Hageo
1 y 2 Samuel	Malaquías
1 Reyes 4, 8 - 12	Salmos 68, 105, 106, 136, 137
2 Reyes 16-25	Proverbios 8-9
Esdras 1,	Job 1-2
7 Nehemías 1 - 6, 8	Daniel

Lista Avanzada

Génesis 37 - 50	Miqueas
Éxodo 1-15,25-35	Proverbios 1-7, 10-15
Deuteronomio 1 - 12, 26 - 30	Job 1 - 14, 32 - 33, 38 - 42
Josué 1-12 Jueces 6-12	Salmos 1-41
1 Reyes 16-22	Ezequiel 1-11
2 Reyes 1 - 12	Eclesiastés
2 Crónicas 24 - 36	Zacarías
Oseas	Ester
Isaías 1-39	Salmos 107-150

APÉNDICE B

Preguntas para Grupos de estudio

Para facilitar el uso de este libro para el estudio grupal o individual, las siguientes preguntas pueden ser utilizadas como base para el diálogo. Los miembros del grupo deben leer los respectivos capítulos con cuidado antes de cada estudio.

Capítulo Uno

1. ¿Cuáles son tus mayores dificultades al leer el Antiguo Testamento? ¿Por qué tienes estas dificultades?
2. ¿Por qué es importante estudiar el Antiguo Testamento teniendo en mente el Nuevo Testamento?
3. ¿Qué nos indica Lucas 24:25-27 y 44-47 acerca del Antiguo Testamento?

Capítulo Dos

1. ¿Todo lo que sucede en el libro de Hechos es un patrón que debemos seguir en la actualidad? Si consideras que no, ¿por qué?
2. ¿Qué valor tienen los «estudios del carácter»?
3. ¿Crees que el contenido y las imágenes literarias de Apocalipsis 21:1-4 y 22:1-4 sirven para comprender la unidad bíblica? ¿De qué manera?

Capítulo Tres

1. ¿Por qué nos ayuda a comprender la Biblia un estudio de estilos literarios?
2. ¿Tiene importancia que los acontecimientos registrados en la narrativa de la historia del Antiguo Testamento hayan ocurrido realmente, o no?
3. ¿A qué nos referimos al decir que la historia bíblica tiene un propósito teológico? ¿Podemos ver el desarrollo de este propósito en Hechos 2:22-36?

Capítulo Cuatro

1. ¿A qué nos referimos con el término teología bíblica? ¿En qué difiere de la teología dogmática o sistemática?
2. ¿Qué significa revelación progresiva?

3. ¿Qué importancia tiene la historia de la salvación en Hechos 7:1-53?

Capítulo Cinco

1. ¿Qué es el reino de Dios?
2. ¿Qué entiendes por salvación?
3. Génesis 12 y 2 Samuel 7 son expresiones del pacto. ¿De qué manera el tema del reino de Dios se relaciona con ellas?

Capítulo Seis

1. ¿Cómo se expresa el reino de Dios en el Edén?
2. ¿Qué nos dicen la historia del Edén y sus secuelas sobre el significado de la gracia?
3. ¿De qué manera relaciona Pablo la historia de Adán con Cristo en Romanos 5 y 1 Corintios 15:20-26?

Capítulo Siete

1. ¿Cómo se relaciona el acontecimiento del éxodo con las promesas hechas a Abraham en Génesis?
2. ¿En qué sentido la historia de Israel prefigura o anticipa el evangelio?
3. ¿Cómo se va desarrollando la revelación del reino de Dios desde Abraham hasta Salomón?

Capítulo Ocho

1. ¿Cuál es la principal diferencia entre el mensaje de los profetas del antiguo orden y el mensaje de los profetas del nuevo orden?
2. ¿En qué difiere la visión profética del reino futuro, del reino pasado histórico de Israel?
3. ¿De qué manera los profetas usaron la historia pasada para describir el futuro?

Capítulo Nueve

1. ¿Qué es el evangelio?
2. ¿Cómo maneja el Nuevo Testamento la relación entre el evangelio y el cumplimiento de la profecía?
3. ¿Qué tiene que ver la segunda venida de Cristo con el cumplimiento profético?

Capítulo Diez

1. ¿Cuál es la diferencia entre una tipología legítima y una interpretación alegórica?
2. ¿Qué queremos decir al afirmar que la profecía debe ser interpretada cristológicamente?
3. ¿Por qué el Nuevo Testamento es la fuente fundamental de los principios de interpretación del Antiguo Testamento?

APÉNDICE C

Algunos pasajes para interpretar

Prepara un bosquejo de estudios bíblicos o clases de escuela dominical sobre los siguientes pasajes. Recuerdas las tres preguntas básicas que nos debemos hacer al leer cualquier texto bíblico:

1. ¿Qué significaba el texto para el escritor original?
2. ¿Qué significa el texto a la luz del evangelio?
3. ¿Cuál es su significado específico para mí o para mis oyentes hoy?

(Da tus propias respuestas ante cada pasaje, antes de leer los comentarios que ponemos a continuación.)

1. Deuteronomio 6:20-23
2. 1 Samuel 26
3. 1 Reyes 18:17-40
4. Isaías 2:1-4
5. Salmos 114
6. Amos 5:18-20

Algunos pasajes más difíciles para los más aventurados:

7. Proverbios 3:1-12
8. 2 Samuel 23:1-7
9. Ezequiel 1
10. Malaquías 4

Notas y comentarios sobre los pasajes para interpretar:

1. Deuteronomio 6:20-25

La exégesis debe tomar en cuenta el contexto del momento en que se da la ley como una secuencia del éxodo. Ten en cuenta las importantes relaciones que se involucran: ley y gracia (o evangelio), u obras y salvación. En los versículos 20-23 la ley se relaciona con los acontecimientos pasados, mientras que en los versículos 24-25, cumplir la ley se relaciona con futuros acontecimientos salvíficos.

El versículo 25 debe ser considerado dentro del contexto del versículo 21. Recuerda que el Nuevo Testamento también habla de recompensas por buenas obras, y de que se niega un lugar en el reino a aquellos que no las hagan (Ro 2:6-10; 1 Co 3:8; 2 Co 5:10; Gá 5:21; 1 Co 6:9-10).

2. 1 Samuel 26

Esmérate en relacionar los principales personajes con la estructura teológica. No te apresures a buscar ejemplos para nosotros, hasta que Jas funciones verdaderas de los personajes y acontecimientos sean resueltas. Fíjate cómo David fue guiado por una comprensión teológica, mientras que Abisai fue guiado por las circunstancias. Relaciona con la cristología la continua humillación de David antes de su ascensión al trono.

3. 1 Reyes 18:17-40

El trasfondo histórico de la apostasía es importante. Nota con cuidado que, lo que a Elías le correspondía hacer en la contienda, no era simplemente superar los intentos de los profetas de Baal de realizar milagros, sino restablecer las ordenanzas de la ley concerniente a los sacrificios por los pecados (ve los versículos 30-32 y 36-37). Hay buen material aquí para un sermón sobre el evangelio.

4. Isaías 2:1-4

En este pasaje, contesta también las preguntas ¿cuándo?, ¿qué?, ¿dónde? y ¿por qué? La hermenéutica se basa en determinar las partes del Nuevo Testamento que corresponden a las respuestas. Es probable que el punto más discutido sea si el cumplimiento de esta profecía está en el comienzo de la era del evangelio o sólo en su final. Podemos resolver esta disyuntiva sólo al establecer con claridad cuándo ocurre «lo postrero de los tiempos» y cuándo ve el Nuevo Testamento que ocurre la restauración de Sión y del templo.

5. Salmos 114

No debería ser difícil ubicar este salmo en su contexto histórico y teológico. Después de ubicarlo, es sólo asunto de determinar el estado de ánimo del salmo como una expresión del hombre fiel que recuerda los actos de salvación de Dios

6. ***Amos*** ***5:18-20***

Aunque tal vez esta es la referencia más antigua en las Escrituras al día del Señor, este término obviamente tenía un significado reconocido en el tiempo de Amos. Sería una buena idea investigar su significado con la ayuda de una concordancia. Para Amos había un doble significado en este gran acontecimiento futuro, ya que lo anticipaba como un día de luz, aunque para algunos sería de oscuridad, la cual debe ser interpretada en el contexto de la enseñanza bíblica del juicio.

7. Proverbios 3:1-12

El principal obstáculo en este tipo de pasajes es entender de qué se trata la literatura sapiencial. Este es un pasaje, más o menos sencillo, de «instrucción», relacionado con la manera en que el pueblo de Dios debía expresar su fe en la vida diaria. Tener sabiduría es, en esencia, entender las relaciones del hombre con el hombre, con el mundo y con Dios. Y, en vez de enfatizar los actos divinos de salvación del pasado, enfatiza la libertad responsable que el hombre tiene para responder al mundo. Proverbios 1:7 nos recuerda que esta libertad es verdadera libertad sólo mientras se ejercite dentro de los límites que Dios ha revelado en su Palabra. Este pasaje trata directamente con la sabiduría en su contexto teológico, pero

no debemos permitir que esto oscurezca la relación indirecta de la sabiduría con el material proverbial, tal como encontramos en Proverbios 10 y siguientes.

8. 2 Samuel 23:1-7

Este pasaje, similar a un salmo, junto con el capítulo 22, obviamente fue colocado al final de las narraciones de David por algún motivo.

Resalta el hecho de que el material narrativo no es sólo biográfico e histórico; podemos ver que está formado con un propósito teológico. Estas últimas palabras de David resumen el significado teológico del pacto anunciado en 2 Samuel 7, y ciertamente de todo el reinado de David. El pacto y el reino de David son elementos clave en el desarrollo de la esperanza mesiánica en el Antiguo Testamento. Se habla aquí del hombre y su puesto de manera idealizada, sin tomar en cuenta las manchas históricas, y así forman un lazo importante en la cadena de referencias cristológicas en la Biblia.

9. Ezequiel 1

Aquí, el contexto histórico es claro. La forma literaria puede muy bien estar influenciada por la aparición de la literatura apocalíptica. La visión de la «locomotora celestial» no necesariamente requiere interpretar cada detalle, especialmente cuando se le ve como el trasfondo del elemento esencial, que es la gloria del Señor. El pasaje realmente no está aislado, y la progresiva despedida de la gloria del Señor, en los capítulos 1 al 11, ofrece la verdadera clave.

10. Malaquías 4

La salvación y el juicio son los temas paralelos en los versículos 1-3. Los versículos 4-6 son los que probablemente ofrezcan la mayor dificultad. Podemos guiarnos, en parte, por la afirmación que encontramos en Mateo 17:10-13, de que Juan el Bautista era el Elías al que hace referencia este pasaje. El versículo 4 muestra que Malaquías hizo lo mismo que Elías: llamó al pueblo a ser fiel al pacto. Moisés y Elías por lo tanto se convirtieron en símbolos de la justicia de Dios, quien mantiene su propia ley en la salvación. La relación de ley y evangelio otra vez emerge como un punto para ser considerado (ve Ro 3:21-31, especialmente el v. 31).

NOTA AL PIE

CAPÍTULO 1

1

Ve Beryl Smalley, The Study of the Bible in the Middle Ages (University of Notre Dame Press, 1964), capítulo 5. Stephen Langton (quien murió en 1228) aplicó la interpretación alegórica y espiritual con vigor. Por ejemplo, afirmaba que 2 Reyes 1:2, que dice: «Ocozías cayó por la ventana de una sala de la casa que tenía en Samaría; y estando enfermo...» significaba que un prelado de la iglesia había ingresado rápidamente a las complejidades de su cargo pastoral y había caído en pecado. También aseguraba que Booz, en el libro de Rut, representaba a Dios. Y que cuando Booz les preguntaba a los segadores: «¿De quién es esta joven?» (Rut 2:5), era Dios preguntándoles a los doctores en teología sobre el estado del predicador que estaba reuniendo frases de la Escritura para su prédica. Un ejemplo moderno de la exposición alegórica con grandes similitudes al método medieval de interpretación se puede encontrar en W. Ian Thomas, If I Perish I Perish (Grand Rapids: Zondervan, 1967). El autor analiza el libro de Ester y dice que Asuero representa el alma del hombre; Amán, la carne pecadora; Mardoqueo, el Espíritu Santo; y Ester, el espíritu humano.

2

Ve J. S. Preus, From Shadow to Promise (Cambridge, Massachussettes, Harvard l Jniversity Press, 1969).

3

Una introducción útil sobre el tema de la interpretación se puede encontrar en R. M. Grant, A Short History of the lnterpretation of the Bible (Nueva York, Macmillan, 1948).

4

Henry M. Shires, Finding the Old Testament in the New (Filadelfia: Westminster Press, 1974), página 15.

CAPÍTULO 3

1

La opinión de los estudiosos difiere en cuanto a la fecha del libro de Daniel. A primera vista, Daniel pertenece al siglo VI a.C., y el libro provee detalles de hechos que ocurrieron durante la cautividad babilónica. Muchos estudiosos modernos creen que Daniel es una narración de la persecución de los judíos en la época del regente heleno del siglo II a.C., Antíoco Epífanes, y que fue cambiado para parecer del siglo VI, para oscurecer a todos, salvo a los creyentes, el verdadero significado del libro.

2

Por ejemplo, ve de John Stott, *Cómo comprender la Biblia* (Ediciones Certeza, Unión Bíblica, Buenos Aires, 1980); también cualquier buen diccionario bíblico te proveerá un esbozo de historia bíblica. Tratamientos más detallados pueden encontrarse en John Bright, *Historia de Israel* (Bilbao, Desclee de Brower, 1970), o Charles PfeifFer, Old Testament History (Grand Rapids, Baker, 1979)

3

Las fechas del éxodo de Egipto y del asentamiento en Canaán son tema de debates. La mayoría de los estudiosos hoy en día aceptan el comienzo del siglo XIII como fecha para el éxodo.

4

Existe una gran diferencia de opinión entre John Bright y el radical historiador del Antiguo Testamento, Martin Noth. Bright acepta que las narraciones de los patriarcas suenan verídicas ante las evidencias históricas del tipo de mundo cultural que se describe. Por eso podemos aceptar, según Bright, la historicidad sustancial de estas narraciones. Noth rechaza cualquier valor histórico en la narrativa bíblica anterior al asentamiento en Canaán. La controversia se explica en el libro de John Bright, Rarly Israel in Recent History Writing (Londres, SCM Press, 1956).

CAPÍTULO 6

1

Este aspecto de la correcta función del razonamiento humano se discute en C. Van Til, Apologetics (notas sin publicar, Westminster Theological Seminary, Philadelphia pág. 67).

CAPÍTULO 7

1

La multitud de naciones tiene un doble significado, ya que Abraham sería el padre de naciones no israelitas que no participaban directamente del pacto, por ejemplo, los descendientes de Ismael y los de Esaú (Edom). Pero la referencia apuntaba más allá, ya que incluía a los gentiles en las bendiciones, tal como lo indicó Pablo en Romanos 4:16-18.

2

Por eso Pablo usó Génesis 15:6 como el fundamento para exponer la verdad básica del evangelio, de que somos justificados por la fe (Ro 4).

3

Es difícil la narración del cap. 14, porque no se acomoda fácilmente con el resto de esta sección en cuanto a que no expresa con claridad los mismos énfasis. No obstante, el encuentro misterioso con el rey sacerdote Melquisedec, y el hecho de que Abraham le dio la décima parte de su botín, muestran que Abraham renunció a la oportunidad de enriquecerse en esa tierra hasta que la tierra fuera suya.

4

Los patriarcas fueron los «padres», o sea, Abraham, Isaac, Jacob y sus doce hijos

5

Éxodo 6:2-5 enfatiza la relación entre el nombre de Dios y su carácter, de ser quien cumple el pacto. «SEÑOR» generalmente es usado para traducir el nombre propio hebreo YHVH del cual deriva el nombre Jehová. Los israelitas en algún momento dejaron de pronunciar este nombre porque era muy santo y en su lugar lo sustituyeron por la palabra ADONAI («mi Señor»). De aquí surgió la traducción SEÑOR.

6

La palabra hebrea *Yam Suph* significa Mar de cañas o juncos y no Mar Rojo. Se discute sobre el punto exacto por donde los Israelitas cruzaron el agua, pero esto apenas afecta el significado milagroso del cruce.

7

Esta interpretación es apoyada por recientes estudios sobre la formulación de pactos en el Antiguo Cercano Oriente. Ha sido demostrado con un buen grado de certeza que la forma del decálogo, o sea, los Diez Mandamientos, e incluso posiblemente todo el libro de Deuteronomio, es la misma que la forma convencional de los pactos de los tratados impuestos por reyes conquistadores sobre los conquistados. Esos tratados detallan los requisitos que gobernaban la vida del pueblo vasallo como miembro del reino mayor. Si la analogía de la forma es correcta, la utilización de esta forma para el decálogo era muy adecuada si el propósito de la ley del Sinaí era ser un pacto que estipulaba las condiciones impuestas sobre el pueblo que estaba sujeto al Dios del pacto.

8

Este resumen preciso aparece primero en Levítico 26:12, pero también se haya incluido en forma parcial en Génesis 17:7s, y Éxodo 6:7. El significado de la declaración se resalta por su uso reiterado a lo largo de toda la Biblia, por ejemplo, Éxodo 29:45, Jeremías 24:7, 31:33 y 32:38, Ezequiel 11:20, 34:24 y 37:23, bacanas 8:8, 2 Corintios 6:16, Apocalipsis 21:3. La relación que se expresa es la misma que se incluye en la idea del reino de Dios.

9

Yo no puedo aceptar el punto de vista de que la razón para establecer las leyes alimenticias, aquello que es limpio para comer y aquello que es impuro y por lo tanto prohibido, sólo fue debido a consideraciones higiénicas. Aun cuando algunos aspectos higiénicos pueden detectarse, éstos no pueden ser su propósito principal. La «desaparición» de las leyes alimenticias (p. ej., Col 2:l6s) fueron el resultado de la llegada de Cristo, y ¡no por la invención del refrigerador!

10

Es claro que tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento vemos una distinción entre la causa primordial, o base de algo, y la causa instrumental. No podemos ser salvos sin fe, pero tampoco somos salvos por causa de la fe. La fe es el instrumento, pero la base de la salvación es la justicia de Cristo. Del mismo modo, no podemos ser salvos sin un nuevo nacimiento, pero el nuevo nacimiento no es la causa primordial ni la base de la salvación; si lo fuera, no hubiera habido necesidad de que Cristo muriera. Ambos Testamentos indican que no podemos ser salvos sin buenas obras, pero no seremos salvos *con base* a ellas.

11

La separación de la línea «del justo» de la «del impío», de Génesis 4 - 11, es el comienzo de este proceso. A medida que se desarrolla el patrón, vemos que el remanente mismo se convierte en sujeto de una separación del nuevo remanente, y así sucesivamente. De la humanidad caída nació la línea «del justo». De ésta vino la familia de Noé, de Noé la familia de Sem, de Sem la familia de Abraham. Luego vino la familia de Isaac y Jacob. Y en esta familia de Israel vemos la diferencia entre la respuesta de fe al pacto y la de rebeldía. En otras palabras, ser miembro del pueblo del pacto por nacimiento no garantizaba las bendiciones del pacto.

12

No se puede hacer suficiente énfasis en que la expresión bíblica del evangelio es un acontecimiento histórico donde DÍOS actúa a favor de pueblo para salvarlo. El evangelio toda la historia sagrada de la vida y muerte de Cristo. El evangelio no es la respuesta del hombre a este acontecimiento, ni tampoco el trabajo de DIOS En nosotros hoy al regenerar y santificar al creyente De la misma manera, el «evangelio» del Antiguo Testamento es la declaración de lo que Dios hizo «allá en el pasado» en un determinado lugar y tiempo históricos

13

Estas dos ciudades representan los extremos norte y sur respectivamente y, por lo tanto, expresan la influencia nacional, no sólo local, de Samuel.

14

Aquí existe un juego de palabras sobre la palabra hebrea bayit. Por un lado, significa casa en cuanto a «morada», pero también significa casa en cuanto a «grupo familiar» o «dinastía».

15

Es razonable sugerir que «Yo seré padre para él, y él será hijo para mí» individualiza la declaración del pacto «yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo». Así se está afirmando que la línea de David representaba al pueblo de Dios, o, para decirlo de otro modo, el hijo de David sería el verdadero Israel.

CAPÍTULO 8

1

Esta terminología no es precisa, pues no está del todo claro cuánto de la literatura profética realmente fue escrita por los profetas mismos. En lo esencial la profecía era palabra hablada y su reflejo escrito fue un hecho posterior.

2

La relación entre las buenas obras y la salvación es, en lo esencial, la misma en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. En ambos la salvación es por grada, pero la gracia nunca está sola, sin las buenas obras. Para decirlo de otra manera, podemos decir que nadie (ni en el Antiguo ni Nuevo Testamento) se salva *debido* a las buenas obras, pero nadie se salva *sin* las buenas obras. Este es un aspecto de la unidad de ambos, que hace que el Antiguo Testamento sea tan aplicable a los cristianos. Esa unidad la encontramos cuando Pablo usó la situación que el pueblo vivió durante el éxodo para basar su enseñanza, en 1 Corintios 10:1-12.

3

El estudio de las cosas últimas (*eschatos* significa «último» en griego) o del fin de los tiempos.

4

Incluimos a Daniel entre los profetas, aunque en el Antiguo Testamento hebreo este libro no estaba ubicado entre los otros libros proféticos (ve también cap. 3, nota [i]).

5

Para examinar las características de la apocalíptica, ve León Morris: Apocalyptic (Londres: IVP, 1972) o consulta el tema en un buen diccionario bíblico.

6

Por lo general se traduce como *misericordia* o *benevolencia* la palabra hebrea *hésed*. Es un término técnico que expresa la idea de fidelidad a un pacto. Por lo tanto, es la palabra favorita para evocar alabanza y gratitud de los fieles cuando contemplan la fidelidad de Dios a su pacto. Ve, por ejemplo, el salmo 136, donde cada versículo contiene la frase «porque para siempre es su misericordia (*hésed*)».

7

Alejandro Magno trajo el poder y la cultura griegos a la tierra bíblica hacia el fin del siglo IV a.C. Después de su muerte en el 323 hubo continua lucha y rivalidad por el poder hasta el advenimiento de los romanos. El conflicto del helenismo con la fe de los judíos está muy bien ilustrado en los libros apócrifos de 1 y 2 Macabeos.

CAPÍTULO 9

1

A partir de estas afirmaciones se puede ver que el misterio de la encarnación es del mismo orden que el misterio de la Trinidad: tres personas, un Dios. Era de esperarse, ya que Jesús es la suprema revelación del Dios Trino. Además, tal como debemos distinguir, pero no separar, las dos naturalezas de Jesús, también debemos distinguir, pero no separar, las tres personas de la Deidad. Para diferenciarlas correctamente es necesario expresar la unidad de las tres sin confundirlas. Así que no debernos confundir al Hijo con el Espíritu Santo, ni el trabajo del Hijo con el trabajo del Espíritu. De ahí la necesidad de ser claros acerca de la distinción entre la labor de Dios por nosotros en el Hijo, y la labor de Dios en nosotros por medio del Espíritu Santo.

2

El tema del reino de Dios como elemento unificador de la Biblia es presentado por John Bright en «The Kingdom of God» (Nueva York, Abingdon Press, 1955).

3

No todo cambia necesariamente, y obviamente la literalidad continúa siendo aplicable a algunos aspectos del cumplimiento profético. Así, las profecías mesiánicas relacionadas con el nacimiento de un niño y el lugar del nacimiento en Belén se cumplieron literalmente. Esta literalidad es una función del hecho de que, para poder redimir a los pecadores, Dios ingresó al

mundo caído de los pecadores. El propósito de la encarnación era que Dios entrara en una relación íntima con nuestro mundo por medio de Jesucristo.

4

En los Evangelios hay muchísimas referencias a Jesús como Hijo del Hombre. Y muchas vinculan a Jesús con Adán a través de la visión de Daniel 7, donde la figura no sólo es humana sino también celestial.

5

«Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo».

6

Es necesario enfatizar este hecho debido al frecuente énfasis dado en la predicación y piedad populares, colocando a Cristo como entronado en el corazón del creyente. Esta forma de hablar tiene apoyo bíblico (Gá 2:20; Ef 3:17; Col 1:27), pero debe ser entendido a la luz del énfasis bíblico del Cristo resucitado y que viene a nosotros por el Espíritu Santo.

7

«El evangelio debe determinar nuestro concepto de la escatología, porque el evangelio es el informe acerca de 'la obra consumada de Cristo'. Y si 'la obra consumada de Cristo' no es un lema vacío, sino una realidad, significa que las últimas cosas serán sólo un descubrimiento de lo que ya ha sido realizado», (R.D. Brinsmead, «Eschatology in the light of the Cospel», *Present Truth*, Vol. 3, no. 4, Septiembre 1974, p. 4).

8

Se puede ver que este análisis implica un desacuerdo radical con algunas enseñanzas populares sobre la profecía. Aunque la controversia no es el propósito de este libro, muchos lectores ya deben haber reconocido que el sistema conocido como dispensacionalismo (representado por la Biblia de referencia de Scofield) y sus derivados modernos (tal como el escrito de Hal Lindsey, *La agonía del gran planeta tierra*) han dado una interpretación muy distinta del cumplimiento profético. Sólo pido a quienes estén en desacuerdo conmigo que den a mi postura un juicio justo a la luz de las Escrituras, y que no la rechacen simplemente porque está en desacuerdo con sus preciadas convicciones. Es interesante para mí ver que *La agonía del gran planeta tierra*, de Hal Lindsey, ignora casi por completo la gran cantidad de material del Nuevo Testamento que habla sobre el cumplimiento en el evangelio de las profecías relacionadas con Israel.

CAPÍTULO 10

1

Mt 25:34; Ef 1:4; 1 P 1:20; Ap 13:8; 17:8.

2

Por ejemplo, Jn 8:56: «*Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día*».

1 Co 10:4: «...y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo».

Gá 3:8: «*...dio de antemano la buena nueva a Abraham*».

Heb 11:16: «*Pero anhelaban una (patria) mejor, esto es, celestial*».

CAPÍTULO 11

1

Word and Sacrament (Philadelphia, Muhlenberg Press, 1960) Obras de Lutero, Edición Americana, Yol. 35, página 358.

2

Ve Lv 2:13; Nm 18:19; Jue 9:45; Ez 43:24.